



CHICO
XAVIER

PELO ESPÍRITO
ANDRÉ LUIZ

A VIDA NO
MUNDO ESPIRITUAL

NO MUNDO MAIOR



EN EL MUNDO MAYOR

FRANCISCO CÁNDIDO XAVIER

POR EL ESPÍRITU ANDRÉ LUIZ

ÍNDICE

EN LA JORNADA EVOLUTIVA	4
1. ENTRE DOS PLANOS	8
2. EL DISCURSO DE EUSEBIO	18
3. LA CASA MENTAL	32
4. ESTUDIANDO EL CEREBRO	45
5. EL PODER DEL AMOR	59
6. AMPARO FRATERNAL	75
7. PROCESO REDENTOR	89
8. EN EL SANTUARIO DEL ALMA	101
9. MEDIUMNIDAD	115
10. PÉRDIDA DOLOROSA	131
11. SEXO	145
12. EXTRAÑA ENFERMEDAD	159
13. PSICOSIS AFECTIVA	171
14. MEDIDA SALVADORA	183
15. RUEGO CRISTIANO	192
16. ALIENADOS MENTALES	203
17. EN EL UMBRAL DE LAS CAVERNAS	212
18. VIEJO AFECTO	222
19. REAPROXIMACIÓN	231
20. EN EL HOGAR DE CIPRIANA	241

EN LA JORNADA EVOLUTIVA

De los cuatro puntos cardinales de la Tierra parten diariamente millares de viajeros humanos, hacia el país de la Muerte. Se van de ilustres centros de la cultura europea, de grandes metrópolis americanas, de viejos círculos asiáticos, de áridos climas africanos. Proceden de las ciudades, de las villas, de los campos...

Pocos vivieron en los montes de la sublimación, vinculados a los deberes que ennoblecen. La mayoría son menores de espíritu, en lucha por la conquista de títulos que exalten su personalidad. No llegaron a ser hombres completos. Hicieron la travesía de la humanidad en continua experimentación. Muchas veces, se perdieron en vicios de toda clase, demorándose voluntariamente en la insensatez. Pero, a pesar de eso, casi siempre se atribuyen la indebida condición de "elegidos de la Providencia" y, endurecidos en tal suposición, aplicaban la justicia al prójimo, sin percatarse de sus propias faltas, esperando un paraíso de gracias para ellos y un infierno de interminable tormento para los demás. Cuando estaban perdidos en los intrincados meandros del ciego materialismo, confiaban, sin justificación, en que la tumba cerraría su memoria y, si seguían alguna religión, con raras excepciones, contaban, livianos e inconsecuentes, con privilegios que jamás hicieron nada por merecer.

¿Dónde albergar esta extraña e infinita caravana? ¿Cómo asignar la misma estación de destino a viajeros de cultura, posición y

equipaje tan diversos?

Ante la Suprema justicia, el salvaje y el civilizado gozan de los mismos derechos. Pero, probablemente, estarán distanciados entre sí por la conducta individual, delante de la Ley divina, que distingue, invariablemente, la virtud y el crimen, el trabajo y la ociosidad, la verdad y la simulación, la buena voluntad y la indiferencia. En la continua peregrinación desde el sepulcro, participan santos y malhechores, hombres diligentes y perezosos.

¿Cómo evaluar con un solo patrón recipientes tan heterogéneos? Considerando, nuestro origen común ¿no somos todos hijos del mismo Padre? ¿Y por qué motivo fulminar con una inapelable condena a los delincuentes, si el diccionario divino inscribe en letras de fuego las palabras “regeneración”, “amor” y “misericordia”? ¿Promovería el Señor la esperanza entre las criaturas, mientras que Él mismo, por Su parte, desesperaría? ¿Glorificaría la buena voluntad entre los hombres, y se conservaría en la cárcel oscura de la negación? ¿El salvaje que haya eliminado a los semejantes a flechazos, ha recibido en el mundo las mismas oportunidades de aprendizaje que goza el europeo súper civilizado, que extermina al prójimo con la ametralladora? ¿Estarán ambos preparados para el ingreso definitivo en el paraíso de bienaventuranza eterna tan sólo por el bautismo simbólico o gracias a un tardío arrepentimiento en el lecho de muerte?

La lógica y el buen sentido no siempre se expresan con argumentos teológicos inmutables. La vida nunca interrumpe sus actividades naturales, por imposición de dogmas establecidos artificialmente. Y, si una simple obra de arte humana, cuyo fin es la enmohecida placidez de los museos, exige la paciencia de años para ser emprendida y realizada, ¿qué decir de la obra sublime del perfeccionamiento del alma, destinada a glorias perennes?

A algunos hermanos encarnados les resulta extraña la cooperación de André Luiz, que nos proporciona informaciones sobre algunos

sectores de los planos más próximos a la esfera física.

Ilusionados con la teoría del menor esfuerzo, inexistente en los círculos elevados, cuentan con su privilegio personal, sin ningún testimonio de servicio y distantes del trabajo digno, en un cielo de gozos contemplativos, exuberante de suave comodidad. Preferirían la despreocupación de un lugar teatral en beatitud permanente, donde la grandeza divina se limitaría a prodigiosos espectáculos, cuyos números más sorprendentes estarían a cargo de los Espíritus Superiores, convertidos en actores de brillante vestidura.

La misión de André Luiz es, sin embargo, la de revelar los tesoros de que somos herederos felices en la Eternidad, riquezas imperecederas, cuya posesión jamás tendremos sin la indispensable adquisición de sabiduría y de amor.

Para esto, no luchamos en milagrosos laboratorios de felicidad improvisada, donde se adquieran beneficios a un vil precio y alas ordinarias de cera. Somos hijos de Dios, en crecimiento. Bien sea en el plano de densas vibraciones, como es el físico, o en los de energías sutiles, como son los planos superiores, lo que marca nuestros destinos es la evolución pura y simple a la claridad gloriosa y compasiva del Divino Amor, con Su indefectible justicia siguiéndonos de cerca.

La muerte no proporciona a nadie un pasaporte gratuito para la ventura celestial. No cambia automáticamente a los hombres en ángeles. Cada criatura cruza esa aduana de la eternidad con el exclusivo equipaje de lo que haya sembrado, y aprenderá que el orden, la jerarquía y la paz del trabajo edificante, son características inmutables de la Ley, en todas partes.

Nadie, después del sepulcro, gozará de un descanso que no haya merecido, porque “el Reino del Señor no viene con apariencias externas”.

Nuestros hermanos que vislumbran, en la experiencia humana, la escalera sublime, cuyos escalones hay que vencer al precio del sudor, con el provecho de las bendiciones celestiales, dentro de la práctica incesante del bien, no se sorprenderán con las narrativas del mensajero interesado en servir por amor. Ellos saben que no han recibido el don de la vida para matar el tiempo, ni la dádiva de la fe para confundir a los semejantes, absortos, como se hallan, en la ejecución de los Divinos Designios. Pero, a los creyentes del favoritismo, presos en viejas ilusiones, aún cuando se presenten con los más respetables títulos, las palabras de este emisario fraternal provocarán descontento y perplejidad.

Pero, es natural: cada labrador respira el aire del campo que escogió.

Para todos, con todo, pedimos la bendición del Eterno: tanto para ellos, como para nosotros.

EMMANUEL

Pedro Leopoldo, 25 de marzo de 1947

1. ENTRE DOS PLANOS

Brillaba la luna, revistiendo el paisaje de intensa luz. Maravillosas nubes al oeste, extendidas en el horizonte, parecían castillos de espuma láctea perdidos en el inmenso azul. Lindando con esto, la escena terrestre contrastaba con el dulce encanto de lo alto, dejando entrever la vasta planicie, con capas de árboles en pesado verde oscuro. Al Sur, caprichosos cirros se inclinaban del Cielo sobre la Tierra, simbolizando adornos de gasa fluctuante. Evoqué, en ese momento, la juventud de la humanidad encarnada, preguntándome si aquellas tiras blancas del firmamento no serían bandas celestiales, protegiendo el reposo de la escuela terrestre.

La soledad imponente del plenilunio me infundía casi terror por la melancolía de su majestuosa e inconmensurable belleza.

La idea de Dios envolvía mi pensamiento, arrancándome notas de respeto y gratitud, que no llegaba a emitir. En plena noche, rendía culto de amor al Eterno, que creó los fundamentos sublimes de silencio y de paz, para alivio de las almas encarnadas en la corteza de la Tierra.

El luminoso disco lunar irradiaba, de esta forma, maravillosas sugerencias. A sus reflejos, se inició la evolución terrena, y numerosas civilizaciones habían modificado el curso de las experiencias humanas. Aquella misma lámpara suspendida iluminó el camino de los seres primitivos, condujo los pasos de los conquistadores y orientó la jornada de los santos. Como un testigo impasible, observó la fundación de ciudades suntuosas, acompañando su prosperidad y decadencia, había contemplado las incesantes renovaciones de la geografía política del mundo, brillando sobre la cabeza coronada de los príncipes y sobre el cayado de míseros pastores, presenciando, todos los días, desde

hace largos milenios, el nacimiento y la muerte de millones de seres. Su augusta serenidad reflejaba la paz divina. Acá abajo, desencarnados y encarnados, poseedores de relativa inteligencia, podíamos proceder a experimentos, reparar sendas, contraer compromisos o edificar virtudes, entre la esperanza y la inquietud, aprendiendo y recapitulando siempre; pero la Luna, solitaria y de blancura inmaculada, nos traía la idea de la tranquilidad inexpugnable de la Divina Ley.

-La región del encuentro está próxima.

La palabra del asistente Calderaro interrumpió mi meditación.

El aviso me hacía sentir el trabajo, la responsabilidad y recordar, sobre todo, que no me encontraba solo.

Nuestro viaje tenía un objetivo.

En pocos minutos, compartiríamos los trabajos del instructor Eusebio, abnegado paladín del amor cristiano, en servicio de auxilio a compañeros necesitados.

Eusebio se dedicaba, desde hacia mucho, al ministerio del socorro espiritual, con amplios créditos en nuestro plano. Había renunciado a posiciones destacadas y aplazó sublimes realizaciones, consagrándose enteramente a los hambrientos de luz. Dirigía una prestigiosa organización de asistencia en la zona intermedia, atendiendo a estudiantes relativamente espiritualizados pero aún unidos al círculo carnal, y a discípulos recién liberados del campo físico.

La enorme institución, a la que dedicaba su brillante dirección, mantenía almas situadas entre las esferas inferiores y las superiores, gente con inmensidad de problemas y preguntas de toda clase, requiriendo mucha paciencia y sabiduría por su parte, pero el incansable misionero, a pesar del constante cúmulo de servicios complejos, encontraba tiempo para descender

semanalmente a la Corteza Planetaria, satisfaciendo intereses inmediatos de aprendices a discípulos, sin recursos de elevación para venir al encuentro de su palabra iluminada, en la sede superior.

No le conocía personalmente. Pero supervisaba a Calderaro, dado su puesto superior en la jerarquía, que se refería a él con el entusiasmo del subordinado que se une al jefe, con amor por encima de la obediencia.

El asistente, a su vez prestaba servicio activo en la propia Corteza terrestre, atendiendo, de modo directo, a los hermanos encarnados. Se había especializado en la ciencia del socorro espiritual, lo que, entre los estudiosos del mundo, podríamos llamar *“psiquiatría o psicología iluminada”*, un área que me seducía hace mucho tiempo.

Disponiendo de una semana sin obligaciones especiales en mis responsabilidades, solicité mi ingreso en el grupo de adiestramiento, del que Calderaro era un eminente orientador, y él me aceptó con la gentileza característica de los legítimos misioneros del bien, proponiéndose a conducirme cariñosamente. Era una oportunidad favorable a mis propósitos de aprendizaje, pues el equipo de preparación, que recibía sus enseñanzas, estaba de viaje en otra región, en actividades edificantes; por eso, podría prestarme toda la atención, respondiendo a mis inquietudes.

Me explicó que los casos que le incumbían no presentaban una semejanza sustancial, eran diversos y exigían iniciativa, obedeciendo a las órdenes de servicio o a las situaciones. En otros campos de acción, se hacía imprescindible planificar la ruta, condiciones y circunstancias. Pero, dentro de las responsabilidades que asumía, diferían las normas ya que era importante acometer los problemas como situaciones imprevistas de la propia vida. En virtud de esas fluctuaciones, no trazaba

rigurosamente ningún programa con detalle. Ejecutaba los deberes que le competían, dónde, cómo y cuándo determinasen los designios superiores. El propósito fundamental de la tarea era el socorro inmediato a los infelices, evitando en lo posible, la locura, el suicidio y los desastres morales extremos. Para esto, el misionero debía conocer profundamente el juego de las fuerzas psíquicas, con una gran devoción al bien del prójimo. Calderaro, en este particular, no dejaba percibir cualquier duda. La bondad espontánea era un indicio de sus virtudes, y su inquebrantable serenidad revelaba sabiduría.

No había coincidido con él desde hacia muchos días.

Le abracé en la víspera por primera vez; bastó, no obstante, un minuto de sintonía, para que se estableciese entre nosotros una saludable intimidad. Aunque reconocía su carácter reservado, desde el momento de nuestro encuentro intercambiamos impresiones como viejos amigos.

Siguiendo pues, sus pasos, afectuosamente, con el alma dispuesta en la fraternidad y en la confianza, me encontré a corta distancia de extenso parque, en plena naturaleza terrestre.

En torno, árboles robustos, de copas ostentosas, se alineaban, a la manera de centinelas apostados para velar por nuestros servicios.

El viento cantaba en voz baja; en el recinto iluminado de claridades inaccesibles a la facultad receptiva del ojo humano, se aglomeraban algunas centenas de compañeros, temporalmente alejados del cuerpo físico por la fuerza liberadora del sueño.

Los amigos de nuestra esfera les atendían con desvelo, mostrando interés afectivo, placer de servir y santa paciencia. Observé que muchos se mantenían de pie; otros, se acomodaban en el césped suave del suelo en conversación grave y respetuosa.

Preparándome para aquella hora de extrema belleza espiritual, Calderaro me avisó:

–En la reunión de hoy el instructor Eusebio recibirá a estudiantes del espiritualismo, en sus diversas corrientes, que optan a los servicios de vanguardia.

–¡Ah! –exclamé curioso– ¿No se trata entonces de una asamblea que agrupa a individuos afiliados indiscriminadamente a las escuelas de la fe?

El asistente me comentó:

–La medida no sería aconsejable en el círculo de nuestra especialidad. El instructor se dedicó al apostolado de asistencia a criaturas encarnadas y recién liberadas de la zona física, en particular, necesitando aprovechar el tiempo con las horas de enseñanza, para aprovechar al máximo. La diversidad de principios en tantos individuos, cada cual con su opinión, acarrearía una gran pérdida de tiempo y un desperdicio de oportunidades.

Miró a la multitud despacio, y agregó:

Tenemos aquí, mil doscientas personas, aproximadamente. De estas, el ochenta por ciento son aprendices de diversas ramas espiritualistas, todavía no aptos para los grandes vuelos del conocimiento, aún cuando aspiren fervorosamente a colaborar con el Plano Divino. Son compañeros con un elevado potencial de virtudes. Practican la buena voluntad y se ejercitan en la iluminación interior a través de un loable esfuerzo. Pero aún así, todavía no disponen de la confianza necesaria para utilizarlas. Tiemblan ante las tempestades naturales del camino y vacilan en el círculo de las pruebas necesarias al enriquecimiento del alma, exigiendo una cuidadosa atención por nuestra parte, ya que, por su diligencia en el trabajo de espiritualizar, son futuros

instrumentos para valiosos servicios. A pesar de la incipiente claridad que señala sus directrices, todavía padecen falta de armonía y angustias, que amenazan su equilibrio. No les falta, sin embargo, la asistencia precisa. Las instituciones de recuperación de fuerzas les abren sus puertas en nuestras esferas de acción. La liberación por el sueño es el recurso inmediato para nuestro amparo fraternal. Al principio, reciben nuestra influencia inconscientemente, pero, enseguida fortalecen su mente, despaño, aceptando nuestra ayuda en su memoria, presentando ideas, sugerencias, pareceres e inspiraciones benéficas y salvadoras, a través de recuerdos imprecisos.

Hizo una breve pausa y concluyó:

—Los demás son colaboradores de nuestro plano en tarea de auxilio.

La organización de los trabajos era digna de sincera admiración. Estábamos en un campo sustancialmente terrestre. La atmósfera, impregnada de aromas que el viento esparcía alrededor, me recordaba mi hogar de la Tierra, rodeado de su jardín, en una noche cálida.

¿Qué podría yo haber realizado en el mundo físico si hubiese recibido, en otro tiempo, aquella bendita oportunidad de iluminación? Aquel puñado de mortales, bajo los rayos de la Luna, parecía una asamblea de privilegiados, favorecidos por musas celestiales. Millones de hombres y mujeres durmiendo en las ciudades próximas, encadenados a los intereses inmediatos e inundados de las más viles sensaciones, no sospecharían ni de lejos la existencia de aquel conjunto de candidatos a la luz íntima, convocados a la preparación intensiva para incursiones más largas y eficientes en la espiritualidad superior. ¿Tendrían la noción de la sublime oportunidad que se les brindaba? ¿Aprovecharían la dádiva con suficiente comprensión de los valores eternos? ¿Marcharían valerosos hacia adelante, o se

estacionarían al contacto de los primeros obstáculos, en el esfuerzo iluminativo? Calderaro percibió mis silenciosas preguntas y añadió:

–Nuestra comunidad de trabajo se dedica, esencialmente, a la manutención del equilibrio. Sabes que los cambios en el plano mental de las criaturas nadie la impone jamás: es fruto de tiempo, esfuerzo y evolución, y el edificio de la sociedad humana, en el actual momento del mundo, viene siendo sacudido en sus propias bases, impulsando a un inmenso número de personas a renovaciones imprevistas. Ciertamente, no te sorprenderás si te dijese que, en vista del silencio de la inteligencia moderna, que da como resultado la parálisis del sentimiento, pone en peligro la razón. El progreso material aturde el alma del hombre poco vigilante. Hace siglos que grandes masas, permanecen distantes de la luz espiritual. La civilización puramente científica es un Saturno devorador, y la humanidad actual se enfrenta con implacables exigencias de acelerado crecimiento mental. De ahí la gravedad de nuestras obligaciones en el sector de la asistencia. Las necesidades de preparación del espíritu se intensifican a un ritmo aterrador.

En ese instante, alcanzamos a la pacífica multitud. Mi interlocutor sonrió, destacando:

–El azar no opera prodigios. Cualquier realización hay que planificarla, acometerla y ponerle término. Para que el hombre físico se convierta en hombre espiritual, el milagro exige mucha colaboración de nuestra parte.

Me lanzó una mirada significativa y conduyó:

Las alas sublimes del alma eterna no se extienden en los estrechos escondrijos de una incubadora. Hay que trabajar, pulir, sufrir.

En ese momento, se aproximó alguien a nosotros: era un compañero, que nos informó que Eusebio había entrado al recinto. Efectivamente en un altozano próximo, estaba el misionero, rodeado por seis asesores, todos envueltos en halos de intensa luz.

El abnegado orientador no presentaba los rasgos de venerable senectud con la que generalmente imaginamos a los apóstoles de las revelaciones divinas, se mostraba con la figura de los hombres robustos, en plena madurez espiritual y sus ojos oscuros y tranquilos parecían fuentes de inmenso poder magnético. Nos contemplaba sonriente, como a simples colegas.

Su presencia impuso un respetuoso silencio. Cesaron todas las conversaciones, y ante los hilos de luz que los trabajadores de nuestro plano tejían alrededor, aislándonos de cualquier asedio eventual de las fuerzas inferiores, sólo el viento en calma subía la voz, susurrando algo de bello y misterioso al follaje.

Nos sentamos todos, a la escucha, mientras el instructor se mantenía de pie; al observarle, casi frente a frente, podía apreciar su figura majestuosa, respirando seguridad y belleza. Del rostro imperturbable, la bondad y la comprensión, la tolerancia y la dulzura irradiaban una simpatía inigualable. La túnica amplia, de tono verde claro, emitía reflejos esmeraldas. Aquella vigorosa personalidad infundía veneración y cariño, confianza y paz. Una vez consolidada la quietud en el ambiente, elevó la diestra hacia lo Alto y oró con inflexión conmovedora:

¡Señor de la vida, bendice nuestro propósito de penetrar el camino de la Luz! ...

Somos tus hijos, aún esclavos de círculos restringidos, pero la sed del infinito nos desgarrar los velos del ser.

Herederos de la inmortalidad, buscamos las fuentes eternas,

esperando, confiados, en Tu misericordia.

De nosotros mismos, Señor, nada podemos. Sin Ti, somos ramas secas que el fuego de la experiencia tortura o transforma...

Sin embargo, unidos a Tu Amor, Somos continuadores gloriosos de Tu creación interminable.

Somos algunos millares en este campo terrestre;

Y, sobre todo, alabamos Tu grandeza desde nuestra pequeñez...

Dilata nuestra percepción más allá de la vida, abre nuestros ojos nublados por el sueño de la ilusión, ¡Para que divisemos Tu gloria sin fin!...

Despierta dulcemente nuestros oídos, para percibir el cántico de Tu sublime eternidad.

Bendice las semillas de sabiduría que tus mensajeros esparcieron en el campo de nuestras almas. Fecunda nuestro suelo interior, para que los divinos gérmenes no perezcan.

Sabemos, Padre que el sudor del trabajo y las lágrimas de la redención constituyen abono generoso para que florezcan nuestros campos sembrados, ya que sin Tu bendición, el sudor languidece y la lágrima desespera...

Sin Tu mano compasiva, los gusanos de las pasiones y las tempestades de nuestros vicios pueden arruinar la labor incipiente...

Despiértanos, Señor de la vida, para la luz de las oportunidades presentes; para que los pesares de la lucha no las inutilicen, guía nuestros pasos hacia el supremo bien, revístenos el corazón con Tu serenidad paternal, para reforzarnos. Poderoso Señor, ampara nuestra fragilidad, corrige nuestros errores, esclarece nuestra ignorancia y acógenos en Tu amoroso regazo.

Hágase Tu voluntad, Padre Amado, ahora y siempre.

Así sea.

Finalizada la conmovedora rogativa, el orientador bajó los ojos nublados de llanto, y entonces vi, con gran júbilo, que desde la altura caía sobre nosotros una claridad diferente, en chorros cristalinos.

Partículas plateadas llovían en el recinto, infiltrándose en las raíces de los árboles más próximos, allá afuera.

Mi alma quedó encantada. Al contacto con los divinos efluvios, noté que mis fuerzas se serenaban gradualmente, en una receptividad maravillosa. Alrededor se derramaban las mismas notas de alegría y de belleza, pues todos los rostros irradiaban calma y dicha, vueltos hacia el instructor, alrededor del cual se mostraban más intensas las ondas de la luz celeste.

Una sublime felicidad inundaba todo mi ser, sumergiéndome en un indefinible baño de energías renovadoras.

Mis ojos no pudieron contener las lágrimas felices que los hermosos reflejos arrancaban de las fuentes ocultas de mi espíritu. Y, antes que el noble mentor volviese a tomar la palabra, agradecí en silencio la respuesta del Cielo, reconociendo en la oración, una vez más, no solo la manifestación de la reverencia religiosa, sino también el recurso de acceso a los inagotables manantiales del Divino Poder.

2. EL DISCURSO DE EUSEBIO

En pie y encendido el tórax de suave luz, habló el instructor, conmovedoramente:

–Nos dirigimos a vosotros, hermanos, que tenéis, por el momento, ocasión de aprender en la bendita escuela carnal.

Empujados por la necesidad, la sed de ciencia o la angustia del amor que supera abismos, atravesasteis pesadas fronteras vibratorias, encontrándoos en el punto cero de un camino que creéis diferente. Mientras vuestro cuerpo físico reposa a distancia, ejercitándose para la muerte, vuestras almas casi liberadas comparten con nosotros la fraternidad y la esperanza, adiestrando facultades y sentimientos para la verdadera vida.

Naturalmente, no os acordareis de nada, al volver a vuestro cuerpo físico, en virtud de la deficiencia del cerebro, incapaz de soportar la carga de dos vidas simultáneas, pero el recuerdo de este momento permanecerá en el fondo de vuestro ser, orientando vuestras tendencias superiores hacia el terreno de la elevación y abriéndoo la puerta de la intuición para que os llegue nuestro pensamiento fraternal.

El orador hizo breve pausa, fijando en nosotros su mirada calma y lúcida, y, bajo la leve e incesante lluvia de rayos plateados, continuó:

–Cansados de las sensaciones en el plano denso de la existencia, intentáis pisar otros dominios. Buscáis la novedad, el consuelo desconocido, la solución a torturantes enigmas: sin embargo, no olvidéis que la llama del propio corazón, convertido en santuario de claridad divina, es la única lámpara capaz de iluminar el misterio espiritual, en nuestra marcha por la senda

redentora y evolutiva. Al lado de cada hombre y de cada mujer, en el mundo, permanece viva la Voluntad de Dios, en lo relativo a los deberes que les corresponde. Cada cual tiene delante el servicio que le compete, como cada día trae consigo posibilidades especiales de realización en el bien. El universo se encuadra en el orden absoluto. Como aves libres en limitados cielos, interferimos en el plano divino, creando para nosotros prisiones y ataduras, liberación y enriquecimiento. Debemos pues, adaptarnos al equilibrio divino, atendiendo a la función aislada que nos compete en la colmena de la vida.

¿Desde cuándo hacemos y deshacemos, terminamos y recomenzamos, emprendemos el viaje reparador y regresamos, perplejos, para volver a empezar? Somos, en el escenario de la corteza planetaria, los mismos actores del drama evolutivo. *Cada milenio es un acto breve, cada siglo una escena.* Utilizando cuerpos sagrados, perdemos, como niños despreocupados y entretenidos en juegos infantiles, la oportunidad santificante de la existencia; de esta forma, nos convertimos en condenados de las leyes soberanas, que nos enredan a los escombros de la muerte, como náufragos piratas indignos por mucho tiempo del retorno a las luchas del mar. Mientras millones de almas poseen ocasiones de enmienda y reajuste, entregadas al esfuerzo regenerativo en las ciudades terrestres, millones de otras lloran la propia derrota, perdidas en la tenebrosa pausa de la desilusión y del padecimiento.

No nos referimos a los misioneros heroicos que soportan las sangrientas heridas de los testimonios angustiosos, por espíritu de renuncia y de amor, de solidaridad y de sacrificio; son luces provisionalmente apartadas de la Luz Divina y que vuelven al domicilio celestial, como el trabajador fiel regresa al hogar, terminada la tarea cotidiana. Nos referimos a las grandes multitudes de almas indecisas, presas de la ingratitud y la duda, de la flaqueza y de la disipación, almas formadas a la luz de la razón, pero esclavizadas a la tiranía del instinto.

Y en un rasgo de humildad cristiana, Eusebio continuó:

–Hablamos de todos nosotros, viajeros que vagamos en el desierto de la propia negación; de nosotros, pájaros de alas partidas, que intentamos volar al nido de la libertad y de la paz, y que, todavía nos debatimos en el lodazal de los placeres de ínfima condición. ¿Por qué no poner coto a las pasiones corrosivas que nos flagelan el espíritu? ¿Por qué no contener el impulso de la animalidad, en que nos complacemos, desde los primeros vestigios del raciocinio? Siempre el terrible dualismo de la luz y de las tinieblas, de la compasión y de la perversidad, de la inteligencia y del impulso bestial. Por una parte, estudiamos la ciencia de la espiritualidad consoladora y, por otra, nos abandonamos al envilecimiento.

Cantábamos himnos de alabanza con Krishna, aprendiendo el concepto de la inmortalidad del alma, a la sombra de los árboles augustos que aspiran a las cimas del Himalaya, y descendíamos, inmediatamente, después, al valle del Ganges, matando y destruyendo para gozar y poseer. Deletreábamos el amor universal con Buda, y perseguíamos a los semejantes, aliados a los guerreros cingaleses e hindúes. Fuimos herederos de la sabiduría en los tiempos lejanos de la Esfinge, y a pesar de la reverencia a los misterios de la iniciación pasábamos a la hostilidad sedienta de sangre, en las márgenes del Nilo. Acompañando el arca simbólica de los hebreos, leíamos reiteradamente los mandamientos de Jehová, contenidos en los rollos sagrados, y, los olvidábamos, al primer clamor de guerra con los filisteos. Llorábamos de conmoción religiosa en Atenas, y asesinábamos a nuestros hermanos en Esparta. Admirábamos a Pitágoras, el filósofo, y seguíamos a Alejandro, el conquistador. En Roma, conducíamos ofrendas valiosas a los dioses, en los maravillosos santuarios, exaltando la virtud, para desenvainar las armas, minutos después, en el atrio de los templos, diseminando la muerte y entronizando el crimen; escribíamos hermosas sentencias de respeto a la vida, con Marco Aurelio, y

ordenábamos la matanza de personas limpias de culpa y útiles a la sociedad. Con Jesús, el Divino Crucificado, nuestra actitud, no ha sido diferente. Sobre los restos de los mártires, inmolados en los circos, vertimos ríos de sangre en venganza cruel, armando las hogueras del sectarismo religioso. Soportamos gobernantes arbitrarios e ignominiosos, de Nerón a Diocleciano, porque teníamos hambre de poder, y cuando Constantino nos abrió las puertas de la dominación política, nos convertimos de siervos aparentemente fieles al Evangelio en árbitros criminales del mundo. Poco a poco olvidamos a los ciegos de Jericó, los paralíticos de Jerusalén, los niños del Tiberiades, los pescadores de Cafarnaúm, para acariciar las testas coronadas de los triunfadores aunque supiésemos que los vencedores de la Tierra no pueden huir de la peregrinación al sepulcro. Se volvió la idea del Reino de Dios fantasía de ingenuos, pues, no nos apartábamos del lado derecho de los príncipes, sedientos de poder mundano. Todavía hoy, transcurridos casi veinte siglos sobre la cruz del Salvador, bendecimos bayonetas y cañones, ametralladoras, tanques y aviones de combate en nombre del Padre magnánimo, que hace brillar el sol de la misericordia sobre los justos y sobre los injustos.

Por esa razón nuestros graneros de luz permanecen vacíos. El vendaval de las pasiones fulminantes de los hombres y de los pueblos pasa ululando, de uno a otro polo, sembrando malos presagios.

¿Hasta cuándo seremos genios demoledores y perversos? En vez de siervos leales del Señor de la vida, hemos sido soldados de los ejércitos de la ilusión, dejando a la retaguardia millones de tumbas abiertas bajo aluviones de ceniza y humo. En balde nos exhortó Cristo a buscar las manifestaciones del Padre en nuestro interior. Alimentamos y expandimos únicamente el egoísmo y la ambición, la vanidad y la fantasía en la Tierra. Contrajimos pesadas deudas y nos esclavizamos a los tristes resultados de nuestras obras, quedándonos, indefinidamente, en la mies de los

espinos.

Luego alcanzamos la época moderna, en que la locura se generaliza y la armonía mental del hombre está a punto de zozobrar. Con el cerebro envuelto y el corazón inmaduro, nos entrenamos, actualmente, en el arte de viciar el progreso espiritual.

El excelso instructor se calló por unos instantes, durante los que observé a los compañeros de alrededor. Hombres y mujeres, algunos con sus manos fuertemente entrelazadas con las de otros, exhibían una extrema palidez en su perplejo semblante. Algunos de ellos estaban allí por primera vez, como yo, dado el asombro que se reflejaba en sus rostros.

Fijando en la asamblea la mirada penetrante, el instructor prosiguió:

–En los siglos pasados, las ciudades florecientes del mundo desaparecían por la masacre, bajo la fuerza de los conquistadores sin entrañas, o bajo la onda mortal de la peste desconocida y sin solución. Hoy, los colectivos humanos aún sufren el asedio de la espada homicida, y lluvias de bombas caen contra poblaciones indefensas, y aunque la fiebre amarilla, el cólera y la viruela fueron dominados, la lepra, la tuberculosis y el cáncer experimentan combates sin tregua. Pero, hay una nueva amenaza para nuestro planeta: el profundo desequilibrio, la falta de armonía generalizada y los trastornos del alma que se multiplican, sutiles, afectando vuestra estabilidad.

Vuestros caminos no parecen recorridos por seres conscientes, sino que son como extrañas veredas, a lo largo de las cuales bailan duendes alucinados. Como fruto de eras sombrías, caracterizadas por la opresión y maldad recíprocas, en que hemos vivido, odiándonos unos a los otros, vemos la Tierra convertida en campo de interminables hostilidades. Hombres y naciones

persiguen el mito del oro fácil, criaturas sensibles se abandonan a las pasiones, cerebros vigorosos pierden la visión interior cegados por los engaños de la personalidad y del autoritarismo. Empeñados en disputas interminables, en duelos espantosos de opinión, conducidos por desvariadas ambiciones inferiores, los hijos de la Tierra se acercan a un nuevo abismo, que la visión turbia no les deja percibir. Esa sima profunda, hermanos, es la de la alienación mental, que no sólo desintegra las células de la vida física, sino que alcanza el tejido sutil del alma, invadiendo nuestro cuerpo periespiritual. Casi todos los estratos de la civilización moderna están afectados en su estructura fundamental. Necesitamos, pues, movilizar todas las fuerzas a nuestro alcance, al servicio de la causa humana, que es nuestra propia causa.

El trabajo de salvación no es exclusivo de las religiones, es una labor común a todos, porque un día vendrá en que el hombre ha de reconocer la Divina Presencia en todas partes. Lo que debemos hacer no es a título particular, es una obra genérica para la colectividad, el esfuerzo del servidor honesto y sincero, interesado en el bien de todos.

Si venís aquí buscando orientación para el trabajo sublime del espíritu, no os olvidéis de vuestra propia luz. No contéis con antorchas ajenas para la jornada. En los planos de sufrimiento regenerador, en las cercanías de la carne, lloran amargamente millones de hombres y de mujeres que abusaron de la ayuda de los buenos, precipitándose en las tinieblas al perder en la tumba los ojos efímeros con que apreciaban el paisaje de la vida a la luz del Sol. Desdeñosos y recalcitrantes, huyeron de todas las oportunidades de encender su propia lámpara. Aborrecían los pesares de la lucha y eligieron el gozo corporal como objeto supremo de sus propósitos en la Tierra y, cuando la muerte cerró sus párpados, empezaron a conocer una noche más larga y más densa, repleta de angustias y de pavor.

En ese momento, Eusebio interrumpió el discurso por más de

un minuto, como para recordar escenas conmovedoras que sus palabras evocaban, demostrando cierta vaguedad en la mirada.

Noté la ansiedad con que la asamblea aguardaba sus palabras. Damas sensibilizadas manifestaban una fuerte impresión en sus rostros, y todos nosotros, ante la exposición leal y conmovedora, nos manteníamos quietos y aturridos.

Transcurrido un tiempo, el orador prosiguió con inflexión enérgica y patriarcal:

–Buscáis en nosotros la orientación necesaria para los trabajos a realizar en el presente en la corteza de la Tierra. Seducidos por la claridad de la Esfera Superior y fascinados por las primeras nociones del amor universal, queréis cooperar en la siembra del porvenir. Reclamáis alas para los vuelos sublimes y tenéis en mira ayudar en el esfuerzo de elevación.

Indudablemente, la intención no puede ser más noble, pero es indispensable que consideréis vuestra necesidad de integración en el deber de cada día. Es imposible progresar en un siglo, sin atender las obligaciones de la hora. Es imprescindible, en la actualidad, recomponer las energías, reajustar las aspiraciones y santificar los deseos.

No basta creer en la inmortalidad del alma. Es inaplazable la iluminación de nosotros mismos, para que seamos claridad sublime. No basta, para la redención, el simple reconocimiento de la supervivencia del alma o del intercambio entre los dos mundos. Los livianos y los malos, los ignorantes y los tontos, pueden comunicarse igualmente a distancia de país a país. Antes de nada lo que importa es elevar el corazón, romper las murallas que nos encierran en la sombra, olvidar las ilusiones de la posesión, rasgar los velos espesos de la vanidad y abstenerse del letal licor del personalismo envilecido, para que las claridades del monte fulguren en el fondo de los valles, para que el sol eterno de Dios

disipe las transitorias tinieblas humanas.

Para poder ser la vanguardia de la fe viva en el mundo, no obstante las dificultades que se nos enfrentan, se os exige la cabal demostración de que estéis seguros de la espiritualidad divina.

El Plano Superior no se interesa por la incorporación de devotos hambrientos de un paraíso beatífico ¿Admitiríais quizás, vuestra permanencia en la Tierra, sin un fin específico? Si la hierba debe producir de acuerdo con objetivos superiores, ¿qué decir de la magnífica inteligencia del hombre encarnado o de la razón iluminada por la fe? ¿Recibiríamos tan sagrados depósitos de conocimiento edificante en aras de nada? ¿Tendríamos la perla de esas bendiciones para fortalecer el propósito egoísta de alcanzar el cielo sin escalas preparatorias, sin actividades purificadoras?

Nuestra meta, amigos míos, no se compece con el exclusivismo ególatra. La Puerta Divina no se abre a espíritus que no se divinizaron por el trabajo incesante de cooperación con el Padre Altísimo. Y el suelo del planeta, al que os prendéis provisionalmente, representa el bendito círculo de colaboración que el Señor os confía. Recoged el rocío celestial en vuestro corazón sediento de paz, contemplad las estrellas que nos hacen señales de lejos, como sublimes ápices de la Divinidad, pero no olvidéis el campo de las luchas presentes.

El espiritualismo, en los tiempos modernos, no puede encerrar a Dios entre las paredes de un templo de la Tierra, porque nuestra misión esencial es la de convertir toda la Tierra en el templo de Dios.

Para nuestra vanguardia de trabajadores decididos y valerosos pasó la fase de experimentación inútil y de investigaciones desordenadas. Vivimos una estructuración de sentimientos nuevos, formando las columnas del mundo venidero, con la luz encendida en nuestro interior. Es natural que los aprendices

recién llegados experimenten, examinen, sondeen y evoquen teorías brillantes, en que las hipótesis vayan al lado de la exhibición personalista: es comprensible y razonable. Toda escuela se caracteriza por los diversos cursos, que forman sus cuadros y disciplinas. No nos dirigimos a los que todavía sueñan en la clausura del “yo”, enredados en los mil obstáculos de la fantasía que endurece sus impresiones. Os hablamos a vosotros, que sentís la sed de universalismo, anónimos compañeros de la humanidad que se esfuerza por emerger de las tinieblas hacia la luz. ¿Cómo aceptaréis el estancamiento como principio y la felicidad exclusivista como fin?

Alimentemos la esperanza renovadora. No invoquéis a Jesús para justificar anhelos de reposo indebido. Él no alcanzó el cénit de la Resurrección sin subir al Calvario, y sus lecciones se refieren a la fe que transporta montañas.

No reclamemos, pues, el ingreso en mundos felices, antes de mejorar nuestro propio mundo. Olvidad el viejo error de que la muerte del cuerpo constituye una milagrosa inmersión del alma en el río del encantamiento. Rindamos culto a la vida permanente, a la justicia perfecta, y adaptémonos a la Ley que apreciará nuestros méritos siempre en conformidad con nuestras propias obras.

Nuestro trabajo es de iluminación y de eternidad. El Gobierno Universal no nos encargó la custodia de altares perecederos. No fuimos convocados a velar en el círculo particular de una interpretación exclusivista, sino a cooperar en la liberación del espíritu encarnado, abriendo horizontes más amplios a la razón humana y rehaciendo el edificio de la fe redentora que las religiones olvidaron.

Unos soplos inmensos de la onda evolucionista barren los ambientes de la Tierra. Todos los días se desmoronan principios convencionales, mantenidos como inviolables durante siglos. La

mente humana, perpleja, es impulsada a transiciones angustiosas. El cambio de valores, la experiencia social y el proceso acelerado de selección por el sufrimiento colectivo perturban a los tímidos y a los descuidados, que representan una abrumadora mayoría en todas partes... ¿Cómo atender a esos millones de necesitados espirituales, si no tenéis la responsabilidad del socorro fraternal? ¿Cómo sanar la locura incipiente, si no os transformáis en imanes que mantengan el equilibrio? Sabemos que la armonía interior no es artículo de oferta y demanda en los mercados terrestres, pero la adquisición espiritual sólo es accesible en el templo del espíritu.

Es necesario que encendamos el corazón en amor fraternal, ante el servicio a efectuar. No bastará, en nuestras realizaciones, la creencia que espera; es indispensable el amor que confía y atiende, transforma y eleva, como recipiente legítimo de la Sabiduría Divina.

Seamos instrumentos del bien, antes que esperar cualquier gracia. La tarea exige valor y suprema devoción a Dios. Sin que nos convirtamos en luz, en el círculo en que estamos, en vano acometeremos las sombras, a nuestros propios pies. Y, en la acción que nos compete, no nos olvidemos que la evangelización de las relaciones entre las esferas visibles e invisibles es deber tan natural y tan inaplazable de la tarea como la evangelización de las personas.

No busquéis lo maravilloso: la sed de lo milagroso puede viciaros y perderos.

Vinculaos, por la oración y por el trabajo constructivo, a los planos superiores, y estos os proporcionarán contacto con los Almacenes Divinos, que dan a cada uno de nosotros según la justa necesidad.

Las situaciones que os oprimen en el paisaje terrenal, por más

duras o desagradables que sean, representan la Voluntad Suprema.

No saltéis los obstáculos, ni intentéis huir de ellos, vencedlos, utilizando la voluntad y la perseverancia, dando así oportunidad de crecimiento a vuestros propios valores.

No transitéis sin la debida prudencia en los caminos de la carne, en que, muchas veces, imitáis a la mariposa insensata. Atended las exigencias de cada día, contentándoos al satisfacer las tareas mínimas.

No intentéis el vuelo sin haber aprendido a andar. Sobre todo, no indaguéis sobre probables derechos que os corresponderían en el banquete divino, antes de liquidar los compromisos humanos.

Es imposible conseguir el título de ángeles, sin antes ser criaturas sensatas.

Presiden nuestros destinos soberanas e indefectibles leyes. Somos conocidos y examinados en todas partes.

Las facilidades concedidas a los espíritus santificados que admiramos, son prodigadas a nosotros, por Dios, en todos los lugares. El aprovechamiento, sin embargo, es obra nuestra. Las máquinas terrestres pueden llevar el cuerpo físico a considerable altura, pero el vuelo espiritual, con el que os liberaréis de la animalidad, jamás lo realizaréis sin alas propias.

La amistad de bienhechores encarnados y desencarnados os han consolado, como suaves y benditas flores del alma, pero se marchitarán como las rosas de un día, si no fertilizáis el corazón con la fe y el entendimiento, con la esperanza inquebrantable y el amor inmortal, sublimes abonos que propician el desarrollo en el terreno de vuestro esfuerzo sin tregua.

No codiciéis el reposo de las manos y de los pies; antes de semejante propósito, buscad la paz interior en la suprema tranquilidad de la conciencia.

Abandonad la ilusión, antes que la ilusión os abandone.

Controlando vuestra propia existencia, dejad plantado el bien en la estela de vuestros pasos.

Solamente los siervos que trabajan, graban en el tiempo las señales de la evolución; solo los que se bañan en el sudor de la responsabilidad consiguen acuñar nuevas formas de vida y de ideal renovador. Los demás, llámense monarcas o príncipes, ministros o legisladores, sacerdotes o generales, entregados a la ociosidad, se clasifican en el orden de los parásitos de la Tierra; no llegan a señalar su permanencia provisional en la corteza del Planeta; revolotean como insectos multicolores, volviendo al polvo del que se alzaron por algunos minutos.

Regresando, pues, al cuerpo físico, valeos de la luz para las realizaciones necesarias.

Participemos del glorioso Espíritu de Cristo. Convirtámonos en claridad redentora.

Un desequilibrio generalizado y creciente invade la mente humana. Se combaten, desesperadamente, las naciones y las ideologías, los sistemas y los principios. Establecida la tregua en las luchas internacionales, surgen deplorables guerras civiles, armando hermanos contra hermanos. La indisciplina fomenta levantamientos y el ansia de libertad perturba la tranquilidad de los pueblos. Hay guerra entre las esferas de acción, encarnados y desencarnados de tendencias inferiores luchan ferozmente, por millones. Innumerables hogares se transforman en ambientes de inconformidad y falta de armonía. El hombre pelea consigo mismo en el actual proceso acelerado de transición.

¡Equilibraos, pues, en la edificación necesaria, convencidos que es imposible confundir la Ley o traicionar los dictámenes universales!

Eusebio emitió una bella y sentida oración, invocando las bendiciones divinas para la asamblea. En ese momento, sentimos sobre nosotros unas sublimes manifestaciones de luz.

Terminado el discurso, los compañeros unidos al cuerpo físico comenzaron a retirarse en respetuoso silencio.

Calderaro me condujo a la presencia del instructor y me presentó. El alto dirigente me recibió con afabilidad y dulzura, colmándome de palabras de incentivo. Era preciso servir, me explicó, encareciendo las necesidades de asistencia espiritual que se acumulaban en todas las partes, reclamando cooperadores abnegados y fieles.

Cuando Calderaro se refirió a mis proyectos, Eusebio mostró una paternal sonrisa e, indicándonos diversas acciones a tomar, nos recomendó que nos pusiésemos en contacto con el grupo de socorro en el que el asistente prestaba activa colaboración.

Inmediatamente después, al retirarse, acompañado por los asesores que componían la comitiva, el noble mentor me comentó, bondadoso:

–¡Sé feliz!

Dirigiendo a Calderaro una expresiva mirada, añadió:

–Cuando haya ocasión, incorpórales al servicio de asistencia a las cavernas.

Lleno de curiosidad, le di las gracias y me dispuse a esperar.

3. LA CASA MENTAL

Volviendo en compañía de Calderaro, en una mañana luminosa, tenía el propósito de enriquecer mis nociones referentes a las manifestaciones de la vida próxima a la esfera física.

Una vez en la Colonia espiritual, que me recibió con extremado cariño, conocí de cerca a algunos instructores y fieles trabajadores del bien.

Sin duda, vivíamos todos en intenso trabajo, con escasas horas reservadas a viajes de entretenimiento; además, gozábamos de un ambiente de felicidad y alegría que favorecía la marcha evolutiva. Nuestros templos constituían, por sí solos, benditos núcleos de consuelo y de fortalecimiento. En las asociaciones culturales y artísticas encontrábamos la continuidad de la existencia terrestre, pero, enriquecida de múltiples elementos educativos. El campo social estaba lleno de oportunidades maravillosas para la adquisición de afectos inestimables. Los edificios, donde realizábamos el servicio matinal, estaban entre jardines encantadores, como nidos tibios y venturosos en árboles perfumados y tranquilos.

No nos faltaban obligaciones y deberes, orden y disciplina, pero la serenidad era nuestro clima, y la paz, nuestra dádiva de cada día.

La muerte nos había lanzado a una atmósfera extraña a la lucha física. La primera sensación fue el choque. Nos arrebató a lo imprevisto. Continuábamos viviendo, sin el cuerpo físico, pero las nuevas condiciones de existencia no significaban ninguna pérdida de la oportunidad de evolucionar. Los motivos de competencia

benéfica y las posibilidades de crecimiento espiritual habían ganado infinitamente. Podíamos recurrir a los poderes superiores, mantener relaciones edificantes, tejer esperanzas y sueños de amor, proyectar experiencias más elevadas en las reencarnaciones, dedicándonos al trabajo y estudio y ampliando la capacidad de servir.

En suma, el pasaje por el sepulcro nos había conducido a una vida mejor; pero.... ¿y los millones que traspasaban el estrecho umbral de la muerte, permaneciendo apegados a la corteza de la Tierra?

Incalculables multitudes de esa clase se mantenían en la fase rudimentaria del conocimiento; sólo poseían algunas informaciones primarias de la vida; pedían amparo de los espíritus superiores, como las tribus primitivas reclaman la ayuda de los hombres civilizados, necesitaban desarrollar facultades, como los niños crecer, no permanecían unidos a la esfera carnal por maldad, sino que se demoraban, vacilantes, en el suelo terreno, como los niños se refugian en el seno materno; guardaban sólo el recuerdo del campo sensitivo de la existencia, reclamando la reencarnación casi inmediata cuando no les era posible la matrícula en nuestras escuelas de servicio y aprendizaje iniciales. Por otro lado, verdaderas legiones de criminales y desviados se agitaban, no lejos de nosotros, después de haber traspasado las fronteras de la tumba; consumiendo, a veces innumerables años, entre la revuelta y la desesperación, como horribles genios de las sombras, como ocurre, en los círculos terrenos, con los delincuentes pertinaces segregados de la sociedad, pero siempre terminaban su camino de locura en los devaneos oscuros del remordimiento y del sufrimiento, consiguiendo arrepentirse, por fin, de su perversidad. Pero, tengamos en cuenta que el arrepentimiento es camino para la regeneración y nunca pasaporte directo para el cielo, razón por la cual esos infelices formaban cuadros vivos de padecimiento y horror.

En varias ocasiones, les vi revueltos y afligidos, asumiendo formas desagradables a la mirada.

En los casos de obsesión se convertían en recíprocos atormentadores, o en fríos verdugos de las víctimas encarnadas. Cuando estaban errantes o limitados a los valles de castigo, aterraban siempre, por los espectáculos de dolor y miseria sin límite.

Pero hay que convenir, que ellos, los desventurados, y nosotros, que continuábamos trabajando a ritmo normal, habíamos atravesado puertas idénticas. Tal vez, en muchos casos, incluso abandonamos el cuerpo físico bajo análogas dolencias. Considerando esto, y conociendo la Divina Ley, que no concede paraísos de favor, ni establece infiernos eternos, me angustiaba al contemplar las inmensas filas de infortunados.

Efectivamente, había identificado a muchos de ellos en las cámaras rectificadoras de múltiples instituciones de beneficencia; sin embargo, situados en la zona de amparo fraternal, presentaban a su favor síntomas de mejoría en cuanto al reconocimiento de sus propios errores o a los créditos espirituales que gozaban, gracias a ciertas fuerzas intercesoras.

Los infelices que citamos provenían, no obstante, de otros orígenes. Eran los ignorantes, los revoltosos, los perturbadores y los impenitentes, de alma impermeable a las advertencias edificantes, los jactanciosos y vanidosos de los más variados matices, perseverantes en el mal, disipadores de la energía anímica, en actitudes perversas ante la vida.

Mi contacto con ellos, en diversas ocasiones, fue un simple encuentro fortuito, sin mayor peso en mi esclarecimiento.

¿Por qué motivo se demoraban tanto en el hemisferio oscuro de la incompreensión? ¿Aplazaban deliberadamente la recepción

de la luz? ¿No les dolería la condición de seres condenados, por sí mismos, a largas penas? ¿No sentirían vergüenza por la pérdida voluntaria de tiempo? Muchas veces, me sorprendía al contemplarles... Los rasgos de muchos de esos desventurados parecían un monstruoso diseño, provocando ironía y piedad. ¿Qué ley regiría el estereotipo de sus formas? ¿Les habría olvidado la madre naturaleza, pródiga de bendiciones en todos los planos, o recibían ellos esa presentación personal como un castigo impuesto por superiores designios?

Tales preguntas que bailaban en mi mente me impulsaban más a vivir la posibilidad que se me ofrecía.

Me aproximé a Calderaro aquella mañana, sediento de saber. Le expuse mis íntimas indagaciones y conté a sus oídos tolerantes mi ansiosa expectativa, largamente reprimida, quería conocer a los que se entretenían en la maldad, en el crimen, en la inconformidad.

Mi amigo escuchó en calma, sonrió benevolente y me explicó:

—Antes de nada, André, cambiemos el concepto. Para transformamos en legítimos elementos de auxilio a los espíritus sufridores, desencarnados o no, no es imprescindible comprender la perversidad como locura, la rebeldía como ignorancia y la desesperación como enfermedad.

Ante mi perplejidad, agregó, fraternalmente:

—¿Comprendes? Estas definiciones no son mías. Las aprendimos de Cristo, en su trato divino con nuestra posición de inferioridad, en la corteza terrestre.

Pensé que el instructor se iba a extender en una exposición relativa al asunto, con preciosas referencias y comentando experiencias personales. Nada de esto ocurrió, Calderaro me

informó con sencillez:

–La ceguera del espíritu es fruto de la espesa ignorancia en manifestaciones primarias o de la obnubilación de la razón en los estados de envilecimiento del ser. Nuestro interés, en el socorro a la mente desequilibrada es analizar este último aspecto de la sombra que pesa sobre sus almas, siendo así, es necesario que sepas algunas cosas de la locura en el ámbito de la civilización. Para esto, conviene que estudiemos, más detenidamente, el cerebro del hombre encarnado y del hombre desencarnado en posición de falta de armonía, por estar ahí situado el órgano de manifestación de la actividad espiritual.

Desearía continuar oyéndole en las explicaciones claras y convincentes, que fluían de sus labios, pero Calderaro se calló para afirmar, pasados algunos instantes:

–No dispongo de mucho tiempo para hablar sobre una materia ajena a mis servicios; pero lucharemos juntos, convencidos que, trabajando en las buenas obras, aprenderemos siempre la ciencia de la elevación.

Sonrió, fraternalmente, y dijo:

–La palabra invertida en servicios del bien es cimiento divino para realizaciones inmortales. Conversaremos, pues, sirviendo a nuestros semejantes de modo sustancial, y nos será más provechoso.

Me quedé en silencio.

Pocos minutos después, acompañándole, penetré en un gran hospital terrestre y nos detuvimos ante el lecho de un enfermo, a quien el asistente debía ayudar. Abatido y pálido, se mantenía unido a una deplorable entidad de nuestro plano, en míseras condiciones de inferioridad y de sufrimiento. El enfermo, aunque

estaba casi inmóvil, acusaba una fuerte tensión nerviosa, sin percibir, con los ojos físicos, la presencia del compañero de siniestro aspecto. Parecían visceralmente unidos uno al otro, tal era la abundancia de hilos tenuísimos que mutuamente les entrelazaban, desde el tórax a la cabeza, por lo que parecían dos prisioneros de una red fluídica. Los pensamientos de uno de ellos con certeza se hacían presentes en el cerebro del otro. Las conmociones y sentimientos se permutaban entre ambos con matemática precisión. Espiritualmente, estaban, continua y perfectamente identificados entre sí. Observaba, admirado, el flujo de vibraciones mentales comunes.

Me disponía a comentar el fenómeno, cuando Calderaro, percibiendo mi intención, se adelantó, recomendando:

–Examina el cerebro de nuestro hermano encarnado.

Me concentré en la contemplación del delicado aparato, centralizando toda mi capacidad visual, para, de ese modo, analizarlo interiormente.

El envoltorio craneal, ante mis poderes visuales intensificados, no presentaba resistencia. Como había observado otras veces, allí estaba el complicado departamento de la producción mental, como un laboratorio de los más complejos y menos accesibles. Las circunvoluciones separadas entre sí, reunidas en lóbulos, igualmente distanciados unos de los otros por las cisuras, me daban la idea de un aparato eléctrico, casi impenetrable para los hombres. Comparando los dos hemisferios, recordé las definiciones de la terminología clásica, y pasé largos minutos analizando las disposiciones especiales de los nervios y las características de la sustancia cenicienta.

La voz de mi orientador quebró el silencio, exclamando inopinadamente:

–Observa la señalización.

Asombrado, noté, por primera vez, que las irradiaciones emitidas por el cerebro contenían diferencias esenciales. Cada centro motor se mostraba con diversas peculiaridades, a través de las fuerzas radiantes. Descubrí, sorprendido, que toda la región cerebral, por las señales luminosas, se dividía en tres regiones distintas. En los lóbulos frontales, las zonas de asociación eran casi brillantes. De la corteza motora, hasta la extremidad de la médula espinal, la claridad disminuía, para volverse aún más débil en los ganglios básicos.

Ya llevaba algunos minutos en la contemplación de las células nerviosas, cuando el asistente me aconsejó:

–Examinaste el cerebro del compañero encarnado; observa, ahora, el mismo órgano en el amigo desencarnado que le influencia directamente.

La entidad, que no se daba cuenta de nuestra presencia, en virtud del círculo de vibraciones bajas en que se mantenía, fijaba toda la atención en el enfermo, recordando la sagacidad de un felino vigilando la presa.

Observé una extraña herida en su región torácica, y me disponía a investigar la causa, sondeando los pulmones, cuando Calderaro me dijo:

–Trataremos la llaga en el trabajo de asistencia. Concentra la visión en el cerebro.

Transcurridos algunos momentos, concluí que, apartando la configuración de las piezas y el ritmo vibratorio, tenía bajo mis ojos dos cerebros casi idénticos. Difería el campo mental del desencarnado, revelando alguna superioridad en el terreno de la sustancia, que, en el cuerpo periespiritual, era más suave y menos

oscura. Tuve la impresión que, si lavásemos, por dentro, el cerebro del amigo estirado en el lecho, retirando ciertos corpúsculos más pesados, sería casi igual, en esencia, al de la entidad que yo mantenía bajo examen. Las divisiones luminosas, eran en todo análogas. Más luz en los lóbulos frontales, menos luz en la corteza motora y casi ninguna en la médula espinal, donde las irradiaciones se hacían difusas y opacas.

Interrumpí el estudio comparativo, después de una cuidadosa investigación y miré a Calderaro en silenciosa interrogación.

El servicial mentor dijo, sonriente:

–Después de la muerte física, lo que hay más sorprendente para nosotros es el reencuentro de la vida. Aquí aprendemos que el organismo periespiritual que nos condiciona en materia más suave y más plástica, después del sepulcro, es fruto igualmente del proceso evolutivo. No somos creaciones milagrosas, destinadas al adorno de un paraíso de cartón. Somos hijos de Dios y herederos de los siglos, conquistando valores, de experiencia en experiencia, de milenio en milenio. No hay favoritismo en el Templo Universal del Eterno, y todas las fuerzas de la Creación se perfeccionan en el infinito. La crisálida de conciencia, que reside en el cristal rodando en la corriente del río, se halla ahí en proceso liberatorio, los árboles que a veces se levantan centenas de años, soportando los golpes del invierno y calentados después por las caricias de la primavera, están conquistando la memoria; la tigresa lamiendo a los hijitos recién nacidos, aprende rudimentos del amor; el simio, chillando, organiza la facultad de la palabra. En verdad, Dios creó el mundo, pero nosotros nos conservamos aún lejos de la obra completa. Los seres que habitan el universo transpiraron sudor por mucho tiempo, para hacerlo bello. Así es también la individualidad. Somos creación del Autor Divino, y debemos perfeccionarnos integral mente. El Padre Eterno estableció como Ley universal que la perfección sea obra de la cooperación entre Él y nosotros, sus

hijos.

El mentor guardó silencio por unos instantes, sin que tuviese el ánimo suficiente para aportar ningún comentario a sus elevados conceptos.

Inmediatamente después, me indicó la médula espinal y continuó:

–Creo inútil cualquier alusión a los trabajos primordiales de nuestro largo drama de vida evolutiva. Desde la ameba en la frialdad del agua del mar, hasta el hombre, venimos luchando, aprendiendo y seleccionando invariablemente. Para adquirir movimientos y músculos, facultades y raciocinios, experimentamos la vida y por ella fuimos experimentados durante millares de años. Las páginas de la sabiduría hindú son escritos de ayer, y el Evangelio de Jesucristo es materia de hoy, comparados a los milenios vividos por nosotros, en la jornada progresiva.

Después de hacer un significativo gesto con su mano, prosiguió:

–En el sistema nervioso, tenemos el cerebro inicial, centro de los movimientos instintivos y sede de las actividades subconscientes, imaginémosle como el almacén de la individualidad, donde archivamos todas las experiencias y registramos los menores hechos de la vida. En la región de la corteza motora, zona intermedia entre los lóbulos frontales y los nervios, tenemos el cerebro desarrollado, que sustenta las energías motoras de las que se sirve nuestra mente para las manifestaciones imprescindibles en el actual momento evolutivo de nuestro modo de ser. En los planos de los lóbulos frontales, todavía silenciosos para la investigación científica del mundo, yacen materiales de orden sublime, que conquistaremos gradualmente, en el esfuerzo de ascensión, representando la

parte más noble de nuestro organismo divino en evolución.

Me extasiaban estas explicaciones sencillas y admirables. Calderaro era un educador de la más elevada estirpe. Enseñaba sin cansar y sabía conducir al aprendiz a conocimientos profundos sin ningún sacrificio por parte del alumno.

Pensaba esto cuando prosiguió, después de un breve intervalo:

—No podemos decir que poseemos tres cerebros simultáneamente. Tenemos sólo uno que se divide en tres regiones distintas. Tomémosle como si fuera un castillo de tres plantas: en la primera situamos la *residencia de nuestros impulsos automáticos*, simbolizando el resumen viviente de los servicios realizados; en la segunda localizamos el *domicilio de las conquistas actuales*, donde se levantan y consolidan la cualidades nobles que estamos edificando; en la tercera, tenemos la *casa de las nociones superiores*, indicando las culminaciones que nos corresponden alcanzar. En una residen el hábito y el automatismo, en otra, el esfuerzo y la voluntad y en la última se encuentran el ideal y la meta superior a ser alcanzada. Distribuimos, de este modo, en las tres plantas, el subconsciente, el consciente y el superconsciente. Como vemos, poseemos, en nosotros mismos, el pasado, el presente y el futuro.

Después de una pausa más larga, pensé para mí, según mi antigua costumbre de investigar:

Las preciosas explicaciones que había oído no podrían ser más sencillas ni lógicas. Pero: ¿el cerebro de un desencarnado sería también susceptible de enfermar? Sabía yo que la sustancia cenicienta, en el mundo carnal, podía ser acometida por tumores, por la debilidad o la hemorragia; pero en la esfera nueva, a que la muerte me había conducido, ¿qué fenómenos mórbidos asediarían a la mente?

Calderaro registró mis preguntas y me aclaró:

–No veremos aquí las molestias físicas propiamente dichas. Quien acompaña, como nosotros, desde hace mucho tiempo, a los psiquiatras verdaderamente consagrados al bien del prójimo, conoce a la saciedad, que todos los títulos de gratitud humana son pocos ante el apostolado de un Paul Broca, que identificó la enfermedad del centro de la palabra, o de un Wagner Jauregg, que se dedicó a la cura de la parálisis, persiguiendo a la espiroqueta de la sífilis, hasta encontrarla en lo recóndito de la materia gris, perturbando las zonas motoras. Ante fenómenos como estos, es comprensible la ruptura de la armonía cerebral como consecuencia de haberse apartado los principios del cuerpo periespiritual de los conjuntos celulares del cuerpo físico; esos conjuntos quedan, entonces, desordenados en su estructura y actividades normales, como sucede con el violín incapacitado para la ejecución perfecta de un trecho melódico, por tener una o dos cuerdas desafinadas. No debemos, ni podemos ignorar las leyes que rigen los dominios de la forma... De ahí la imposibilidad de tener una “psicología equilibrada” sin “fisiología armoniosa” en la esfera de la ciencia humana.

Nos referiremos sólo a las manifestaciones espirituales en su esencia. Preguntas si la mente desencarnada puede enfermar... ¡Qué pregunta! ¿Crees que la maldad deliberada no es una molestia del alma o que el odio no constituye una enfermedad terrible? ¿Supones que no existen “gusanos mentales” de la tristeza y de la inconformidad? Aunque podamos actuar en un cuerpo más sutil y suave, gracias a la naturaleza de nuestros pensamientos y aspiraciones, ya distantes de las zonas bajas de la vida que dejamos, no poseemos aún el cerebro de los ángeles. Conservar la forma actual es un incesante trabajo, camino de conquistas más sublimes. No podemos descansar en los procesos iluminativos, debemos purificar siempre, seleccionar tendencias y cribar conceptos, para no interrumpir la marcha. Hay millones que viven aquí, en el nivel que nos hallamos, pero otros millones

permanecen en la carne o en nuestros planos más bajos de evolución, bajo una atroz demencia. Para esos debemos conocer y reflexionar sobre la patología del espíritu, socorriendo a los más infelices e interfiriendo fraternal e indirectamente en la solución de los problemas en cuyos hilos se enredan. Son duendes en desesperación, víctimas de sí mismos, en terrible cosecha de espinas y desilusiones. El periespíritu, recipiente de nuestras manifestaciones, es, por ahora, nuestra más alta conquista en la Tierra, en el capítulo de las formas. Para las almas esclarecidas, iluminadas de luz redentora, representa un puente para el campo superior de la vida eterna, aún no alcanzado por nosotros mismos. Para los espíritus vulgares, es la restricción indispensable y justa, para las conciencias culpables, es una cárcel intraducible, pues registra los errores cometidos, guardándoles con todas las detalles vivos de los momentos de la caída. El género de vida de cada uno, en el cuerpo físico, determina la densidad del periespíritu después de la pérdida del cuerpo denso. El cerebro es el instrumento que traduce la mente, manantial de nuestros pensamientos. A través de él, pues, nos unimos a la luz o a las tinieblas, al bien o al mal.

Percibiendo la atención con que seguía sus esclarecimientos, Calderaro sonrió significativamente y preguntó:

–¿Has entendido?

Señalando a los dos sufridores, prosiguió:

–Vemos aquí a dos enfermos: uno, en la carne; otro, fuera de ella. Ambos traen el cerebro intoxicado, sintonizándose absolutamente uno con el otro. Espiritualmente, cayeron del tercer piso, donde situamos los conceptos superiores, y, entregándose al relajamiento de la voluntad, pasaron del segundo piso, sede del esfuerzo propio, perdiendo una valiosa oportunidad de volverse a levantar, y cayeron, de esta forma, en la esfera de los impulsos instintivos, donde se archivan todas las

experiencias de la animalidad anterior. Ambos detestan la vida, se odian recíprocamente, se desesperan, emiten ideas de tormento, de aflicción, de venganza. En suma, están locos, aunque el mundo no identifique su desequilibrio, que se produce en el interior del periespíritu...

Me disponía a hacer una larga lista de preguntas alusivas a los dos personajes en cuestión, pero el instructor inició el servicio de asistencia directa, e, imponiendo su diestra en el lóbulo frontal izquierdo del enfermo encarnado, me habló, afable:

–Espera un poco para tus preguntas, amigo mío. Cálmate. Mientras trabajamos te explicaré todo lo que esté al alcance de mis conocimientos.

4. ESTUDIANDO EL CEREBRO

Con su mano fraternal sobre la frente del enfermo, para transmitirle vigorosos fluidos de vida renovadora, Calderaro me explicó:

Hace veinte años, aproximadamente, este amigo mató a su actual verdugo. Inicié el servicio de asistencia, hace solo tres días; no obstante, ya me enteré de su conmovedora historia.

Dirigió una compasiva mirada al verdugo desencarnado y prosiguió:

–Trabajaban juntos, en una gran ciudad, en el comercio de baratijas. El homicida era empleado de la víctima, desde la infancia, y, alcanzada la mayoría de edad, exigió del jefe, que era su tutor, el pago de varios años de servicio. El patrón se negó alegando las fatigas que había sufrido para asistirle en la infancia y en la juventud. Le daría una ventajosa posición en el negocio y le concedería intereses sustanciales pero no le pagaría un centavo en lo referente al pasado. Hasta ese momento le había considerado un hijo, que además reclamaba asistencia continua. Estalló una fuerte discusión entre ambos. Palabras rudas, intercambiadas entre vibraciones de cólera inflamaron el cerebro del joven, que, en un raptó de ira, le asesinó dominado por una furia salvaje. Pero, antes, de huir del local, el criminal corrió a la caja, donde había mucho dinero, retiró el importe al que se suponía con derecho, dejando intacto el resto, lo que despistaría más tarde a la policía. Efectivamente, a la mañana siguiente fue al negocio, donde la víctima vivía mientras la familia estaba de vacaciones en el campo, y, fingiendo preocupación ante las puertas cerradas, invitó a un guardia a que le acompañase, para que abriesen ambos una de las cerraduras. En pocos momentos,

se esparcía la noticia del crimen. No obstante, la justicia humana, despistada por la habilidad del delincuente, no consiguió solucionar el caso. El asesino fue muy cuidadoso en salvaguardar los intereses del muerto. Mandó bloquear cuentas y efectuó inventarios laboriosos. Requirió el amparo de las autoridades legales para un minucioso examen de la situación. Fue un verdadero abogado de la viuda y de los hijos del tutor fallecido, que, gracias a su labor, recibieron una sustanciosa herencia. Lo hizo todo como si el desencarnado fuese su padre. Terminado esto, sin que los aparatos judicial y policial pudiesen resolver el enigma, se fue, discretamente, hacia un gran centro industrial, donde invirtió los recursos económicos en actividades lucrativas.

El instructor con un brillo diferente en la mirada, hizo una pequeña pausa y añadió:

-Consiguió engañar a los hombres, pero no a sí mismo. La entidad desencarnada, concentrando su mente en la idea de venganza, le siguió, perseverante. Se aferró a su periespíritu, como lo hace la hiedra sobre un muro. El homicida hizo todo para atenuar el asedio constante. Se volcó en las empresas materiales, deseando olvidarse de sí mismo y poniendo en práctica iniciativas que le hicieron enormemente rico. Observando, que su riqueza no disminuía su intranquilidad y sufrimiento inconfesables, se dio prisa en casarse, deseando apaciguar su conciencia. Desposó a una joven de alma extremadamente elevada en la zona superior de la vida humana, que le dio cinco hijitos encantadores. En el clima espiritual de la mujer escogida, consiguió el equilibrio en cierta forma, aun cuando la víctima no se apartase de él. Hubo ocasiones en que se sumergía en las más crueles depresiones nerviosas, asaltado por extrañas pesadillas a los ojos de los familiares; pero siempre resistía, amparado, hasta cierto punto, por las amistades que disponía la esposa, desde hacía mucho, en nuestros planos. Pero si las leyes humanas corren parejas a los fallos de los hombres encarnados, las Leyes divinas jamás se engañan. Conservando las fuerzas tenebrosas acumuladas en su

destino, desde la noche del asesinato, nuestro desventurado amigo mantuvo en su interior todas las impresiones destructoras recogidas en el instante de la caída. Le repugnaba una confesión pública del crimen, que, de cierto modo, podría haber mitigado su angustia, liberando las energías nefastas, que tenía guardadas.

A esa altura de la narrativa, Calderaro se calló. Tocó la zona de la corteza y prosiguió:

–La mente criminal, asediada por la presencia invariable de la víctima, perturbando su memoria, se fijó en la región intermedia del cerebro, porque el dolor del remordimiento no le permitía un fácil acceso a la esfera superior del periespíritu, donde los principios más nobles del ser mantienen el santuario de manifestaciones de la conciencia Divina. Aterrorizado por los recuerdos, sufría un irreprimible pavor en base a los juicios de la conciencia. Por otra parte, cada vez más interesado en asegurar la felicidad de la familia, su único oasis en el desierto hirviente de los horribles recuerdos, el infeliz, respetado por la posición social que el dinero le confería, se refugió en una actividad febril e ininterrumpida. Viviendo mentalmente en la región intermedia del cerebro, casi exclusivamente, solo sentía tranquilidad actuando y trabajando, de cualquier manera, incluso desordenadamente. Intentaba la fuga a través de todos los medios a su alcance. Se acostaba, extenuado por la fatiga del cuerpo, y se levantaba al día siguiente, abatido y cansado de pelear inútilmente con el perseguidor invisible, en las horas del sueño. En consecuencia, provocó el desequilibrio del periespíritu, lo que se reflejó en la zona motora, implantando el caos orgánico.

Hizo un movimiento con el índice y destacó:

–Observa los centros corticales.

Contemplé, admirado, aquel maravilloso mundo microscópico. Las células piramidales, distinguiéndose por el tamaño,

destacaban la importancia de las funciones que tenían en el laboratorio de la energía nerviosa. Observando atentamente la escena, no me parecía que estuviese examinando el tejido vivo de la sustancia blanco grisácea, tuve la impresión que la corteza fuese una dínamo en funcionamiento. ¿No estaríamos delante de algún aparato eléctrico de complicada estructura? A pesar de esas impresiones, vi que la materia cerebral amenazaba debilitamiento.

Continuaba perplejo, sin saber como hacer los comentarios correspondientes, cuando el asistente vino en mi ayuda, explicándome:

–Estamos delante del periespíritu del ser humano, adherido al doble físico, de la misma forma que algunas partes del cuerpo carnal tienen estrecho contacto con el vestido. Todo el campo nervioso de la criatura constituye la representación de las potencias periespirituales, lentamente conquistadas por el ser, a través de milenios y milenios. Al renacer entre el cuerpo físico, nuestro periespíritu, que se caracteriza, en nuestra esfera menos densa, por una extrema ligereza y extraordinaria plasticidad, se somete, en el plano de la corteza, a las leyes de recapitulación, herencia y desarrollo fisiológico, en conformidad con el mérito o demérito que traemos y con la misión o el aprendizaje necesarios. El cerebro real es un aparato de los más complejos, en que nuestro “yo” refleja la vida. A través de él, sentimos los fenómenos exteriores según nuestra capacidad receptiva, que es determinada, por la experiencia; por eso, varía, de criatura a criatura, en virtud de la multiplicidad de los niveles en la escala evolutiva. Ni los simios o los antropoides, a camino de la unión con el género humano, presentan cerebros absolutamente iguales entre sí. Cada individuo lo revela de acuerdo al progreso efectivo realizado. El salvaje presenta un cerebro periespiritual con vibraciones muy diferentes de las del órgano del pensamiento en el hombre civilizado. Bajo este punto de vista, el cerebro de un santo emite ondas que se distinguen de las de un científico. La

ciencia oficial, en la corteza planetaria, se apega al concepto de la forma física, en tránsito hacia las transformaciones de la enfermedad, de la vejez o de la muerte. Aquí, sin embargo, examinamos el organismo que modela las manifestaciones del campo físico, y reconocemos que todo el sistema nervioso es de un orden sublime. La célula nerviosa es una entidad de naturaleza eléctrica, que diariamente se nutre del combustible adecuado. Hay neuronas sensitivas, motoras, intermedias y reflejas. Existen las que reciben las sensaciones exteriores y las que recogen las impresiones de la conciencia. En todo el cosmos celular se agitan interruptores y conductores, elementos de emisión y de recepción. La mente es la orientadora de ese universo microscópico, en que billones de corpúsculos y energías multiformes se consagran a su servicio. De ella emanan las corrientes de la voluntad, determinando una amplia red de estímulos, reaccionando ante las exigencias del ambiente exterior, o atendiendo a las sugerencias de las zonas interiores. Colocada entre lo objetivo y lo subjetivo es obligada por la Divina Ley a aprender, comprobar, escoger, repeler, aceptar, recoger, guardar, enriquecerse, iluminarse y progresar siempre. Del plano objetivo, recibe la influencia de la lucha directa, de la esfera subjetiva, absorbe la inspiración, más o menos intensa, de las inteligencias desencarnadas o encarnadas que le son afines, y los resultados de las creaciones mentales que le son peculiares. Aunque permanezca aparentemente estacionaria, la mente prosigue su camino, sin retroceso, bajo la actuación de las fuerzas visibles o de las invisibles.

Al hacer una pausa en la explicación, se me ocurrieron innumerables e ininterrumpidas asociaciones de ideas...

¿Cómo interpretar todas las revelaciones de Calderaro? ¿Las células del cuerpo no tenían características propias? ¿No eran personalidades infinitesimales, reunidas en conjuntos en los órganos, pero casi libres en sus manifestaciones? ¿Eran quizás, dobles de las células espirituales? ¿Cómo conciliar esa teoría con

la liberación de los microorganismos, después de la muerte del cuerpo? Y, si así fuese, ¿no debería la memoria del hombre encarnado, librarse del olvido temporal del pasado?

El instructor percibió mis preguntas inarticuladas, porque prosiguió, sereno, como respondiéndome:

–Conozco tus objeciones. Yo también las formulé en otro tiempo, cuando todo era novedoso para mí. Pero, hoy puedo decirte, que, si existe la química fisiológica, tenemos también la química espiritual, como poseemos la orgánica y la inorgánica, existiendo una extrema dificultad para definir sus puntos de acción independiente. Es casi imposible determinar la frontera divisoria, ya que el espíritu más sabio no se animaría a localizar, con afirmaciones dogmáticas, el punto donde termina la materia y comienza el espíritu. En el cuerpo físico, se diferencian las células de manera sorprendente. Presentan unos tipos en el hígado, otros en los riñones e incluso otros en la sangre. Se modifican infinitamente, surgen y desaparecen, por millares, en todos los dominios de la química orgánica, propiamente dicha. En el cerebro, sin embargo, se inicia el imperio de la química espiritual. Las células, ahí, son difícilmente sustituibles. El paisaje delicado y superior es siempre el mismo, porque el trabajo del alma requiere fijación, aprovechamiento y continuidad. El estómago puede ser un alambique, en el que el mundo infinitesimal se muestra, en tumultuosa animalidad, y se aproxima a los cuadros inferiores de la vida, por cuanto el estómago no necesita recordar qué sustancia alimenticia procesó el día anterior. Pero, el órgano de expresión mental, reclama elementos químicos de tipo sublimado, por alimentarse de experiencias que deben ser registradas, archivadas y recordadas siempre que sea oportuno o necesario. Interviene, entonces, la química superior, dotando al cerebro del material insustituible en muchos departamentos de su laboratorio íntimo.

El asistente calló por algunos segundos, como para darme

tiempo para reflexionar. En seguida, continuó:

Realmente, no hay ningún misterio en eso. Volvamos a nuestros ancestros en la evolución. El principio espiritual se refugió en el seno tibio de las aguas, a través de los organismos celulares, que se mantenían y se multiplicaban por escisiparidad. En millares de años, hizo largo viaje en la esponja, pasando a dominar células autónomas, imponiéndoles el espíritu de obediencia y de colectividad en la organización primordial de los músculos. Experimentó largo tiempo, antes de ensayar las bases del aparato nervioso, en la medusa, en el gusano y en el batracio, arrastrándose para emerger del fondo oscuro y lodoso de las aguas, para comenzar las primeras experiencias, al sol meridiano. ¿Cuántos siglos consumió, revistiendo formas monstruosas, puliéndose, aquí y allí, ayudado por la interferencia indirecta de las inteligencias superiores? Imposible responder, por el momento, mamó el seno abundante de la Tierra, evolucionando sin parar, a través de milenios, hasta la región más alta, donde consiguió elaborar su propio alimento.

Calderaro fijó en mí una significativa mirada y preguntó: -¿Lo comprendes ahora?

Ante el asombro de las nuevas ideas que asaltaban mi imaginación, impidiéndome el minucioso examen del asunto, el esclarecido instructor sonrió y continuó:

-Por más esfuerzo que empleemos por simplificar la exposición de este delicado tema, siempre causa perplejidad. Quiero decir, André, que el principio espiritual, desde el oscuro momento de la creación, camina sin detenerse hacia adelante. Se alejó del lecho oceánico, alcanzó la superficie de las aguas protectoras, se movió en dirección al barro de las orillas, se debatió en el charco, llegó a la tierra firme, experimentó en el bosque abundantes formas representativas, se levantó del suelo, contempló los cielos y, después de largos milenios, durante los

cuales aprendió a procrear, alimentarse, escoger, recordar y sentir, conquistó la inteligencia... Viajó del simple impulso hacia la irritabilidad, de la irritabilidad hacia la sensación, de la sensación hacia el instinto, del instinto hacia la razón. En ese penoso desfile, transcurrieron innumerables milenios sobre nosotros. Estamos, en todas las épocas, abandonando esferas inferiores, para escalar las superiores. El cerebro es el órgano sagrado de manifestación de la mente, en tránsito de la animalidad primitiva hacia la espiritualidad humana.

El instructor, me acarició suavemente, como compañero experto en el estudio estimulando al humilde aprendiz, y agregó:

—En síntesis, el hombre de las últimas decenas de siglos representa a la humanidad victoriosa, emergiendo de la bestialidad primaria. De esta condición participamos nosotros, los desencarnados, en número de muchos millones de espíritus pesados, al no haber aligerado todavía el contenido de inferior calidad de nuestro periespíritu, eso es lo que nos impulsa a vivir, después de la muerte física, en formaciones afines, en sociedades realmente avanzadas, pero semejantes a las terrestres. Oscilamos entre la liberación y la reencarnación perfeccionándonos, puliéndonos, progresando, hasta conseguir, por el refinamiento propio, el acceso a expresiones sublimes de la vida Superior, que aún no nos es dado comprender. En los dos lados de la existencia, en que nos movemos y donde se encuentran el nacimiento y la muerte del cuerpo físico, como puertas de comunicación, el trabajo constructivo es nuestra bendición, y nos prepara para el futuro divino. La actividad en la esfera que ahora ocupamos, es, para los que no tienen deudas con la Ley, más rica en belleza y felicidad, pues la materia es más sutil y obediente a nuestras solicitudes de índole superior. Pero, una vez atravesado el río del renacimiento, nos sorprende el duro trabajo de recapitulación para el aprendizaje necesario. Allí sembraremos para recoger aquí, puliendo, reajustando y embelleciendo, hasta alcanzar la mies perfecta, el granero abundante de granos sublimes, para que podamos

alcanzar, aptos y victoriosos, otras “tierras del cielo”. No debemos creer, en lo relativo a los servicios de rescate y de expiación, que la esfera carnal es la única capaz de ofrecer la bendita oportunidad de sufrimiento redentor. En las regiones sombrías, fuera de ella, como sabes, hay oportunidad de tratamiento expiatorio para los deudores más infelices, que voluntariamente contrajeron peligrosos débitos con la Ley.

Se hizo una breve pausa, que no interrumpí, sopesando la inconveniencia de cualquier pregunta por mi parte.

Calderaro continuó:

–Preguntas por qué motivo no conserva el hombre encarnado el recuerdo completo de su largo pasado; esto es natural, en virtud de la ascendencia superior del periespíritu sobre el cuerpo físico. Si la forma física evolucionó y se perfeccionó, lo mismo pasó con el periespíritu a través de las edades. Nosotros mismos, en nuestra condición de espiritualidad, aún no poseemos el recuerdo integral de los caminos recorridos. No estamos, de momento, provistos de suficiente luz para descender con provecho a los orígenes, esa facultad, la adquiriremos sólo más tarde, cuando nuestra alma esté limpia de todo resquicio de sombra. Sin embargo, comparando nuestra situación con el estado menos lúcido de nuestros hermanos encarnados, no debemos olvidar que los nervios, la corteza motora y los lóbulos frontales, que examinamos ahora, son sólo puntos de contacto entre el periespíritu y el cuerpo físico, ambos indispensables para el trabajo de enriquecimiento y crecimiento del ser eterno. En palabras más comprensibles, son respiraderos de los impulsos, experiencias y nociones elevadas de la personalidad real que no se extinguen al desencarnar, y que no soportarían la carga de una doble vida. Por eso, y atendiendo a los deberes impuestos a la conciencia en el día a día, desempeñan una función amortiguadora: son filtros que actúan benéficamente para que el alma encarnada trabaje y evolucione. Más allá de esto, nacimiento y muerte, en la esfera carnal, para la generalidad de las criaturas son

choques biológicos, imprescindibles a la renovación. En realidad, no existe el olvido total en la corteza terrestre, ni la recuperación inmediata de la memoria en los planos de la existencia que siguen al plano físico. Todos los hombres conservan tendencias y facultades, que equivalen a un recuerdo del pasado; y no todos, al desencarnar, pueden disponer, de repente, de sus recuerdos. El que se ha materializado demasiado, permaneciendo en un bajo patrón vibratorio en el plano físico, no puede volver a encender de pronto la luz de la memoria. Tardará tiempo en deshacerse de las pesadas vibraciones que mantuvo. Dentro de la vida física humana es indispensable que las neuronas efectúen una labor de contención más o menos intensa, para que el flujo de los recuerdos no interfiera con el esfuerzo del alma encarnada, empeñada en nobles objetivos de evolución o de rescate, perfeccionamiento o ministerio sublime. Debemos saber que aquí nuestra mente actúa en el periespíritu con poderes mucho más extensos, gracias a la especial naturaleza y elasticidad de la materia de que está revestido nuestro cuerpo astral. Pero a pesar de todo, en nuestro plano no nos evita las manifestaciones densas, las caídas lamentables o los trastornos enfermizos, porque la mente, el señor del cuerpo, incluso aquí, es accesible al vicio, al relajamiento y a las pasiones ruinosas.

En el intervalo que se hizo a continuación, me arriesgué a preguntar:

–¿Cómo interpretar, de una manera sencilla, las tres regiones de vida cerebral a la que nos referimos?

El compañero no se hizo de rogar y respondió:

–Nervios, zona motora y lóbulos frontales, en el cuerpo físico, traduciendo *impulsividad, experiencia y nociones superiores del alma*, constituyen áreas de fijación de la mente encarnada o desencarnada. La demora excesiva en una de esas áreas, con sus consecuentes acciones, determina el destino del individuo. La criatura estacionada en la región de los *impulsos* se pierde en un

laberinto de causas y efectos, desperdiciando tiempo y energía; quien se entrega, de modo absoluto, al esfuerzo *mecánico*, sin consultar el pasado y sin establecer bases para el futuro, mecaniza la existencia, retirando de ella la luz edificante; los que se refugian exclusivamente en el templo de las *nociones superiores* sufren el peligro de la contemplación sin las obras, de la meditación sin trabajo y de la renuncia sin provecho. Para que nuestra mente prosiga en dirección de lo Alto, es indispensable que se equilibre, valiéndose de las conquistas pasadas, para orientar los servicios presentes, y amparándose, al mismo tiempo, en la esperanza que fluye, cristalina y bella, de la fuente superior del idealismo elevado; a través de esa fuente puede captar del plano divino las energías restauradoras, construyendo así el futuro santificante. Y, como nos encontramos indisolublemente ligados a los que se afinan con nosotros, en obediencia a los designios universales, cuando nos desequilibramos, por el exceso de fijación mental, en uno de las mencionadas áreas, entramos en contacto con las inteligencias encarnadas o desencarnadas que están en condiciones análogas a las nuestras.

El instructor, con aire fraternal, dijo: –¿Has comprendido?

Respondí afirmativamente, poseído de sincera alegría porque por fin había asimilado la lección.

Calderaro realizó pases magnéticos sobre el cráneo del enfermo, envolviéndole en fluidos benéficos, y me dijo, después de una larga pausa:

Tenemos aquí dos amigos con la mente fijada en el área de los instintos primarios. El encarnado, después de reiteradas vibraciones en el campo del pensamiento, en fuga de los recuerdos y del remordimiento, arruinó los centros motores, desorganizando también el sistema endocrino y perturbando los órganos vitales. El desencarnado invirtió todas sus energías en alimentar la idea de venganza, permaneciendo en el odio en el

que se mantiene haciendo oídos sordos a la razón y al altruismo. Otra sería la situación de ambos si olvidasen la caída, levantándose a través del trabajo constructivo y el entendimiento fraternal, por medio del perdón legítimo.

El asistente dejó percibir un nuevo brillo en sus ojos y agregó:

–Según comprobamos, Jesucristo tenía sobradas razones recomendándonos el amor a los enemigos y la oración por los que nos persiguen y calumnian. Esto no es una simple virtud, sino el principio científico de liberación del ser, del progreso del alma, de la amplitud espiritual: en el pensamiento residen las causas. Tiempos vendrán, en que el amor, la fraternidad y la comprensión, definiendo estados del espíritu, serán tan importantes para la mente encarnada como el agua y el pan, es cuestión de tiempo. Hay que esperar siempre el bien, con el optimismo divino. La mente humana, en general, asciende para el conocimiento superior, a pesar que a veces, parezca lo contrario.

Calderaro se mantuvo un tiempo realizando vigorosas irradiaciones magnéticas, sobre la cabeza y la espina dorsal del enfermo, estableciendo en ellas el reposo porque, en breve, el doliente, antes torturado, se abandonaba al sueño tranquilo, como si estuviese bajo el efecto de una suave anestesia. Al poco tiempo, se encontraba en nuestro plano, temporalmente alejado del cuerpo físico, lleno de pavor ante el verdugo implacable, que se mantenía sentado, impasible, en uno de las esquinas de la cama.

Comprobé que el enfermo no notaba nuestra presencia, al igual que el verdugo, que se encontraba a la expectativa.

Pensé que el asistente les iba a adoctrinar, pero Calderaro guardó absoluto silencio.

No me pude contener y le pregunté: ¿Por qué no socorrerles

con palabras de esclarecimiento? El enfermo me parecía afligido, mientras el perseguidor se levantaba, más agresivo. ¿Por qué no detener el brazo cruel que amenazaba a un infeliz? ¿No sería justo impedir cualquier ataque, que acarrearía consecuencias imprevisibles al compañero hospitalizado?

El instructor me oyó, sereno, y respondió:

–Sería una conversación en vano, André, porque aún no sabemos amarles como si fuesen nuestros hermanos o nuestros hijos. Para nosotros, espíritus de raciocinio algo avanzado, pero de sentimientos menos sublimes, son dos infortunados, y nada más. Démosles, de momento, lo que tenemos, es decir, una intervención benéfica en el campo de sus sufrimientos exteriores, en los límites de lo que nuestro conocimiento pueda ofrecer.

Miró hacia la puerta más cercana y dijo:

–Pero, no olvidamos la ayuda. La hermana Cipriana, orientadora de los servicios de socorro del grupo en el que coopero, no puede tardar.

Pasaron algunos instantes más, en los que el verdugo y la víctima intercambiaron palabras amargas, y el abnegado mentor prosiguió:

–¿Te acuerdas de De Puysegur?

Si, me acordaba vagamente. Hice en mi cerebro una libre asociación de ideas, rememorando los estudios que llevó a cabo sobre ciertas realizaciones de Charcot. No podía descender al detalle, porque la psiquiatría no fue mi especialidad en la Medicina.

Calderaro explicó:

–De Puysegur fue de los primeros magnetizadores que encontraron el sueño revelador, en el que era posible conversar con el paciente en otro estado de la conciencia que no es el común. Desde entonces, el descubrimiento impresionó a los psicólogos, con ello, surgió una nueva terapia para el tratamiento de las molestias nerviosas y mentales. Pero, para nosotros, en este plano, el fenómeno es común: diariamente millones de personas adormecen bajo la influencia magnética de amigos espirituales, para ser ayudadas.

–¿Por qué no intentamos el esclarecer verbalmente a estos amigos? –insistí, observando a los infortunados que intercambiaban sin cesar insultos y acusaciones.

–Porque, si el conocimiento ayuda por fuera, sólo el amor socorre por dentro –dijo el instructor tranquilamente. Con lo que sabemos rectificamos los efectos en lo posible y sólo los que aman consiguen alcanzar las causas profundas. Ahora, nuestros desventurados amigos reclaman una intervención en su interior, para poder modificar sus actitudes mentales... y nosotros dos, por el momento, sólo conocemos, sin saber amar...

En ese momento, alguien asomó a la puerta de entrada.

Era una sublime mujer, de edad madura; en sus ojos tenía un brillo afable y enternecedor. Me incliné, conmovido y respetuoso. Calderaro me tocó el hombro levemente, murmurando a mi oído:

–Es la hermana Cipriana, portadora del divino amor fraternal, que todavía no adquirimos.

5. EL PODER DEL AMOR

La mensajera se aproximó y nos saludó. Calderaro me presentó atentamente.

Miró el triste cuadro y dijo al asistente:

–Te felicito por el socorro que vienes prestando a nuestros infortunados hermanos, en los últimos días. Ahora realizaremos la parte final del servicio, convencidos del éxito.

–Mi esfuerzo –dijo el interlocutor, humilde– fue muy pequeño, limitándose a simples preparativos.

La hermana Cipriana sonrió, afable, y observó:

–¿Cómo alcanzaríamos el fin sin pasar por el principio?

–¡Oh hermana! el conocimiento puede muy poco, comparado con lo mucho que el amor puede siempre.

El rostro de Cipriana expresó un gesto, como si las referencias hiriesen profundamente su natural modestia. Ocultando sus propios méritos, dijo:

–El Divino Señor sabe que todavía estoy lejos de lo que dices. Soy frágil e imperfecta, y debo caminar aún infinitamente para adquirir el amor que fortalece y perfecciona.

Fijando la mirada firmemente en mi compañero, agregó:

–Estamos en cooperación fraternal en la obra que pertenece al Altísimo. Espero que vosotros estéis en vuestros puestos, realizando la mayor parte del servicio, porque, en cuanto a mí,

solo atenderé los sencillos deberes que un corazón materno puede desempeñar.

Diciendo esto, se acercó a ambos infelices, poniéndose en actitud de oración.

¿Qué estaría pidiendo a las Fuerzas Superiores, allí, delante de nosotros, aquella mujer extraordinaria? Sentía, extasiado, su profunda sinceridad y la fiel humildad. La oración, en que se concentró por algunos minutos, se saturaba de sublime poder, ya que, al poco, una suave luz descendía de lo alto sobre su venerable frente. Gradualmente, Cipriana se hacía más bella. Los rayos divinos fluyendo de los manantiales invisibles, la envolvían y transfiguraban por completo. Tuve la impresión que su periespíritu absorbía la maravillosa claridad, impregnándose totalmente con ella.

Transcurridos algunos momentos, la rodeaba un halo brillante, cuya santidad sentí un deber respetar. De los ojos, del tórax y de las manos fluían irradiaciones de tibia y suave luz, que no me atemorizaban en absoluto. Estaba hermosa, radiante, como una madona de Murillo, en milagrosa aparición.

Ante su personalidad transfigurada, casi me postré, tal era la conmoción de aquel minuto inolvidable.

No nos dirigió ninguna mirada, quizá, por humildad, en el deseo de ocultar la elevada posición que disfrutaba.

Extendió las manos hacia los dos desventurados, alcanzándoles con su amoroso magnetismo, y noté, asombrado, que el poder de aquella mujer sublimada modificaba su campo vibratorio. Se sintieron ambos desfallecer, oprimidos por una fuerza que les relajaba. Se miraron recíprocamente con indecible espanto, experimentando el respeto y el temor, presos de una conmoción irreprímible y desconocida... Sus ojos reflejaban, en el silencio, una

pregunta angustiosa, cuando la mensajera, acercándose, les tocó suavemente en la región visual. Por mi parte, noté que ambos registraban emociones más fuertes y evidentes.

Reconociendo el poder divino del que estaba dotada la emisaria, noté que el enfermo, parcialmente liberado del cuerpo, y el perseguidor implacable pasaron a vernos con indescriptible asombro. Gritaron, dominados por la sorpresa y, por juzgar cada uno de nosotros lo que vemos a través del prisma de nuestros conocimientos y creencias, creyeron que habían sido visitados por la excelsa Madre de Jesús: traducían aquello de acuerdo con las nociones religiosas que el mundo les había inculcado.

El enfermo se arrodilló súbitamente, dominado por una irreprimible emoción, y se deshizo en copioso llanto. El otro, sin embargo, aunque perplejo y asombrado, se mantuvo en pie, como si aquella bendición no tuviese que ver con él.

-¡Madre de los Cielos! -clamó el compañero hospitalizado, llorando convulsivamente- ¿cómo os dignáis visitar al criminal que soy yo? Siento vergüenza de mí mismo, soy un imperdonable pecador, abatido por mi propia miseria... ¡Vuestra luz me revela toda la extensión de las tinieblas en que me debatí! ¡Apiadaos de mí, Señora!...

Había gran sinceridad y un inmenso dolor, en aquellas palabras de angustia y de arrepentimiento. Los sollozos sofocantes interrumpieron su sentida súplica.

Cipriana se acercó a él, con los ojos brillantes y húmedos. Intentó levantarlo, pero, no consiguió que dejase de estar de rodillas.

Seguramente, la piadosa misionera se había informado de todos los detalles necesarios para el éxito de su misión en aquellos minutos, porque, abrazándole maternalmente, le llamó

por su nombre, explicándole:

–Pedro, hijo mío, no soy quién cree tu alma sensible. Soy simplemente tu hermana en la eternidad; pero, también fui madre en la Tierra, y sé cuanto sufres.

El enfermo levantó los suplicantes ojos, mirando a través de un espeso velo de lágrimas. Aunque visiblemente animado por las declaraciones oídas, se mantuvo en posición reverente y humilde.

–¡Maté a un hombre!... –exclamó, desahogándose. La mensajera le acarició el rostro, bañado en llanto, y añadió:

–Lo sé.

Transcurridos algunos instantes, en que dividía su cariñosa mirada entre el interlocutor y el verdugo, contenido por respeto a reducida distancia, se dirigió al enfermo, intencionadamente, para ser también oída por el compañero vengador:

–¿Por qué destruiste la vida de tu hermano, Pedro? ¿Cómo te creíste con fuerzas y derecho para romper la armonía divina?

Dejando percibir que oía sus más íntimos pensamientos, prosiguió:

–Suponías hacer justicia por tus propias manos, cuándo solo expandías tu cólera aniquiladora. ¿Por qué razón, hijo mío, quisiste equilibrar la vida, provocando la muerte? ¿Cómo conciliar la justicia con el crimen, cuando sabemos que el verdadero justo es el que trabaja y espera en el Padre, el Supremo donador de la vida? Hace mucho tiempo que has cometido el homicidio, creyendo que liquidabas la deuda con sangre... Eliminaste el cuerpo de un amigo que se volvió incomprensivo y duro; sin embargo, desde el trágico instante, oyes la conciencia divina, repitiendo la vieja pregunta: “¿Caín, qué hiciste de tu hermano?”

Has vivido en la desdicha, con el alma encadenada a la propia víctima, aprendiendo que el mal jamás se unirá con el bien y que la Ley cobra doblados tributos a aquel que se antepone a sus dictámenes sabios y soberanos. Destruiste la paz de un compañero y perdiste tu propia tranquilidad; eliminaste su cuerpo físico, pero deambula subyugado al tuyo, lo que sientes como un gran peso... Creíste administrar justicia y torciste tu destino, imprimiendo una peligrosa curva a tu camino, que podría ser recto e iluminado. Temiéndote a ti mismo, sintiéndote delincuente en todas partes, buscaste refugio en el trabajo precipitado y rutinario; conseguiste dinero que nunca te proporcionó la paz, alcanzaste una culminante posición social entre los hombres, en la que te sientes cada vez más triste y más desamparado... ¿Cómo no se te ocurrió orar, Pedro? ¿Cómo no te postraste a los pies de tu víctima, con un sincero y real propósito de regeneración? preferiste huir en busca de las sensaciones externas, fugarte hacia las ganancias materiales, ascender a posiciones de dominio engañoso... ¡Aterrorizado, intentaste escapar al tribunal íntimo, donde el poder espiritual te acusaba lo que habías hecho!

Pero, nunca es tarde para levantar el corazón y curar la conciencia herida. Cansado de sufrir, cediste a la enfermedad y te aproximas a la locura. Con el alma herida y el cuerpo en desorden, apelaste hacia la misericordia Divina, y aquí estamos. Con todo, amigo mío, nuestra voz no intenta fustigar tu espíritu, tan castigado e infeliz ya de por sí. Vinimos a tu encuentro para estimular tu regeneración. ¿Quién podrá condenar a alguien, después de haber estado en un cuerpo carnal? ¿Quién se sentirá suficientemente puro y santificado para lanzar la primera piedra, incluso después de haber atravesado la frontera de la tumba? ¿Quién de nosotros habrá pasado incólume en las corrientes del pantano? No, Pedro, el fundamento de la obra divina es de un amor inconmensurable. Nos encontramos aquí para quererte bien, intentando que alces tu conciencia a los campos infinitos de la vida eterna. Oraste y nos llamaste. Abriste la mente a la fuerza

regeneradora y aquí estamos, tus hermanos. Muchos de nosotros, en otro tiempo, caminamos también por los oscuros valles del asesinato, la injusticia y la muerte, pero nos detuvimos en el camino, renegamos el crimen, y soldamos de nuevo con lágrimas los hilos partidos por nuestra imprudencia, y, cultivando el perdón y la humildad, aprendimos que sólo el amor salva y construye para siempre.

“Acuérdate de tus propias necesidades, interrumpe la marcha de la aflicción, reconsidera tu actitud y formaliza un nuevo compromiso ante la Justicia Divina”.

Después de una larga pausa, Cipriana abrió los brazos maternos y agregó:

–Levántate y ven a mí. Soy tu madre espiritual, en nombre de Dios.

El enfermo, con los ojos llenos de lágrimas, se levantó, como un niño, sensibilizando nuestro corazón, y exclamó:

–¿Mereceré esa gracia?

–¿Cómo no, hijo mío? El Padre no responde a las súplicas con palabras de condena. Nos acercamos a ti en Su nombre, el de nuestro Supremo Señor.

Diciendo esto, le acercó a su corazón; pero había tanta dulzura en aquel abrazo inesperado, que si hubiese otros espectadores que no fuéramos nosotros, dirían estar presenciando el reencuentro de una cariñosa madre con el hijo ausente, después de una larga y lacerante separación.

El infortunado dejó caer la cabeza sobre uno de los hombros de Cipriana, demostrando infinita confianza, y murmuró infantilmente:

–Madre del Cielo, nadie en la Tierra me habló así jamás...

Se notaba su alivio, en el semblante feliz. Cipriana le animó, bondadosa, y explicó:

–Es imprescindible que tranquilices tu mente, depositando en las manos del Señor las antiguas angustias.

Miré con emoción a Calderaro y noté que las lágrimas no brotaban exclusivamente de mis ojos. El asistente también las dejaba correr por su rostro sereno.

Captando mis silenciosas preguntas, me habló en voz apenas perceptible:

–Quiera Dios, André, que podamos también aprender a amar, adquiriendo el poder de transformar los corazones.

La emisaria, que parecía no darse cuenta de nuestra presencia, avanzó hacia el verdugo, con Pedro en los brazos, como si fuera un hijo enfermo. El perseguidor la aguardó, de pie y altivo, revelándose insensible a las palabras que habían dominado nuestros corazones. La misionera, lejos de intimidarse, se aproximó, casi tocándole, y habló, con humildad:

–¿Qué haces, Camilo, cerrado a la piedad?

El verdugo, demostrando una tremenda frialdad, replicó, cruelmente:

–¿Qué puede hacer una víctima como yo, sino odiar sin piedad?

–¿Odiar? –dijo Cipriana, sin alterarse. ¿Sabes qué significa esa actitud? Las víctimas inaccesibles al perdón y al entendimiento suelen traspasar la dureza y la maldad, provocando horror y compasión. ¡Cuántos se valen de ese título, para poner de

manifiesto las monstruosidades que inundan su ser! ¡Cuántos se aprovechan de la hora de irreflexión de un amigo ignorante o infeliz, para iniciar siglos de persecución en el infierno de la ira! La condición de víctima no te otorga santidad, te vales de ella para sembrar, en tu propia senda, ruina y miseria, tinieblas y destrozos. Sin duda, Pedro te mató en un momento de locura, perdido de ilusión en la mocedad turbulenta; no obstante, tú, cabeza de familia que eras, hombre reflexivo y prudente que aparentabas ser, no encontraste en espíritu ni un ápice de piedad fraternal para disculparle. Hace veinte años destilas alrededor de ti el veneno de la víbora, actúas como un chacal hambriento. Pudiendo conquistar los laureles de los vencedores con Cristo, preferiste el puñal de la venganza, igualándote a los malhechores endurecidos. ¿Dónde caerás, hijo mío con tus sentimientos despreciables? ¿A qué murallas de angustia serás encadenado por la justicia de Dios?

De los ojos de Cipriana salían gruesas lágrimas. Camilo vacilaba entre la inflexibilidad y la capitulación. Una extrema palidez cubría su rostro, y, cuando nos pareció que iba a proferir una respuesta al azar, la misionera se dirigió a mi instructor, pidiéndole con humildad:

–Calderaro, amigo mío, ayúdame a llevarle. Vamos hasta el hogar de Pedro, donde Camilo atenderá nuestros ruegos.

Mi compañero no vaciló. Volviéndose hacia mí, dijo:

–La hermana transportará a Pedro con sus propios recursos, pero el otro, terriblemente esclavizado a los pensamientos inferiores y a las intenciones criminales, es pesado de cargar: llevémosle entre nosotros dos.

Dándole nuestros brazos, Calderaro a la derecha y yo a la izquierda, vi que el vengador no reaccionaba, comprendiendo, tal vez, la inutilidad de cualquier rebeldía, se dejaba llevar sin

protestar.

Nos pusimos así, en camino.

En pocos minutos penetrábamos en la confortable residencia, donde una señora, en la sala de estar, cosía, junto a dos hijos pequeños.

La conversación doméstica era dulce y transparente.

–Mamá –decía el menor– ¿dónde está Neneco?

–Volvió al trabajo.

–¿Y Celita?

–En el colegio.

–¿Y Marquitos?

–También.

–Yo, quería que estuviesen todos aquí, en casa...

–¿Para qué? –preguntó la madre, sonriendo.

–¿Sabes, mamá? para rezar por papá. ¿Viste como estaba de triste anoche?

La joven dejó entrever cierta angustia en los ojos, pero dijo, en tono firme:

–Confiemos en Dios, hijo mío. El médico nos recomendó tranquilidad, y estoy convencida que la Providencia nos oirá.

Lanzó una inteligente mirada sobre el niño y comentó: –

Guillermo ¿por qué no te vas a jugar un poco?

El pequeño, sin embargo, descansó el brazo derecho sobre un catón, meditando, como si indirectamente percibiese nuestra presencia, mientras la madre, rápidamente abandonaba la costura, para ir a llorar en el cuarto de al lado.

Acompañábamos la escena, conmovidos, cuando Cipriana se dirigió a Camilo, contrariado:

–Continuemos. Efectivamente, nuestro amigo te quitó la vida *física* en otro tiempo, contrayendo una dolorosa deuda, pero, ¿la voz de este niño consagrado a la oración no sensibiliza tu espíritu endurecido? Este es el hogar que el Pedro criminal formó para crear al Pedro renovado... Aquí trabaja, exhaustivamente, para rectificarse ante la Ley. Comprendiendo la terrible responsabilidad, asumida con el golpe que te dio sin reflexionar, asumió una actividad desordenada e incesante, agotando su salud física. En su cuerpo, que no llega a los cincuenta años, revela evidentes señales de envejecimiento. Si es cierto que cometió una falta grave, ha hecho lo posible por rectificar, en una vida noble y útil. Ha sido un marido fiel y dedicado a su esposa, tuvo cinco hijitos, esforzándose por dirigirles hacia el bien, a través del trabajo honesto y del estudio edificante. Sin duda, Pedro creció en el concepto de los amigos, escaló una buena posición social, pero, sabe ahora, por experiencia propia, que el dinero no soluciona los problemas fundamentales del destino y que el elevado concepto que tengamos de los otros no siempre corresponde a la realidad. A pesar de todas las ventajas conquistadas en el ámbito material, ha vivido enfermo, infortunado, afligido... Tiene a su favor el servicio realizado con buenas intenciones, el reconocimiento de una compañera que lo ennoblece y las oraciones de cinco hijos agradecidos.

En cuanto a ti, ¿qué hiciste? Hace veinte años que no tienes otro propósito más que el exterminio. El desagravio ha sido el

objeto exclusivo de tus intentos destructores. Tu sufrimiento, ahora, nace de la voluptuosidad de la venganza. ¿Vale la pena ser víctima y recibir la palma santificante del dolor, para bajar tanto en la escala de la vida?

La benefactora hizo una breve pausa, le miró compadecida, y prosiguió:

—Sin embargo, Camilo, nuestra palabra enérgica no significa un juicio inapelable. Eres, por encima de todo, nuestro hermano, acreedor de nuestro afecto y de nuestra leal estima. Al visitarte, nuestro objetivo es ayudarte. Tal vez rechaces nuestra alianza fraternal, pero confiamos en tu regeneración. También nosotros, en épocas remotas, nos quedamos fijos en la situación que estás. Pasamos mucho tiempo, en la actitud de la serpiente venenosa, concentrada en sí misma, aguardando la ocasión de exterminar o de herir. No obstante, el Señor Todo misericordioso nos enseñó que la verdadera libertad es la que nace de la perfecta obediencia a Sus Leyes sublimes, y que sólo el amor tiene suficiente poder para salvar, elevar y redimir. Somos todos hermanos, susceptibles de las mismas caídas, hijos del mismo Padre... ¡No te hablamos, pues, como ángeles, sino como seres humanos regenerados, en peregrinación a los círculos mayores!

Había tal inflexión de cariño en aquellas tiernas y sabias consideraciones, que el perseguidor, antes frío e impassible, prorrumpió en llanto. A pesar de eso, alzó el índice hacia Pedro y exclamó:

—¡Quiero ser bueno, y, sin embargo, sufro! Me atormentan atroces padecimientos. Si Dios es compasivo ¿por qué me dejó desamparado?

Aquellos sollozos, saliendo de aquella alma torturada, herían el fondo de mi corazón. ¿Cómo no llorar también, allí, ante aquella escena simbólica? Camilo y Pedro, entrelazados en el crimen y en

el rescate, ¿no nos representaban a todos nosotros, los seres humanos equivocados? Cipriana, tolerante y maternal, ¿no personificaba a la compasión Divina, siempre inclinada a enseñar con el perdón y a corregir a través del amor?

Oyendo las palabras del verdugo, la misionera observó: -¿Quién de nosotros, amigo mío, podrá captar todo el significado del sufrimiento? Cuestionas porqué el Señor permitió que sufrieses una prueba tan dura... ¿No es lo mismo que preguntar al alfarero por los motivos que le obligan a cocer el delicado vaso, o al artista por los propósitos que le llevan a esculpir la estatua en la piedra bruta? Camilo, el dolor expande la vida, el sacrificio la libera. El martirio es un problema de origen divino. Intentando resolverlo, el espíritu puede elevarse al cenit resplandeciente o precipitarse en el abismo tenebroso, porque muchos retiran del sufrimiento el aceite de la paciencia, con el que encienden la luz para vencer las propias tinieblas, mientras otros extraen de él piedras y espinas de rebeldía, con las que se despeñan en la sombra de los precipicios.

Notando que el desventurado lloraba amargamente, Cipriana continuó, después de breve silencio:

-¡Llora, desahógate! El llanto de arrepentimiento tiene un milagroso poder sobre el alma herida.

Se calló la emisaria por unos instantes. Sus ojos lúcidos parecían vagar ahora en un paisaje distante.

Recogió a Camilo, casi maquinalmente, en los brazos, conservando a ambos abrazados al pecho, como si fuera su madre común.

Transcurrido algún tiempo, dirigió una cariñosa mirada al verdugo de Pedro y prosiguió:

-Comentas el mal que te hirió, invocas a la Providencia con

expresiones irrespetuosas... Hijo mío, no hables cuando no puedas con ello servir al bien. Viví como tú en la Tierra y no padecí cuanto debía, teniendo en cuenta el tesoro de la iluminación espiritual que recibí del Cielo por el dolor. Perdí mis sueños, mi hogar, mi esposo, mis hijos. El Señor me los dio, Él me los quitó. Mis dos hijos fueron asesinados en la guerra civil y mis dos hijas, fascinadas por el placer y el oro, destruyeron mis esperanzas y permanecen en la esfera sombría, envueltas en peligrosas ilusiones. Mi esposo era el único amigo que me quedaba, pero, cuando la lepra atacó mi cuerpo, me abandonó también, dominado por un visible horror. Me despreciaron todas mis amistades, el mundo me retiró cualquier atención, pero mientras mis miembros se caían del cuerpo que se corrompía, cuando me hallaba sumida en el extremo desamparo de los que me eran queridos, se robustecía dentro de mí el cántico de la esperanza. Mi alma glorificaba al Señor de la vida triunfante... Él me concedió un día, todas las gracias de la salud y de la juventud, volviendo a tomar, enseguida, esos bienes, que yo guardaba como préstamo. Me privó de los seres queridos, deshizo mi equilibrio orgánico, me envió el hambre y el dolor, no obstante, cuando mi soledad se hizo amarga y completa, mi fe se elevó más clara y más viva... ¿Qué necesitaba yo, sino padecer, para santificar la esperanza? ¿Qué necesitaré todavía, para lograr el acceso a los planos superiores? ¿Quiénes somos nosotros, sino vanidosos gusanos con inteligencia mal aplicada, a quienes se ha manifestado en vano de mil modos la Misericordia Infinita? Camilo se arrodilló.

Del tórax de Cipriana partía una banda radiante de luz, que atravesaba su corazón, como un venablo de luna cristalina.

El infeliz, arrodillado, besaba su mano, en un arranque conmovedor de gratitud, rociándola de lágrimas.

–Sí –dijo él, llorando– ¡no me hablaría de esa manera, si no me amase! ¡No son sus palabras las que me convencen... sino su sentimiento, que me llega profundamente!

Y, como sucedió con Pedro, también gritó: ¡Madre del Cielo, libérame de mis propias pasiones! ¡Suéltame las cadenas que yo mismo forjé... quiero huir de mis siniestros recuerdos..., quiero partir, olvidar, empeñarme en la lucha regeneradora, empezando de nuevo a trabajar!

Cipriana nos confió al enfermo, cuyo cuerpo físico descansaba en el hospital cercano, y, con una triunfante sonrisa de ternura maternal, abrazó al ex-perseguidor, diciendo:

–Bendito seas tú, que oíste la llamada del perdón redentor. ¡Que el Padre te bendiga para siempre! ¡Vamos! La Providencia nos ofrece trabajo regenerador a todos nosotros...

Abrazó la figura repulsiva del ex-verdugo, apretándole cariñosamente junto a su corazón y se acercó a nosotros, dirigiéndonos la palabra gentilmente:

–Hermanos, os agradezco vuestra fraternal ayuda. Nuestro amigo sufridor seguirá en mi compañía. Espero situarle en el campo de la actividad restauradora.

Y, antes de despedirse, dijo a mi instructor:

–Hermano Calderaro, aguardo su colaboración esta noche, en favor de Cándida, que debe regresar a nuestro plano mañana. Necesitamos salvar de la locura total a su hija.

Se retiró la mensajera, conduciendo al extraviado como si fuera un precioso peso, mientras una nueva luz purificaba mi espíritu.

El asistente me tocó el hombro comentando:

–El corazón que ama está lleno de poder renovador.

En cierta ocasión, Jesús dijo que existen demonios que pueden

regenerarse solamente “por el ayuno y por la oración”. A veces, André, como en este caso, el conocimiento no basta: hay que ser hombre animado de la fuerza divina, que fluye a través de la renuncia y la luz de la oración, que nace del amor universal.

Nos disponíamos a conducir nuevamente el enfermo al hospital, cuando la dueña de la casa asomó a la sala, y dijo a los niños:

–Prepararos, niños. Visitaremos a papá dentro de poco.

Transportamos a Pedro al lecho, ofreciéndole los cuidados posibles.

En breve, despertaba sonriendo, mejorado, casi feliz.

Llamó a la enfermera, mostrando un nuevo brillo en la mirada. No sentía más el dolor persistente en el pecho. Algo – reflexionaba– le había despejado de nubes oscuras la cabeza, como la lluvia benéfica lava y aclara un cielo plomizo.

Pasado una hora, la esposa y los hijos entraban en la habitación, compartiendo su bienestar.

Pedro les contó, llorando de júbilo, que había tenido un sueño muy iluminado, aseguraba que le había visitado la Madre Santísima, y que le extendió sus divinas manos, radiantes de luz.

La esposa, al oírle, vertió copioso llanto de alegría y de reconocimiento. Y Guillermo, el pequeño lleno de fe viva, tomó la mano paterna, besándola con amor filial y agradecimiento a Dios.

Sensibilizado, acompañé la escena íntima en que la familia reencontraba la paz y, recordando a Cipriana, con su milagrosa actuación salvadora, comprendí que la mujer, santificada por el sacrificio y por el sufrimiento, se convierte en portadora del divino

EN EL MUNDO MAYOR

amor maternal, que interviene en el mundo para ennoblecer el sentimiento de las criaturas.

6. AMPARO FRATERNAL

Ya de noche, nos encontramos a la puerta de una modesta habitación en una humilde casa.

Una gentil hermana de nuestra esfera nos aguardaba en el umbral, y nos saludó, atenta.

Calderaro, preguntó: –¿Y Cándida? ¿Cómo está?

–Muy bien. Debe estar con nosotros, definitivamente, mañana a la noche. La hermana Cipriana me recomendó vigilarla para que el desenlace se realice plácidamente. Creo que nuestra desvelada amiga ya podría haber venido. No obstante, según creo, la hija que dejará en la Costra, necesita nuestra intervención.

Entramos.

En el lecho, una señora, prematuramente envejecida, aguardaba la muerte. Las señales de extinción del tono vital eran visibles en su aspecto.

Cándida, la hermana que nos merecía tanto cariño, se unía todavía al cuerpo a través de hilos muy frágiles. Por la dulce luz que rodeaba su frente, emitida por su propia mente, observaba la grandeza de su alma y el sereno heroísmo.

Junto a ella, una joven, abatida y con el rostro pálido, acariciaba sus cabellos grisáceos, enjugando continuamente sus lágrimas.

El asistente la señaló, diciendo: –Es su hija, despidiéndose. Oigámoslas.

Cándida, mirándola con dificultad, decía, emocionada:

–Julietta, hija, ten cuidado. Sabes que, probablemente, no me levantaré más. Temo dejarte en el mundo, sin manos amigas...

La joven tenía la garganta enmudecida. El llanto copioso demostraba su extrema angustia.

La madre, sin embargo, frenando con dificultad la emoción, prosiguió:

–Mis hijos nos abandonaron. Estamos solas y necesitamos pensar. Te noto preocupada y más triste en estos últimos días. Tengo la impresión que el dinero no da para nuestros gastos. ¿Qué pasa? ¡He sido una carga tan pesada para ti! Pero confío en Jesús. Diariamente ruego al Señor que no nos desampare. Temo que tu destino se desvíe del camino recto por mi culpa. Otras veces, hija, tengo miedo que acabes enloqueciendo...

Después de una ligera pausa, en que apretó más cariñosamente la mano de la jovencita, que no aparentaba más de veinte años, la enferma continuó:

–Oye, sabes que en los últimos meses el gasto ha sido enorme. Las operaciones que sufrí fueron delicadas y largas y las cuentas gigantescas. ¿Y el dinero? ¡Tranquilízame, mi amor!

La muchacha enjugó las abundantes lágrimas y dijo:

–¡No te apures mamá! Tenemos lo necesario. Estoy trabajando.

–¡Pero la costura rinde tan poco! –expresó la enferma, desalentada.

–¡Ah, no sufras tanto! Además de lo que gano, pedí un pequeño préstamo. Dentro de algunos meses todo volverá a tomar el ritmo normal.

–Dios lo quiera...

La enferma preguntó:

–¿Dónde está Paulino?

La hija se ruborizó y respondió, avergonzada: –No sé, mamá.

–¿Hace mucho qué no os veis?

–No –volvió a decir la joven, tímida.

–Me gustaría verlo. Temo partir de un momento a otro... y no veo a nadie a quien pedirle que te cuide. ¿Qué será de ti, solita? El mundo está lleno de hombres malos, que esperan la ocasión...

En ese instante, de los ojos lúcidos de Cândida escaparon algunas lágrimas, que me emocionaron.

–Si yo muero, hija –prosiguió–, no te dejes arrastrar por las tentaciones. Busca recursos en el trabajo digno, no te dejes impresionar con las promesas de vida fácil. Tú sabes que mi viudez nos trajo dificultades angustiosas, tu padre nos dejó una pobreza honesta y llena de bendiciones. Pero tus hermanos, fascinados por el dinero, nos abandonaron y olvidaron, pero nunca me arrepentí de la humildad y del trabajo... Perdí pronto la salud, y enseguida los desengaños hirieron mi corazón. Sin embargo, en este lecho humilde de silencio y de dolor, la paz es la corona de mi alma y reconozco que no hay fortuna mayor que la conciencia tranquila... El Señor sabe los motivos de nuestros sufrimientos y privaciones, y solo nos queda alabarle... De todo cuanto padecí me queda un tesoro: tu devoción, hija. Tu cariño me enriquece. Moriré feliz, sabiendo que un corazón de hija me recordará en la Tierra con las oraciones del amor que nunca muere... Pero, Julieta, no quiero que seas buena y dócil sólo conmigo; obedece a Dios, conságrele amor y confianza. Él es nuestro Padre de infinita bondad y nos pide solamente un

corazón sencillo y una vida pura. Confórmate, hija, con los designios divinos, en el torbellino de las pruebas humanas, y no te desanimes.

–¡Mamá, no sigas! –sollozó la joven, desahogándose–, ¡no sigas! Estaremos siempre juntas. No morirás. Viviremos una para la otra, jamás nos separaremos..., ¡Ten calma! no quiero verte triste... Todo pasará. El médico me prometió iniciar un tratamiento más fuerte. Tengamos fe.

Cándida esbozó una triste sonrisa, acarició las manos de la joven y habló:

–¡Gracias, hija! estoy tranquila y feliz...

Miró al reloj y dijo:

–¡Ve tranquila! Se acabó el horario de visitas.

Se besaron, conmovedoramente. Y Julieta, después de despedirse cariñosamente, se alejó.

–Sigámosla –dijo Calderaro, atento. Debemos asistirle con recursos magnéticos. Tengo instrucciones de Cipriana al respecto.

En el camino, el instructor me contó la historia de la agonizante:

Cándida enviudó muy joven, con tres hijos: dos muchachos y Julieta, cuya educación le impuso una amarga renuncia a los bienes de la vida. Luchó, trabajó y sufrió, con resignación y coraje. Los hijos varones, que rechazaban la pobreza del hogar materno, la abandonaron, yendo a otras ciudades, para atender a impulsos poco edificantes de la juventud. La viuda continuó en la existencia sencilla, consagrada al futuro de su hija. Le inició en los trabajos de costura, donde la niña demostró ser una excelente profesional,

pero después de algunos años de pruebas muy duras, la madre cayó, extenuada. Hospitalizada, sufrió diversas intervenciones, sin resultados apreciables. Tan penosa se volvió la situación, que su estancia en el hospital se prolongaba por cerca de diez meses. Al principio, Julieta consiguió satisfacer los gastos por sí misma. Con el transcurso del tiempo, la pobrecita vivió, sin embargo, un tremendo duelo entre la necesidad y el agotamiento. Agotados los recursos de que disponía, recurrió a parientes que se esquivaron y apeló a los amigos que se mostraron indiferentes.

Los gastos, crecían siempre, implacables. La costura no le ofrecía la compensación necesaria. Visitaba a la madre diariamente, al atardecer, contemplando la situación, cada vez más grave. Loca de angustia, tocó a todas las puertas, que permanecieron cerradas. Incapaz de superar la situación en que se encontraba su madre, que naturalmente, no deseaba tal sacrificio, Julieta cedió a trabajar en la noche en una sala de fiestas, con la intención exclusiva de ganar más dinero: cantarí y bailarí, para tener más recursos.

Desde entonces, pasó a representar el papel de una oveja asediada por fieras, y, por más que quiso resistirse a las solicitudes de los sentidos, no logró huir al imperio de las sensaciones. Atraída por las propuestas de un hombre, aquel mismo Paulino a quien la madre se refería, no tuvo fuerzas para negarse: aceptó ser su protegida. Abandonó la máquina de coser y se mudó del modesto piso en el que penosamente vivía. Estaba en el centro de diversiones nocturnas, y si iba a otros lugares, era siempre acompañada por él, interesado en sacar provecho de su juventud y belleza, como un caballero vanidoso ostentando una joya.

Julieta ocultaba la realidad a los ojos maternos. Se vestía con sencillez para la visita diaria, y, cuando se hizo acompañar de Paulino, por primera vez, en el hospital, le presentó a Cândida en calidad de simple amigo.

Las sucesivas aflicciones de la joven alteraron su salud, se hallaba extenuada, enferma. Recordando el ejemplo de su madre, experimentaba atroces perturbaciones de conciencia. Los placeres fáciles no amainaban su corazón sensible y afectuoso. El dinero abundante no lograba atenuar su desaliento. Mientras más conquistaba la admiración ajena hacia sus encantos físicos, más parecía perder la paz de sí misma. Presa de un terrible abatimiento, pasaba los días y las noches bajo la voz de su conciencia. ¿Por qué no continuó en la vida modesta hasta el fin? ¿Cómo no se lo dijo a su madre, para que la orientase? Por otro lado, se justificaba, necesitaba el dinero de Paulino para ayudar a la que le dio el ser; había buscado recursos en todo aquello que le parecía limpio y accesible, y todas las manos permanecían cerradas a sus ruegos... Pero, ¿lo estaría haciendo bien? No tenía valor para orar como en otros tiempos. Su mente se debatía, angustiada, entre las exigencias del mundo material y los consejos de su espíritu.

No obstante –concluyó Calderaro–, las oraciones maternas le acompañaban, a través del escabroso camino. Y Cándida no ha sufrido en vano. Colaboradora fiel de muchos servicios, es acreedora de muchas bendiciones...

Después de enterarme de aquel drama tan común en las mujeres jóvenes de nuestros días, seguí al instructor hasta el lugar donde Julieta recibiría nuestra ayuda, evitando su desvarío mental.

Recordando las palabras oídas de los labios maternos, se echó la joven en un sofá, en llanto convulsivo. Sus pensamientos torturaban su cerebro. Vibraciones pesadas, caracterizadas por un color muy oscuro, descendían de su frente fijándose en el aparato respiratorio. Se concentraban en la pleura, invadían los alvéolos y de ahí pasaban al corazón, influenciando la corriente sanguínea, momento en que la sustancia fluídica de las emisiones mentales se desvanecía, absorbida por las arterias. Noté, sin

embargo, que ese material proveniente de la mente perturbada, reflejándose en el cuerpo físico, era asimilado por la sangre, que, a su vez, lo restituía al cerebro físico, acumulándose en todas las zonas más próximas a la sustancia gris.

Noté en la joven, no solo los ojos rojos e hinchados de llorar, sino también el malestar de un serio disturbio orgánico.

Identificando las perturbaciones en el cerebro y en el bulbo raquídeo, pregunté al instructor:

–¿No estaremos aquí ante el misterioso origen de la encefalitis letárgica?

–Mucho más que eso –respondió Calderaro, sonriendo– la mente desvariada emite fuerzas destructivas, que, si pueden llegar a los otros, alcanzan, en primer lugar, al organismo del emisor. Al decidirse Julieta por un género de vida que provocaba conflictos violentos y continuos en su mente, emitió energías fatales para ella misma. Dotada de una distinguida educación, unida al contacto materno que enriqueció sus conceptos y ennobleció sus sentimientos, era incompatible con una existencia de nivel más bajo en la Tierra: la preparación del espíritu siempre ilumina. Teniendo, de esta forma, una sublime claridad interior para su camino en la vida, sentiría como mujer paz y alegría en situaciones donde pudiese manifestar la bondad de su alma. El matrimonio sería lo más conveniente en este caso de mujer ennoblecida por el conocimiento y por la virtud. Pero, cediendo a las tentaciones que fue blanco, se siente íntimamente precipitada hacia abajo. Todos los días recuerda, en silencio, el ejemplo de su madre, considerando su propia actitud delante de la vida y reconociendo que se encuentra desajustada. En ese dolor incesante, agravado por las pésimas vibraciones del ambiente que frecuenta, su mente desciende al área de los impulsos instintivos, experimentando gran dificultad en subir al nivel de las nociones superiores, desde donde la luz de su conciencia le dirige fuertes

llamamientos para que vuelva a la sencillez y a la armonía. Esa situación le impide la oración fervorosa, santificante, regeneradora, y de ahí el caos en que está sumida. Está lo suficientemente educada para recoger cualquier beneficio del medio donde se proyectó livianamente, y, dominada por la angustia permanente, hace demasiada presión sobre la sustancia gris, provocando lamentables desequilibrios orgánicos.

Calderaro se calló por algunos instantes, como el profesor que abre camino a la reflexión del aprendiz, y añadió, sereno:

Ella no está, pues, simplemente amenazada por la encefalitis letárgica; se aproxima por etapas a la locura debido a diversos disturbios provocados por la disfunción celular. Y no sólo esto. Julieta, en las circunstancias en que está, puede ser alcanzada en otros centros vitales. Es capaz de desarrollar una pleuresía como antecámara para la tuberculosis. Posiblemente será víctima de intoxicaciones de la sangre, que se caracterizarán por molestias de los arterias o de la epidermis, y quizás tenga problemas en el hígado, todo ello podrá conducirlo a desencarnar.

Llegados a este punto de las explicaciones, el instructor alzó los ojos y comentó:

–Pero... la justicia divina jamás desconoce la compasión. A veces, nuestra caída precipitada constituye un simple desastre parcial al que nos arrastra la desesperación. La eterna sabiduría examina el móvil de nuestras acciones y, siempre que es posible, nos ayuda a levantarnos. Solamente cuando nos sumergimos en un total eclipse del amor y la razón, huyendo deliberadamente a los procesos del socorro divino, manteniéndonos en las tinieblas del odio y de la negación, nos enfrentamos con la absoluta dificultad de recibir influencias salvadoras; entonces, deberemos esperar la acción del tiempo, aliada a las fuerzas compulsivas de las leyes universales. Si la joven no puede elevarse al plano superior, como ave herida por el tiro de un cazador, la madre

enferma permanece en poderosas oraciones transformadoras. La hija cayó para socorrer su cuerpo, pero Cándida se sublimó más por salvar su alma. En vista de esto, el amoroso poder de Cipriana actuará esta noche.

Se calló mi interlocutor, sometiendo a la llorosa joven al auxilio magnético de nuestro plano, retirando cierta cantidad de material obscuro, segregado por la propia mente y acumulado a lo largo del cerebro, lo que llevó a cabo sin obstáculos dignos de mención. Sin embargo, como dejó un poco de esa sustancia en el cerebro, pregunté el porqué de ello.

El amigo me dijo:

–Tengo instrucciones relativas al caso. Julieta no debe recibir hoy nuestra ayuda integral. Necesita mantenerse enferma del cuerpo, para apartarse de los actos que acostumbra a practicar de noche. En pocas horas la llevaremos, junto a Paulino, en espíritu, al cuarto de Cándida, donde la hermana Cipriana pretende dirigirse a él, valiéndose del desprendimiento parcial por el sueño.

Comprendí y, una vez más, admiré el orden perfecto existente en nuestro plano espiritual.

Calderaro me llevó a continuación al servicio de asistencia a un hermano sufridor, cuyo caso examinaremos en el próximo capítulo, para que no perdamos el hilo del proceso de ayuda a Julieta.

Alrededor de las dos horas de la madrugada, regresamos a la habitación de Cándida, que, fuera del consumido cuerpo físico, reposaba en los brazos de Cipriana, que le acariciaba la frente con ternura maternal.

La enferma, gozando de una extrema lucidez, fuera del campo físico, respondió a nuestros saludos, tranquila y feliz. Tenía otros amigos a su lado, reconfortándola para el trance definitivo.

Cambiábamos impresiones, placenteramente, cuando dos hermanos de nuestro plano penetraron en el cuarto, conduciendo a Julieta y a un hombre que identifiqué intuitivamente.

Calderaro me lo confirmó: –Es Paulino, que viene a oírnos.

Delante de Cipriana, que tenía a la enferma en sus brazos cariñosos, se arrodillaron ambos instintivamente, llorando conmovidos. Ayudados por la asistencia magnética de los mensajeros que les traían hasta nosotros, nos miraban a todos, admirados, prestando mayor atención a Cipriana, al notar que su luz era más potente. Se sentían humillados y afligidos. Creían estar en presencia de alguien con poder celestial.

Se mantenían confundidos y llorando, cuando Cipriana se dirigió al hombre en particular:

–Paulino, te hablo en nombre de la justicia divina. ¡Que el Señor te bendiga, para que me oigas con los oídos de la razón! ¡Escucha! ¿Crees que Julieta es digna de tu brazo fuerte y trabajador? ¿En qué conviertes tu juventud? ¿En una simple aventura de los sentidos? ¿No sabes que la vida humana es el camino que prepara la eternidad? ¿Qué opinas de la vida y de sus sublimes dones? No deberías compartir el pensamiento de nuestros hermanos menos esclarecidos, que pretenden convertir a la mujer en un objeto para el juego de los sentidos. Dignifica tu existencia como hombre, honrando el elemento femenino. Renacistes en la Tierra, creciste bajo los cuidados maternos, y encontrarás gracias a la mujer la realidad de tus sueños de paternidad. ¿Por qué persistir en el vanidoso dominio de una joven pobre, por el simple impulso de egoísmo y ostentación? ¿No te angustia contemplar el sufrimiento prolongado de Cándida, atormentada por atroces pesadillas, ante la incertidumbre dolorosa del porvenir de su hija? Despierta para tus compromisos de naturaleza superior. No viniste al mundo sólo para gozar. La existencia terrestre, Paulino, es una bendita escuela de iluminación renovadora. ¿Qué motivos

te impulsan para no realizar lo correcto? Eres bueno y útil, inteligente y noble. ¿Por qué huyes a tu responsabilidad santificante?

En ese momento, Paulino, que lloraba bajo una fuerte conmoción, no habló, pero emitió pensamientos que se hicieron claros para nosotros.

No vacilaría en casarme con ella –pensaba, razonando–, pero, había encontrado a Julieta fuera de su ambiente. La había conocido en un círculo de personas poco responsables, en un entorno que no invitaba precisamente a la elevación espiritual. ¿No era prudente pensarlo mejor? ¿No debería buscar una pareja con bases más sólidas? Se acercó a la joven que no tenía hogar en un club nocturno.

La Hermana Cipriana leyó sus pensamientos, porque, después de una ligera pausa, le dijo:

Dado tu criterio de hombre de bien, los problemas de Julieta la hacen acreedora de un mayor amparo. La pobrecita no buscó una sala de fiestas con segundas intenciones. ¿No sabes las preocupaciones que mantiene como hija llena de amor filial y que por ellas buscó trabajo, protección y recursos? Mientras para ti era una simple distracción para la mente ociosa, Julieta sufría toda clase de humillaciones, intentando ganar el dinero necesario para la madre enferma. ¿Cómo considerarte inocente a ti y condenarle a ella? ¿Con qué derecho tomaste a una joven que pretendía tan sagrados objetivos? ¿Habría vileza en el sol cuando sus rayos inciden en el pantano? ¿Es culpable el lirio que adorna un cadáver? ¡Paulino, sacude tu conciencia adormecida por las impresiones humanas! Todavía no sufriste cuanto debías, para santificar y amar la vida. ¡No desprecies la ocasión que se te ofrece! Coopera en el rescate de esta joven que no surgió en tu camino por simple casualidad. El amor y la confianza no son obra de la improvisación: nacen bajo la bendición divina, crecen con la

lucha y se consolidan en los siglos. La simpatía y afinidad, en un gran porcentaje, es fruto de milenios. No te aproximarías tanto a Julieta, si ella no estuviese ya en tu pasado espiritual. Dedícate a ella, sálvala de la locura y de la inutilidad. Ofrécele tu brazo de esposo, honrando la vida, antes que la muerte destruya tu cuerpo físico. Es más noble dar que recibir, más bello amar que ser amado, más divino sacrificarse por otros que éstos se sacrifiquen por ti. No te importe la opinión ajena. La sociedad humana es venerable en sus fundamentos, pero injusta cuando no tiene en cuenta la regeneración espiritual para la vida superior con el pretexto de preservar su estatus. ¡Ven a nosotros, Paulino! El Señor bendecirá tu gesto digno. Mañana, Cándida vivirá las últimas horas de su actual existencia. Dale la paz, restituye su bienestar, por lo mucho que se sacrificó para conservar a su hija en una posición respetable. No permitas que el amor se pervierta en tu alma. Santifícalo con la responsabilidad, fortifícalo con tus dotes naturales, y la Providencia estará a tu lado para todo siempre.

La instructora se calló, pero de su corazón partían rayos de luz zafirina, envolviendo totalmente al joven.

Paulino alzó los ojos llenos de lágrimas, contemplándola, agradecido, y declaró:

–Recibo su palabra como si fuera la de mi Madre Celestial. Haced de mí lo que os plazca. Estoy dispuesto...

Cipriana depositó a Cándida en el cuerpo físico, afectuosamente, y se dirigió a la joven pareja, añadiendo:

–Que Dios os bendiga.

Julieta y Paulino fueron conducidos nuevamente al aposento de donde habían venido, y nosotros, por nuestra parte, nos quedamos en la habitación de la enferma, para ayudar en el

proceso de desencarnación.

A los ocho de la mañana, Cipriana suprimió la mayor parte de las fuerzas. La enfermera de guardia llamó al médico, que pronosticó la muerte próxima.

Reclamaron la presencia de la hija, que compareció después del medio día, acompañada de Paulino, visiblemente conmovido.

¡Que maravilloso es comprobar la influencia indirecta del plano superior sobre los compañeros terrestres!

Así como habían procedido en las horas del sueño carnal, al observar a la venerable señora en plena agonía, se arrodillaron ambos, llorando, casi en la misma posición de horas antes.

Cándida miró al joven con actitud suplicante, y le habló, con dificultad, aunque Cipriana no le dejaba escapar sus energías, manteniendo la diestra luminosa sobre su cabeza. La agonizante comentó, conmovedoramente, la angustia que torturaba su espíritu. Temía dejar a su hija inexperta en el mundo, a merced de las tentaciones. Apelaba a la caballeridad de Paulino, que no la dejó terminar. Con los ojos inundados en lágrimas, colocó el índice en los labios de la respetable moribunda, confortándola.

–Doña Cándida –dijo, atento–, no hable de eso. Hoy me levanté con un propósito irrenunciable: Julieta y yo nos vamos a casar, dentro de pocos días. Mañana mismo iniciaremos el proceso de legalización de nuestro compromiso, antes que cualquier circunstancia interfiera, para impedir nuestros deseos. Descanse, pues. A partir de ahora, también soy su hijo.

La agonizante, llorando copiosamente, hizo una señal. Julieta se aproximó, mientras Paulino acercó su rostro a sus cabellos prematuramente encanecidos. Cándida entonces, amparada por Cipriana, unió sus manos, en un gesto simbólico, besándolas

enternecidamente.

Fue su último movimiento en el cuerpo exhausto. En pocos minutos, los párpados físicos se cerraron para siempre, mientras los ojos espirituales se abrieron entre nosotros, para la contemplación de las sendas brillantes de la eternidad.

7. PROCESO REDENTOR

Cuando nos fuimos del hospital, la noche que precedió a la desencarnación de Candida, el Asistente comentó:

–No tenemos tiempo que perder.

Efectivamente, el trabajo de socorro a la apreciada enferma había ocupado algunas horas.

–Nuestro esfuerzo –continuó el instructor–, tiene por especial objetivo impedir la consumación de los procesos que favorecen a la locura. La red de amparo espiritual, en este sentido, es casi infinita. El trastorno mental constituye siempre el fin de una larga lucha. No incluimos en esta definición los casos puramente fisiológicos, como la invasión del cerebro por la sífilis; nos referimos a los dramas íntimos de la personalidad prisionera de la introversión, el desequilibrio, los fenómenos de involución y las tragedias pasionales, que afectan en el mundo, a millares de seres cada día. En los planos inmediatos al hombre, donde nos hallamos ahora, hay innumerables organizaciones de ayuda de esa naturaleza. Es imprescindible amparar la mente humana en la Costra Planetaria. La escuela terrestre exige una incesante y compleja colaboración espiritual. Indudablemente, la Divina Sabiduría no se olvidó de la programación previa de servicios en esta zona. Encargó a la ciencia controlar el desdoblamiento armonioso de los fenómenos físicos pertinentes, incumbió a la filosofía de acompañar a la ciencia, enriqueciendo sus valores intelectuales y confió a la religión la tarea de velar por el desarrollo del alma, dándole benditas luces para el camino de ascensión. La creencia religiosa, sin embargo, especialmente en los últimos tiempos, se ha revelado incapaz de esa tarea: le falta personal adecuado. Mientras la labor científica en el mundo se presenta como un árbol gigantesco, manteniendo a

las inteligencias encarnadas en sus ramas repletas de teorías y raciocinios, la religión, subdividida en numerosos sectores, ofrece la visión de una hierba raquítica, marchitándose en el suelo. Pero, el amor divino, no ignora los obstáculos que amenazan los círculos de la fe. Si para la investigación del conocimiento es suficiente el valor intelectual, el problema religioso reclama un alto caudal de sentimiento. La primera requiere observación y persistencia; el segundo, sin embargo, implica vocación para la renuncia. A la vista de esto, colaborando con los trabajadores decididos, innumerables legiones de auxiliares invisibles a la mirada humana trabajan, en todas partes, socorriendo a los que sufren, incentivando a los que esperan firmemente en el bien, mejorando siempre. Nuestro esfuerzo, por tanto, en torno a la mente encarnada, es extenso y múltiple. No obstante, si el programa produce preocupaciones, es también una fuente de placer. Nos sentimos como hermanos mayores, capaces de prestar auxilio a los más jóvenes. Indiscutiblemente, somos una sola familia en la humanidad.

Aprovechando un instante de silencio, pregunté, curioso: ¿Cómo se realiza ese auxilio? ¿Indiscriminadamente?

–No –explicó Calderaro–, el orden siempre preside nuestra actividad. Casi siempre es la fuerza intercesora quien determina los procesos de ayuda. La oración, representada por el deseo no manifestado, por las aspiraciones íntimas o por las peticiones declaradas, provenientes del plano superior o de la Tierra, es realmente el detonante de nuestras actividades.

Me disponía a formular una pregunta, relativa a viejos conceptos del separatismo religioso, cuando Calderaro, captándola, me dijo, sereno:

–No nos referimos a oraciones o aspiraciones de determinadas corrientes del idealismo: las comparaciones no interesan. Colaboramos con el espíritu eterno en su ascensión a la zona divina, añadiendo nuevas fuerzas al bien, donde se encuentre,

independientemente de formulas dogmáticas, o no, con las que se manifieste en los círculos humanos. Nuestro problema no es de favoritismo, sino de espiritualidad superior, mediante la unión de los valores sustanciales, en favor de una vida mejor.

En ese momento de las lecciones que yo recibía conversando mientras nos desplazábamos en servicio, llegamos a una casa de aspecto sencillo, que se distinguía por el jardín que tenía alrededor, bien cuidado.

–Aquí tenemos –me dijo el instructor– a un indefenso compañero de otras épocas, reencarnado en dolorosas condiciones. De algunas semanas para acá, asisto a su madre a través de pases reconfortantes. A causa de la horrible situación orgánica del hijo, encadenado a ella hace muchos siglos, la razón de la pobrecita está en peligro, están unidos mutuamente por graves compromisos.

Teniendo en cuenta la noble costumbre de la oración en horarios prefijados, nos valemos de esas ocasiones para acudir en su amparo.

Admirado por el orden de los trabajos en nuestro plano, que se manifestaba en las mínimas acciones, acompañé silenciosamente a Calderaro al interior de la casa.

Entramos en una habitación, donde reposaba un pequeño débil y enfermo, llorando. Le rodeaban dos entidades tan infelices como él, por el extraño aspecto que presentaban. El niño inspiraba piedad.

Es paralítico de nacimiento, primogénito de un matrimonio aparentemente feliz, y cuenta ocho años en la nueva existencia –informó Calderaro– no habla, no anda, no llega a sentarse, ve muy mal, no oye casi nada del plano humano. Sin embargo, psíquicamente, tiene la vida de un sentenciado sensible,

cumpliendo una severa pena, labrada realmente por él mismo. Hace casi dos siglos, decretó la muerte de muchos compatriotas en una insurrección civil. Se valió del desorden político-administrativo para vengarse de enemigos personales, sembrando odio y ruina. Vivió suplicios inenarrables en los planos inferiores, cuando desencarnó. Innumerables víctimas ya le perdonaron, pero muchas otras, le siguieron, obstinadamente, durante largos años... El grupo, muy grande en otro tiempo, disminuyó poco a poco, hasta que se redujo a los dos últimos enemigos, hoy en proceso final de transformación. Con las duras luchas vividas en sombrías y dantescas cavernas de sufrimiento, el desgraciado se dispuso para esta etapa final de rescate. Vino a la presente reencarnación con el propósito de completar su curación, en cuyo proceso se encuentra, hace muchos años.

La situación era triste y enternecedora. El enfermo mostraba los huesos raquíuticos y la carne casi transparente. Por su edad debería ser un niño bello y feliz, pero se hallaba allí inmóvil, emitiendo gritos y sonidos guturales, propios de un animal.

Con el respeto debido al dolor y con la observación impuesta por la ciencia, comprobé que el pequeño parálítico se parecía más a un descendiente de simios perfeccionados que a un humano.

–Sí, el espíritu nunca retrocede de nivel, explicó Calderaro– sin embargo, las formas de manifestación pueden sufrir degeneración, para poder facilitar los procesos de regeneración. Todo el mal y bien practicados en la vida imponen cambios en nuestra imagen. Nuestro desventurado amigo envenenó para mucho tiempo los centros activos del periespíritu. Rodeado de enemigos y odios, frutos de sus actos, que realizó voluntariamente, permanece casi embotado por las sombras de sus tremendos errores. En el campo de la conciencia, llora y se debate, bajo el aguijón de recuerdos terribles que le parecen interminables, pero los sentidos, incluso los de naturaleza física, se mantienen obnubilados, desequilibrados, sin rumbo ... Los

pensamientos de rebelión y venganza, emitidos por todos aquellos a los que ofendió deliberadamente, atacaron su periespíritu por más de cien años consecutivos, desintegrando su personalidad, y el infeliz, aún lejos de la zona más alta del ser, donde situamos el *castillo de las nociones superiores*, se debatió en vano en el *campo del esfuerzo presente*, es decir, a la altura del área en que localizamos las energías motoras. Los adversarios implacables, pegándose a él a través de la influencia directa, obligaron a su mente a fijarse en los *impulsos automáticos* y en el imperio de los instintos. La Ley permitió que eso ocurriese naturalmente, porque la conducta de nuestro infortunado hermano había sido igual a la del jaguar que se aprovecha de la fuerza para dominar y herir. Los abusos de la razón y de la autoridad constituyen faltas graves ante el Eterno Gobierno de nuestros destinos.

El estimado asistente me miró con sus ojos lúcidos y preguntó: ¿Has comprendido?

Y, como quería verme lo suficientemente esclarecido, añadió:

–Espiritualmente, este pobre enfermo no retrocedió. Pero el proceso de evolución, que constituye el servicio del espíritu divino, efectuado a través de los milenios para glorioso destino, fue pisoteado, escarnecido y retardado por este enfermo. Sembró el mal y lo recoge ahora. Trazó un audaz plan de exterminio, valiéndose de la autoridad que el Padre le había conferido, realizó el deplorable proyecto y ahora sufre las consecuencias naturales para corregirse. Ya pasó la peor fase. En el presente, ya se apartó del mayor número de enemigos, aproximándose al amoroso corazón materno, que le ayuda a rehacerse, al final de un largo camino de regeneración.

Reparando la extraña actitud de los infelices desencarnados que le seguían, pretendía saber algo relativo a ellos, cuando Calderaro vino al encuentro de mis deseos, aclarando:

También los míseros perseguidores son espíritus llenos de odio y deseo de venganza, como nuestro enfermo es un resultado del crimen. Son náufragos en la última fase de salvación, después de una enorme hecatombe en el mar de la vida, donde se perdieron por muchos años, incapaces de usar la brújula del perdón y del bien. Sin embargo, se acercan, al puerto del socorro. Volverán al sol de la existencia terrestre, por mediación de un corazón de mujer que comprendió con Jesús el valor del sacrificio. En breve, André, de acuerdo al programa redentor ya proyectado, nacerán en este hogar en calidad de hermanos del antiguo adversario. Y cuando junten las manos sobre él, consumiendo energías por ayudarlo, asistidos por la ternura de la abnegada madre, amorosa y justa, besarán al viejo enemigo con inmenso afecto. Se transformarán las negras cadenas del odio en lazos de luz de blancura inmaculada, en los que brillará el amor eterno. Llegado ese momento, la fuerza del perdón dará la libertad a nuestro enfermo que dejará, cual pájaro feliz, este cuerpo físico, cárcel del crimen y sus consecuencias, donde se debatió por casi dos siglos. Hasta ese momento, es importante velar con empeño por esta valerosa mujer, la señora de este hogar, a quien las Fuerzas Divinas respetan su vocación para el sacrificio, para iluminar la vida y enriquecer la obra de Dios.

No había terminado Calderaro las explicaciones, cuando uno de los verdugos desencarnados se movió y tocó con la mano el cerebro del enfermo, recomendándome el asistente que examinase los efectos de ese contacto.

Una extrema palidez y enorme angustia se revelaron en el semblante del parálítico. Noté que la infeliz entidad emitía, a través de las manos, estrías negras de sustancias semejantes al alquitrán, que alcanzaban el encéfalo del pequeño, acentuando las impresiones de pavor.

Dirigí al Asistente una mirada interrogativa, y Calderaro comentó:

–Si el amor emite rayos de luz, el odio los lanza de tinieblas. En los lóbulos frontales recibimos los *estímulos del futuro*, en la corteza recogemos las *sugestiones del presente*, y en el sistema nervioso, propiamente dicho, archivamos los *recuerdos del pasado*. Nuestro pobre amigo está siendo “bombardeado” por energías destructivas de odio en la región de *sugestiones del presente*, es decir, en su capacidad de crecimiento, realización y trabajo en los días que corren. Tal situación, derivada de la culpa, le obliga a descender mentalmente hacia la zona de *recuerdos del pasado*, donde su comportamiento es inferior, destacando por la semiinconsciencia de los estados evolutivos primitivos. Una abrumadora mayoría de los fenómenos de alienación psíquica proceden de la mente desequilibrada. Observa su organismo.

El enfermo, de la tristeza en que se había sumergido, pasó a las contorsiones, evidenciando todas las características de la idiocia. Los órganos revelaban ahora extrañas alteraciones y el sistema endocrino mostraba indefinibles perturbaciones.

Compadecido, se inclinó el instructor sobre el enfermo, y dijo:

–Los rayos destructivos alcanzan su zona motora, provocando la paralización de los centros del habla, de los movimientos, la audición, la visión y el control del sistema glandular. Esa dolorosa situación se ha hecho crónica, por la repetición de esta ocurrencia millares de veces, en casi dos centenas de años.

Hizo una pequeña pausa y continuó:

–Examina la conducta del enfermo. Fijando la mente en la extrema *región de los impulsos automáticos*, su patrón de conducta es efectivamente sub-humano o animal. Vuelve a vivir estados primarios, de los que el individuo ya salió hace muchos siglos. En otros casos menos graves, la medicina actual viene utilizando el electrochoque, como un experimentador que investiga examinando efectos e ignorando las causas. Hay que reconocer,

que el esfuerzo de la Psiquiatría moderna merece el mayor cariño por parte de nuestras superiores espirituales, que patrocinan su avance, orientándola hacia el bien común, en todo el mundo, pero por el momento, no pueden aceptar la verdad como sería de desear, por el conservadurismo en que permanece la medicina terrestre. Sin embargo, más tarde los sacerdotes de la salud humana comprenderán que el electrochoque, o la hipoglicemia, provocada por la insulina, constituyen ruegos vivos a los centros del periespíritu, pidiendo su reajuste e impulsando a las neuronas a readaptarse para el servicio de la mente en proceso regenerador. Hay que destacar que ese recurso a las reservas profundas de la psique no es nuevo. En otro tiempo, las víctimas de la locura eran conducidas a pozos de serpientes, para que la horrible conmoción transformase súbitamente la mente desequilibrada ya que, desde la remota antigüedad, el hombre comprendió intuitivamente, que la mayoría de los casos de alienación mental provienen de la ausencia voluntaria o involuntaria del alma a la realidad. Y, en nuestro campo de observación más claro, podemos decir que todo desequilibrio proviene del alejamiento de la Ley.

Se calló Calderaro por algunos instantes y, señalando al pequeño, dijo:

–Pero, en este caso, el electrochoque aplicado por la ciencia humana no surtiría ningún efecto. Estamos ante el eclipse total de la mente, por la total ausencia de la Ley con que se condujo el interesado. La rectificación, aquí, necesita tiempo. Las aguas pantanosas del mal, largamente contenidas en el corazón, no se van fácilmente. El plano mental de cada uno de nosotros no es un contenido de la imaginación: es un almacén de fuerzas vivas, como el cuerpo físico que utilizamos, mientras estamos en la Costra Planetaria.

–Pero, ¿no estamos, científicamente hablando –pregunté–, ante un caso típico de mongolismo?

El asistente respondió:

–Vemos un fenómeno de desequilibrio espiritual absoluto. En situaciones rarísimas, tendremos perturbaciones de esa naturaleza con causas sustancialmente orgánicas. En la esfera carnal, es imposible desconocer el paralelismo psicofísico. Quien vive en la Costra terrestre tendrá siempre que enfrentarse con el cuerpo físico perecedero, en primer lugar. De ahí, no podemos excluir de la patología del alma ese cuerpo denso, ni menospreciar la colaboración de los investigadores abnegados, que se dedican a las investigaciones de la fauna microscópica, del reajuste de las formas y del conjunto de los efectos. Pero no nos olvidemos que ahora estamos analizando las causas...

El instructor parecía dispuesto a proseguir, ampliando mis conocimientos sobre el tema, cuando oímos los pasos de alguien que se aproximaba. La dueña de la casa venía a la habitación de la criatura, buscando la ayuda de la oración.

Concluyó Calderaro, apresuradamente:

–Nuestros compañeros de la medicina humana bautizan las molestias mentales como quieren, deteniéndose en las cuestiones de la periferia, alejados de los problemas fundamentales del espíritu. En lo referente a asuntos científicos, hablaremos mañana, cuando prestemos asistencia al pequeño.

En ese momento, la madre, que aún no contaba treinta años, se acercó al enfermo, sin darse cuenta de nuestra presencia espiritual. Se paró, triste, de pie junto a la cuna, acariciando su frente sudorosa, después de las contorsiones finales. Apartó la colcha, le levantó, cuidadosamente, y le abrazó, con el más tierno de los cariños.

El niño se tranquilizó.

Inmediatamente después, la madre comenzó a orar, bañada en lágrimas, pareciendo un cisne de la región espiritual en maravilloso cántico.

Mientras Calderaro operaba, reparando sus fuerzas nerviosas con una auténtica transfusión de fluidos saludables que transfería de sí mismo, yo, por mi parte, acompañaba con vivo interés la oración maternal.

La joven madre llenaba de peticiones humanas la rogativa.

¿Por qué no la oía el Señor permitiendo un milagro que devolviese a su hijito el equilibrio? Se había casado, hacía nueve años, soñando con un jardín familiar, repleto de retoños felices, pero, la primera flor de sus aspiraciones femeninas se encontraba allí irónicamente abierta, con un aspecto horrible de monstruosidad y sufrimiento... ¿Por qué nacían criaturas en la Tierra destinadas a tamaña angustia? ¿Por qué tienen que sufrir los niños? Había recorrido en vano consultas médicas y había acudido a muchos especialistas. Siempre las mismas decepciones, los mismos desengaños. El hijito parecía inaccesible a cualquier tratamiento. Se sentía frágil y extenuada... y lloraba, implorando la bendición divina, para que no le faltasen energías en la lucha.

Calderaro, una vez acabada su tarea, se acercó a mí, preguntando:

–¿Quieres responder a los ruegos, en nombre de la inspiración Superior?

¡Oh, no! Decliné alegando que eso me resultaba difícil de practicar, después de haber oído a la hermana Cipriana renovando corazones con sus amorosas palabras.

El orientador me respondió:

–Pero, aquí, no hablaremos a corazones que se odian, sino a un espíritu materno torturado, que reclama un estímulo fraternal. El conocimiento y la buena voluntad pueden hacer mucho.

Sonrió, benevolente, y agregó:

–Además, es necesario diplomarnos también en la ciencia del amor. Para eso, comencemos a ser hermanos unos de los otros, con sinceridad y fiel disposición de servir.

Agradecí la deferencia, conmovido, pero decliné de nuevo la invitación.

Debía hablar él. Yo era sólo un aprendiz. Me encontraba allí, para oír sus sublimes lecciones.

El abnegado amigo colocó las manos sobre los lóbulos frontales de la madre, como atrayendo su mente hacia la región más elevada del ser, y pasó a irradiarle ruegos conmovedores, como si fuera un desvelado padre hablándole al corazón. Profundamente sensibilizado, vertía palabras de ánimo y consuelo, que la afectuosa madrecita recibía en forma de ideas y sugerencias superiores.

Noté que la disposición íntima de la joven señora tomaba poco a poco un renovado aliento. Observé que en la epíffisis surgió un suave foco de claridad irradiante y que de sus ojos comenzaron a brotar lágrimas diferentes. La claridad suave, fluyendo del cerebro, descendió hacia el tórax, desde donde se exhalaban tenues hilos de luz que la unieron al hijito infeliz. Contempló al pequeño, ahora tranquilo, a través de un espeso velo de llanto y oí sus sublimes pensamientos.

Si, Dios no la abandonaría –meditaba; le daría fuerzas para cumplir hasta el fin el cometido que había recaído en ella, con la belleza del primer sueño y felicidad iniciales. Mantendría al

desventurado retoño de su carne, como si fuese un tesoro celeste. Su amor crecería con los padecimientos del hijito muy amado; sus sacrificios de madre serían más dulces cuanto más intenso fuese el dolor. ¿No era más digno de su devoción y renuncia por la afflictiva condición en que había nacido? Los hijos de sus amigas eran hermosos e inteligentes, como botones perfumados de la vida, prometiendo infinitas alegrías en el jardín del futuro; pero también su pequeñito paralítico era bello, necesitando sólo más ternura y protección. Dios sabría porque había venido al mundo sin la facultad de la palabra y sin manifestaciones de inteligencia. ¿No era suficiente confiar en el Supremo Padre? Serviría al Señor sin preguntar, amaría a su hijo por la eternidad; moriría, si fuera preciso, para que él viviese.

En un transporte de indefinible cariño, la joven madre se inclinó y besó al enfermito en los labios, con el júbilo de quien acaricia a un ángel celestial. Vi, sorprendido, que numerosas centellas de luz se desprendían del contacto afectivo entre ambos y se derramaban sobre las dos entidades inferiores, que, por su parte, se inclinaron también, pareciendo menos infelices, ante aquella noble mujer que más tarde les serviría de madre.

Calderaro me tocó suavemente el hombro e informó: –nuestro trabajo de asistencia está terminado. Vámonos.

Y, señalando a la madre e hijo juntos, concluyó:

–Examinando esa criatura sufridora como enigma sin solución, algunos médicos insensatos de la Tierra propondrían tal vez la “muerte suave”; ignoran que, entre las paredes de este modesto hogar, el Médico Divino, utilizando un cuerpo incurable y el amor, hasta el sacrificio, de un corazón materno, restituye el equilibrio a espíritus eternos, para que, sobre las ruinas del pasado, puedan hermanarse para gloriosos destinos.

8. EN EL SANTUARIO DEL ALMA

De noche cerrada, Calderaro y yo penetramos en una casa confortable y noble, donde el instructor, según había prometido, me proporcionaría nuevos esclarecimientos referentes a los desequilibrios del alma.

No es un caso tan grave como el del paralítico que visitamos – adelantó el servicial instructor, se trata más bien de una cuestión casi vencida. Hace mucho tiempo asisto a Marcelo con fluidos reconfortantes, y su situación es de triunfo integral. Dócil a nuestra influencia, encontró en la oración y en la actividad espiritual el suplemento de energías que necesitaba. Vimos ayer un caso de desorganización total de los elementos del periespíritu, con el consecuente impacto en el sistema nervioso, en un doloroso cuadro que sólo el tiempo corregirá. Aquí, sin embargo, el tema es diferente. El problema de la perturbación esencial ya está resuelto, el reajuste de la vida surgió pleno de esperanzas nuevas, la paz regresó al organismo, pero continúan todavía los recuerdos y los remanentes de los dramas vividos en el pasado aflorando bajo la forma de fenómenos epilépticos, las acciones reflejas del alma, que emergen del amplio e intrincado túnel de sombras y que vuelven, en definitiva, al imperio de la luz. Si el mal requiere tiempo para fijarse, es obvio que la recuperación del bien no puede ser instantánea. Así ocurre con la enfermedad y la salud, con el desvío y el restablecimiento del equilibrio.

Después de atravesar la puerta, nos dirigimos, debidamente autorizados, al interior, donde agradablemente me sorprendió una encantadora escena de piedad doméstica: un caballero, una señora y un muchacho se hallaban inmersos en las divinas vibraciones de la oración, rodeados de gran número de amigos de nuestro plano.

Fuimos recibidos amorosamente.

Calderaro me animó a colaborar en los trabajos en curso, porque con la valiosa cooperación de aquellos tres compañeros encarnados, se iba a prestar ayuda de varias clases a hermanos recién liberados de la Costra.

Era digna de observar la respetable belleza de aquella reducida asamblea, consagrada al bien y a la iluminación del espíritu.

Admirando la armonía de aquellos tres corazones unidos en los mismos nobles pensamientos y propósitos, que entrelazaban maravillosos hilos de luz, el asistente comentó:

–La familia es una reunión espiritual en el tiempo, y, por esto mismo, el hogar es un santuario. Muchas veces, sobre todo en la Tierra, varios de sus componentes se alejan de la sintonía con los más altos objetivos de la vida, sin embargo, cuando dos o tres de sus miembros aprenden la grandeza de sus posibilidades de elevación, congregándose íntimamente para las realizaciones del espíritu eterno, son de esperar maravillosos resultados.

Comprendí que el instructor iba a aportarme otros esclarecimientos, ampliando el santificante concepto de la familia; pero la urgencia del servicio no nos permitía conversar más largamente.

El trabajo de auxilio a los hermanos sufridores prosiguió activo, en nuestro plano.

Terminado la ayuda del trío familiar, con una expresiva y conmovedora oración, comenzó la retirada de los compañeros de nuestra esfera, mientras los amigos encarnados iniciaban una cariñosa conversación.

El caballero, con la sonrisa feliz del trabajador que cumplió bien

con su deber, se dirigió a los demás en voz alta:

–Gracias a Dios, todo normal.

Dirigiéndose al muchacho con inmensa ternura paternal, preguntó:

–¿Y tú, Marcelo, estás bien?

–¡Oh! sin duda –respondió el hijo alegre–, estoy muy contento, papá, con los excelentes resultados de nuestras reuniones de los jueves.

–¿Han vuelto los ataques nocturnos?

–No. A medida que me esfuerzo en conocer las verdades divinas, poniendo en práctica las lecciones recibidas, siento que me esfuerzo íntimamente y estoy cada vez mejor, recuperando la salud perdida. Reconozco también que, si me alejo de la edificación espiritual distrayéndome de la necesidad de elevación, vuelven las perturbaciones con más intensidad. En esos momentos, me despierto por la noche con los miembros cansados y doloridos, y me asaltan evidentes señales de las convulsiones, dejándome largo rato sin sentido...

El joven sonrió y prosiguió su sencilla confesión filial:

–Pero, afortunadamente, ahora que me consagro a la tarea espiritual, reconozco que los pases de mamá son muy eficientes. Estoy más receptivo y observo que la buena voluntad es un factor decisivo en mi bienestar.

Los oyentes se miraron, contentos, y la conversación íntima continuó, edificante, repleta de bellas sugerencias.

El asistente, comentó:

–No necesito decirte que Marcelo se entiende con sus padres. Tiene otros hermanos que todavía no son afines a la sagrada misión de los padres. Pero él es portador de sentimientos elevados y generosos. Tienen, como casi todos nosotros, un pasado intensamente vivido en las pasiones y excesos de la autoridad. Ejerció, en otro tiempo, un enorme poder que no supo usar en sentido constructivo. Dueño de una vigorosa inteligencia, se proyectó en altos niveles intelectuales, de donde no siempre descendió para confortar o socorrer. Portador de varios títulos honoríficos, muchas veces los manchó, precipitándose en caprichos criminales. Se impuso por el absolutismo, e intensificó la siembra de espinos que le destrozarían más tarde. Al llegar su hora, recogió la cosecha de nefasta mies, experimentando atroces sufrimientos. Innumerables víctimas le esperaban más allá del sepulcro, y arremetieron contra él. Pero, si cometió serios errores, en muchas ocasiones deseó ser bueno y realizó valiosas tareas, que, no obstante, tuvieron que aguardar la oportunidad para serle de utilidad. Los enemigos eran una masa compacta y gritaban furiosamente, invocando la justicia vulgar, le retuvieron largo tiempo en las regiones inferiores, saciaron viejos propósitos de venganza, maltratando su periespíritu. Marcelo, en plena sombra de la conciencia, rogó, y lloró muchos años. Por más que suplicó y por mucho que insistiesen sus intercesores, la ansiada liberación tardó muchísimo, porque el remordimiento es siempre el punto de sintonía entre el deudor y el acreedor, y nuestro amigo traía la conciencia repleta de remordimientos crueles. Los desequilibrios del periespíritu lo atormentaron al llegar a nuestro plano, obstinándose años al hilo...

Al hacer un breve intervalo en las explicaciones, comenté, curioso:

–Eso quiere, decir, entonces, que la epilepsia...

–... muy raramente ocurre por simples alteraciones en el encéfalo, como serían las que proceden de golpes en la cabeza –

explicó el asistente, interrumpiéndome-, y, generalmente, es una enfermedad del alma, independiente del cuerpo físico, que apenas registra, en ese caso, las acciones reflejas. Está lejos el tiempo en que la razón admitía el paraíso o el purgatorio como simples regiones exteriores. Cielo e infierno, en esencia, son estados de la conciencia; y, si alguien actuó contra la Ley, estará dentro de sí mismo en proceso rectificador, tanto tiempo como sea necesario. Ante esa realidad, por tanto, debemos concluir que, si existen múltiples enfermedades para la falta de armonía del cuerpo, hay otras innumerables para los desvíos del alma.

El instructor hizo corta pausa, señaló al muchacho y continuó:

Pero, volviendo a Marcelo, tengo que decirte que, poco a poco, eliminó las sustancias más pesadas del profundo cáliz de pruebas. Los largos años en desequilibrio, en que las víctimas, convertidas en verdugos, le conmovieron con tremendas convulsiones, a través de choques y padecimientos inenarrables, aclararon su horizonte interno, y al final nuestro hermano logró contactar con un sabio orientador espiritual, a quien se unía desde el pasado remoto... Fue socorrido y amparado. Preguntó, ansioso, por almas que le eran particularmente queridas, informándole que sus lazos más fuertes ya se encontraban de nuevo en la carne, en pruebas dignificantes. Suplicó la reencarnación, prometió aceptar compromisos de ayuda espiritual en la Corteza, para rescatar sus enormes deudas, colaborando en el bien y en la evolución de los enemigos de otro tiempo, y consiguió el favor, apoyado por abnegado mentor que le estima desde hace muchos siglos. Volvió a la esfera carnal y reinició el aprendizaje. Últimamente renació estrechado en brazos cariñosos, a los que se siente vinculado en el curso de varias existencias vividas en común. Ahora, aprovechando sinceramente las bendiciones recibidas, desde la más tierna infancia, se preocupa en reajustar sus cualidades morales: se caracteriza, desde niño, por la bondad y obediencia, docilidad y ternura naturales. Pasó su infancia tranquilamente, aunque espiado continuamente por antiguos perseguidores

invisibles. No se hallaba atraído a ellos, en virtud del servicio regenerador a que se sometieron; pero, al toparse con alguno de los adversarios, en los minutos de parcial desprendimiento propiciado por el sueño físico, sufría amargamente con los recuerdos. Todo proseguía sin novedades dignas de mención. Bajo la vigilancia de los padres y con el amparo de los benefactores invisibles, se preparaba el niño para los trabajos futuros. Al consolidar la posesión del patrimonio físico, pasados los catorce años de edad, Marcelo, con el periespíritu plenamente identificado con el cuerpo físico, pasó a recordar los fenómenos vividos y aparecieron las convulsiones epilépticas con cierta intensidad. El joven, sin embargo, encontró inmediatamente el antídoto necesario, refugiándose en la *residencia de los principios nobles*, es decir, en la región alta de la personalidad, por el hábito de la oración, el entendimiento fraternal, la práctica del bien y por la espiritualidad superior. Limitó, de esa manera, la falta de armonía neuropsíquica y redujo la disfunción celular, reconquistando su propio equilibrio, día a día, movilizando las armas de la voluntad. En el desarrollo de ese esfuerzo, se hizo muy agradable a nuestro plano, recibiendo por nuestra parte una gran colaboración, aprovechándola integralmente por su adhesión al esfuerzo constructivo del bien. Enfrentando la lucha con serenidad y paciencia, instaló en sí mismo valiosas cualidades receptivas, favoreciendo nuestra ayuda y no teniendo necesidad, por eso mismo, de la terapia del hipnotismo o de los choques, que, provocando estados anormales en el periespíritu, en general, no consigue más que disfrazar los males, sin combatirlos en sus orígenes. El caso de Marcelo ofrece por esto características valiosas. Atendiendo las sugerencias de aquellos que le benefician, adaptándose a la realidad, está siendo el médico de sí mismo, única fórmula en la que el enfermo encontrará su propia cura.

En ese instante, el joven se despedía de sus padres, retirándose a su habitación, donde se echó en la cama, después de purificar su mente con pensamientos de paz y de gratitud a

Dios.

En breves minutos se apartaba del vehículo denso y venía a estar con nosotros, saludando a Calderaro con especial cariño.

El asistente me presentó.

Marcelo mostraba una profunda lucidez. Abrazándonos, con inequívocas demostraciones de alegría, comentó sus esperanzas en el porvenir. Nos expuso su ardiente deseo de trabajar por la difusión del Espiritismo cristiano, dispuesto a colaborar en la obra edificante que sus padres vienen realizando. Se refirió, para admiración mía, a las actividades de nuestra Colonia espiritual, me preguntó sobre mis impresiones sobre “Nuestro Hogar”, asombrándome por la claridad de sus ideas y por la belleza de sus apreciaciones inteligentes y espontáneas¹.

Estábamos en medio de la conversación, cuando dos bultos sombríos se aproximaron cautelosamente a nosotros. ¿Quiénes podrían ser, sino míseros transeúntes desencarnados? Enteramente distraído, continué en la conversación, pero mi interlocutor perdió visiblemente la calma. Como si hubiese sido alcanzado en su interior por fuerzas perturbadoras, Marcelo palideció, llevó su mano al pecho y abrió los ojos desmesuradamente. Noté que las ideas se arremolinaban en el cerebro periespiritual, sin conseguir oírnos con tranquilidad, y, desprendiéndose, rápidamente, de nuestros brazos, salió precipitadamente, retornando al cuerpo.

Quise detenerle, apenado, pues estaba perfectamente sintonizado con nosotros. Algo más fuerte que un conocimiento cordial me unía al nuevo amigo, lo que reconocí desde el primer contacto, pero no puede hacerlo.

¹ Referencia al libro “Nuestro Hogar” (nota del autor espiritual).

Calderaro me retuvo con vigor y exclamó:

–Déjale, André. Acompañémosle. No podemos olvidar que Marcelo no se encuentra perfectamente curado.

Señalando a las entidades provocadoras, que estaban a corta distancia, comentó:

–La simple cercanía de los enemigos de otra época altera sus condiciones mentales. Receloso y afligido, teme el regreso a la situación dolorosa que sufrió, hace muchos años, en las esferas inferiores, y busca el cuerpo físico con rapidez, como el que se refugia en el único lugar que tiene, en vista de la tempestad inminente.

Los espíritus errantes se batieron en retirada, y volvimos al interior de la casa, donde encontramos al joven atacado por las contorsiones.

Le abracé, como si fuese un hijo querido.

El ataque amainó pero sin cesar del todo. Alcé los ojos hacia el instructor, en muda interrogación. ¿Por qué se producía ese disturbio? La habitación de Marcelo permanecía aislada, en cuanto al contacto directo con las entidades inferiores. Estábamos los tres en una conversación edificante. ¿Por qué apareció la perturbación, si nos manteníamos en una saludable atmósfera de santificantes pensamientos?

El instructor me contempló, bondadoso, y me dijo: –Observa el cuerpo físico, en particular el cerebro.

Noté que la luz habitual de los centros endocrinos era más pálida, persistiendo solamente la epífisis emitiendo rayos anormales. En el encéfalo el desequilibrio era completo. De las zonas más altas del cerebro partían rayos de luz mental, que, por

así decirlo, bombardeaban la colmena de células de la corteza. Los diversos centros motores, inclusive los de la memoria y del habla, yacían desorganizados, inanimados. Esos rayos anormales penetraban en las capas más profundas del cerebelo, alterando las vías del equilibrio y desordenando la tensión muscular; provocaban extrañas transformaciones en las neuronas y emergían en el la sustancia gris del sistema nervioso, anulando la actividad de las fibras. El delicado aparato encefálico se veía totalmente inhibido. Las zonas motoras, azotadas por las chispas mentales, perdían el orden, la disciplina y el autodomínio, cediendo, por fin, carentes de energía. Mientras tanto, Marcelo-espíritu se contorsionaba de angustia, yuxtapuesto al Marcelo-forma, encarcelado en la inconsciencia orgánica, preso de convulsiones que producían angustia en mi alma.

Después de un detenido examen, pregunté a Calderaro:

—¿Cómo explicar lo que está pasando? A fin de cuentas, nuestro amigo no se encuentra aquí bajo la presión de los perseguidores desencarnados, sino en nuestra exclusiva compañía.

El instructor, ocupado en su acción de socorro magnético, interfería, restaurando el equilibrio, recomendándome aguardar algunos minutos. Pronto dominó la falta de armonía. Envolviendo su campo mental en emisiones fluídico-balsámicas, el desastre no se produjo. Marcelo se quedó tranquilo. Se rehízo la actividad cerebral, como una plaza llena de gente que inmediatamente se quedase vacía. Las células nerviosas retomaron de nuevo su tarea, se normalizaron las vías de tráfico, el sistema endocrino regresó a la regularidad, las redes de estimulación restablecieron los servicios acostumbrados.

Marcelo, desilusionado y abatido, cayó en un profundo sueño, pues Calderaro creyó conveniente proporcionarle mayor reposo, no permitiendo la retirada de su periespíritu en los primeros minutos de paz que sucedieron a la fuerte crisis.

Observando al joven, en la cama, el instructor me miró, benévolo, y preguntó:

–¿Te acuerdas de los reflejos condicionados de Pavlov?

¿Cómo no? me acordaba, sí, de la famosa experiencia con perros, aplicada a otros fenómenos.

–Pues bien –prosiguió Calderaro, bondadoso– el caso de Marcelo se produce en consonancia con los mismos principios. En existencias pasadas, se equivocó de muchas formas, y el remordimiento, imperiosa fuerza al servicio de la Divina Ley, se incrustó en su conciencia, como un centinela vigilante, entregándole a sus enemigos de los planos inferiores y dándole la cosecha de espinas que había sembrado, inmediatamente después de la pérdida del cuerpo físico, en uno de sus períodos más intensos de caída espiritual. Como consecuencia de esos desvíos, deambuló desequilibrado, con el alma enferma, expuesto a la dominación de las antiguas víctimas. Alteró los centros del periespíritu, enfermándoles por mucho tiempo. Ayudado por un gran instructor que intercedió por él, renació más tranquilo, ahora, para un importante servicio de rescate. Sin embargo, la valiosa cooperación recibida del exterior no podría transformar de modo visceral su interior. Estaba libre de los adversarios, a los que debería ayudar de ahora en adelante. Pero, el periespíritu archivaba el recuerdo fiel de los sufrimientos experimentados fuera del vehículo denso. Las zonas motoras de Marcelo, en razón de eso –destacó el instructor, simbolizando la morada de las *fuerzas conscientes*, en la actualidad, constituyen una *región periespiritual en convalecencia*, como son las cicatrices en el cuerpo físico. Al acercarse a los viejos adversarios, el joven, que aún no consolidó su equilibrio integral, sufre violentos choques psíquicos, que desvarían sus emociones, apartándose de la necesaria armonía. La mente desorientada abandona el timón del periespíritu y del organismo, asume condiciones excéntricas, dispersa las energías en movimientos desordenados. Esas

energías pasan entonces, a chocar y a emitir radiaciones de baja frecuencia, casi igual a las incidían en su pensamiento provenientes de sus víctimas. Esas vibraciones destructoras invaden la materia delicada de la corteza encefálica, se apoderan de los centros corticales, perturban las sedes de la memoria, del habla, de la audición, de la sensibilidad, de la visión, y otras innumerables sedes que gobiernan variados estímulos. De esta forma, se produce el *gran mal*, de sintomatología aparatosa, provocando las convulsiones, en las que el cuerpo físico, postrado, vencido, recuerda a una embarcación a la deriva.

Las explicaciones de Calderaro me hacían concebir un respeto mayor por los fundamentos morales de la vida. Comprendía ahora la imposibilidad de una Psiquiatría sin las nociones del espíritu. Me recordó la lucha secular entre organicistas y psicólogos, disputando sobre la ayuda a los alienados mentales. Mesmer y Charcot, Pinel y Broca desfilaron ante mi imaginación, enriquecida con nuevos conocimientos.

El silencio del asistente no duró mucho. Creo, que, desde la primera de nuestras conversaciones, esos intervalos se hicieron habituales, y yo tenía la impresión que Calderaro intencionalmente me daba un tiempo para asimilar los conceptos.

Respondiendo a mis íntimas preguntas, continuó:

–Es imposible pretender la cura de los locos mediante procesos exclusivamente objetivos. Es indispensable penetrar el alma y la médula de la personalidad, mejorar los efectos ayudando a las causas; por consiguiente, no restauraremos cuerpos enfermos sin los recursos del Médico Divino de las almas, que es Jesucristo. Los médicos harán siempre mucho, intentando rectificar la disfunción de las células; no obstante, es necesario intervenir en los orígenes de las perturbaciones. El caso de Marcelo es tan solo uno de los múltiples aspectos del *fenómeno de la epilepsia*, empleando la terminología de los encarnados. Ese desequilibrio periespiritual es

complejo. La confirmación de la teoría de los reflejos condicionados no se aplica exclusivamente a él. Hay millones de personas irascibles que, por el hábito de encolerizarse fácilmente, vician los centros nerviosos fundamentales por los excesos de la mente sin disciplina, convirtiéndose en portadores del *pequeño mal*, en dementes precoces, en neurasténicos de diversos tipos o en enfermos de trastornos epilépticos, que andan por ahí, sometidos a la hipoglicemia insulínica o al metrazol, cuando, el ser educados mentalmente, para la corrección de sus propias actitudes internas en las rutinas de la vida, sería un tratamiento más eficiente y adecuado, pues es regenerador. Al decir esto, no subestimamos el trabajo de los psiquiatras y psicólogos abnegados, que invierten su existencia en la dedicación a los semejantes, ni decimos que todos los enfermos, sin excepción, no puedan recibir la ayuda de los electrochoques, tan necesarios en muchas personas, como una “ducha para los nervios sucios”.

Sólo queremos destacar que el hombre, por su conducta, puede reforzar su alma, o lesionarla. El carácter altruista, que aprendió a sacrificarse para el bien de todos, estará engrandeciendo los graneros de sí mismo, en plena eternidad, el homicida, esparciendo la muerte y la sombra en su cercanía, establece el imperio del sufrimiento y de las tinieblas en su interior. Cuando tratamos a nuestros hermanos, que sufren lesiones del periespíritu, consecuencias vivas de sus actos, registrados por la justicia universal, es indispensable, para asistirlos con éxito, remontarnos al origen de las perturbaciones que les molestan; y esto se hará no mediante el psicoanálisis sino ayudándoles con la fuerza de la fraternidad y del amor, para que alcancen la imprescindible comprensión de que deben cambiar, reajustando sus propias fuerzas...

En ese instante observando que Marcelo se levantaba, el instructor interrumpió las explicaciones y le invitó a venir y estar con nosotros de nuevo.

El joven nos abrazó, conmovido:

–Entonces –dijo mirando humildemente a Calderaro–, flaqueé y caí...

–¡Oh, no! –exclamó el orientador, acariciándole–, no creas que caíste. Todavía estás en tratamiento, y no podemos olvidar eso. Tu esfuerzo es admirable, pero, habrá que esperar un tiempo.

Sonrió y añadió:

–En épocas remotas perdiste la valiosa oportunidad de seguir en la senda progresiva, cayendo y resbalando... Ahora, es imprescindible volver a subir cautelosamente. El pájaro de alas débiles no puede abusar del vuelo.

El joven cobró nuevas esperanzas y contemplando a Calderaro, agradecido, preguntó:

–¿Cree mi benefactor que debo tomar hipnóticos?

–No. Los hipnóticos son útiles sólo en la fase de absoluta ignorancia mental, cuando es preciso neutralizar las células nerviosas ante los posibles problemas del periespíritu. En tu caso, Marcelo, para tu conciencia que ya despertó a la espiritualidad superior, el remedio más eficaz consiste en la fe positiva, en la autoconfianza, en el trabajo digno y en pensamientos ennobecedores. Permaneciendo en la zona más alta de la personalidad vencerás los desequilibrios de los departamentos más bajos, debiendo, por esto mismo, acatar la misión renovadora y sublime que te fue confiada en el sector de tu propia iluminación y en el bien del prójimo. Los fármacos pueden actuar como déspotas sobre el organismo, siempre que la mente no les controle.

El muchacho le besó las manos enternecidamente, y Calderaro,

ocultando la emoción, dijo, de buen humor:

–Todavía no hicimos nada por merecer el reconocimiento de cualquier criatura. No somos más que trabajadores imperfectos en servicio, y el servicio es la mayor fuerza que pone de manifiesto nuestras propias imperfecciones. Todos tenemos un acreedor divino en Jesús, cuya infinita bondad no debemos olvidar.

Y, acariciándole los cabellos, añadió:

–Ya oíste la palabra celestial, abandonando el mal, “para que no te suceda otra cosa peor”. Siendo así, ahora eres feliz. Somos felices en el presente, porque nuestro objetivo de hoy es la realización del Reino de Dios, en nosotros, con Cristo. Trabajemos con Él, por Él, y para Él, curando nuestros males para siempre.

El joven se abrazó a nosotros, como un hijo, al encuentro de nuestros corazones, y salimos juntos en viaje de estudios, mientras su cuerpo físico reposaba tranquilamente.

9. MEDIUMNIDAD

Como estaba muy interesado en el caso de Marcelo, al día siguiente le hice a Calderaro unas preguntas que me preocupaban.

¿Los reflejos condicionados no se aplicarán, igualmente, a diversos fenómenos mediúmnicos? ¿No serán la explicación de las mistificaciones inconscientes que, muchas veces, preocupan en los círculos de los experimentadores encarnados?

Algunos estudiosos del Espiritismo, devotos y honestos, reconociendo los escollos del campo mediúmnico, crearon la hipótesis del fantasma anímico del propio médium, que actuaría en lugar de las entidades desencarnadas. ¿Estaría adecuada esa teoría al caso tratado? ¿Bajo la evocación de ciertas imágenes, el pensamiento del médium no estaría sujeto a determinadas asociaciones, interfiriendo automáticamente en el intercambio entre los hombres de la Tierra y los habitantes del Más Allá? Esas intervenciones, en muchos casos, podrían provocar desequilibrios intensos. Teniendo en cuenta las observaciones oídas en los últimos tiempos, en varios centros espiritualistas, con referencia al asunto, me preguntaba a mí mismo si el problema tenía relación con los principios de Pavlov.

El instructor me oyó, pacientemente y respondió, benévolo:

–La consulta exige un estudio más cuidadoso. La tesis animista es respetable. Partió de investigadores conscientes y sinceros para controlar los probables abusos de la imaginación. Pero, viene siendo usada cruelmente por la mayoría de nuestros colaboradores encarnados, que hacen de ella un órgano inquisitorial, cuando deberían aprovecharla como elemento

educativo en la acción fraternal. Millares de compañeros, retroceden ante los obstáculos de la iniciación mediúmnica, porque el animismo se ha convertido en un ogro. Las afirmaciones serias y edificantes, convertidas en un sistema opresivo, impiden que los posibles médiums pasen por las etapas naturales de aprendizaje y de la aplicación. Se les exige una precisión absoluta, olvidándose de lo más elemental de la naturaleza. Aferrados a la teoría, innumerables amigos nuestros, en el elevado servicio de intercambio con nuestra esfera, no aceptan generalmente a los aprendices, que han de crecer y de perfeccionarse con el tiempo y esfuerzo. Exigen simples aparatos de comunicación, como si la luz espiritual se transmitiese de la misma manera que la luz eléctrica por una bombilla. Ningún árbol nace produciendo frutos, y cualquier facultad noble requiere perfeccionamiento. La mediumnidad tiene, pues, su propio camino de evolución. No es posible premiar al estudiante en el curso superior, sin que se haya aplicado en los cursos preparatorios, a través de algunos años de lucha, esfuerzo y disciplina. De ahí, André, nuestra legítima preocupación frente a la tesis animista, que pretende cargar toda la responsabilidad del trabajo espiritual en una cabeza únicamente, en la del médium. Necesitamos de apelaciones superiores que animen a los cooperadores primerizos, dándoles recursos más amplios de conocimientos en la senda recorrida por ellos mismos, para que la espiritualidad santificante llene los fenómenos y estudios relativos al espíritu.

Hizo una pequeña pausa que no me atreví a interrumpir, fascinado por la elevación de los conceptos oídos, y continuó:

-Veamos tu sugerencia: Los reflejos condicionados se encuadran, efectivamente, en el asunto, no obstante, debemos investigar apreciaciones más serias. Los animales de Pavlov demostraban capacidad mnemónica: memorizaban hechos por asociaciones mentales espontáneas. Lo que quiere decir que movilizaban materia sutil, independiente del cuerpo denso, que

jugaban con fuerzas mentales en su conjunto de impulsos primitivos. Si las “conciencias fragmentarias” del experimento eran capaces de utilizar esa energía, provocando la repetición de determinados fenómenos en el cuerpo físico, ¿qué prodigios no realizará la mente de un hombre, cediendo, no sólo a simples reflejos condicionados, sino a emisiones de otra mente en sintonía con la suya? Considerando esto, es vital que el médium crezca en valor propio. Sucesos extraordinarios y desconocidos existen en todos los rincones de la vida, pero la elevación exige una búsqueda cuidadosa. Nadie recibirá las bendiciones de la cosecha, sin el sudor de la siembra. Pero, lamentablemente, la mayor parte de nuestros amigos parece desconocer tales imposiciones de trabajo y de cooperación: exigen facultades completas. El médium es automáticamente descalificado sino tiene la suerte de exhibir una absoluta armonía con los desencarnados, en el triple campo de las fuerzas mentales, periespirituales y fisiológicas. ¿Comprendes la dificultad?

Sí, comenzaba a entender. Pero, las explicaciones, eran demasiado fascinantes para que me emitiese cualquier opinión, por eso mantuve la postura del humilde aprendiz.

El asistente percibió mi íntima actitud y continuó:

–Buscando un símbolo más sencillo, imaginemos al médium como un puente que une dos planos, entre los cuales se estableció una aparente continuidad, en virtud de la diferencia del campo vibratorio de la materia. Para ser un médium relativamente exacto, es imprescindible que haya aprendido a ceder, y no todos ellos realizan, en poco tiempo, tal adquisición, que reclama devoción a la felicidad del prójimo, elevada comprensión del bien colectivo y un avanzado espíritu de ayuda fraternal y serena superioridad en las fricciones con la opinión ajena. Para conseguir una postura de esa naturaleza, es necesario refugiarse frecuentemente en la *morada de los principios superiores*. Su mente ha de fijarse en las zonas más altas del ser,

donde aprenderá el valor de los conceptos sublimes, renovándose y quintaesenciándose para constituir un modelo de los que contemplan su trayectoria. El hombre, para auxiliar en el presente, tiene obligación de vivir en el futuro de la raza. La vanguardia le impone la soledad y la incomprensión, a veces dolorosa, sin embargo, la Ley nos impone adquirir para que podamos dar. Nadie puede enseñar caminos que no haya recorrido antes. De ahí nace, tratándose de la mediumnidad edificante, la necesidad de fijación de las energías instrumentales en el santuario más alto de la personalidad. Los fenómenos –no importa su naturaleza– asedian a la criatura en todas partes. La ciencia legítima es la conquista gradual de las fuerzas y operaciones de la naturaleza, que se mantenían ocultas a nuestro conocimiento. Y como somos hijos del Dios Revelador, infinito en grandeza, tendremos siempre delante ilimitados campos de observación, cuyas puertas se abrirán a nuestro deseo de conocimiento, según desarrollemos nuestros méritos. Por eso, André, consideramos que la mediumnidad más estable y más bella comienza, entre los hombres, en el imperio de la intuición pura. Moisés desempeñó su tarea, obligado por las circunstancias que le rodeaban; recibe, bajo una intensa emoción, los sublimes principios del decálogo, creyendo enfrentarse con figuras y voces materializadas del plano espiritual, pero al mismo tiempo que transmite el “no matarás”, no parece muy inclinado al inquebrantable respeto por la vida ajena. Su doctrina, aunque respetable, se basa en el exclusivismo y en el temor. Con Jesús, el aspecto de la mediumnidad es diferente. El Maestro se mantiene en permanente contacto con el Padre, a través de la propia conciencia, del propio corazón, transmite a los hombres la Revelación Divina, viviéndola en sí mismo, no reclama justicia ni pide comprensión inmediata, ama a las criaturas y las sirve, manteniéndose unido a Dios. Por eso, el Evangelio es un mensaje de confianza y de amor universal. Vemos, pues, dos tipos de médiums del propio Cielo, totalmente diferentes, mostrando cual es el modelo deseable. En la mediumnidad común, por tanto, el

colaborador trabajará con su propia materia mental, sufriendo las imprecisiones naturales ante la investigación terrestre. Pero después de adaptarse a los imperativos nobles de la renuncia personal, construirá, no rápidamente, sino a costa de un incesante trabajo, el templo interior de servicio en el que reconocerá la superioridad del programa divino por encima de sus caprichos humanos. Alcanzada esa realización, ya estará preparado para sintonizar con el mayor número de desencarnados y encarnados, ofreciéndoles, como puente benefactor, la oportunidad de reencontrarse unos con los otros, en la posición evolutiva en que permanezcan, a través de conversaciones constructivas. Debo decirte que no hablamos aquí de las facultades accidentales, que aparecen y desaparecen entre los posibles aprendices, sin espíritu de orden y de disciplina, verdaderos globos de ensayo para los vuelos del porvenir, nos referimos a la mediumnidad aceptada por el médium y encaminada en cualquier situación para el bien general. En cuanto a actividades y tareas, debemos destacar los patrones que le correspondan, y esto es lo característico de los instrumentos espirituales en las esferas superiores. Lógicamente, es imposible alcanzarlo de una vez; toda obra necesita un comienzo.

Como captó en mis ojos la emoción que sentía ante estos conceptos, el asistente modificó la inflexión de su voz y me tranquilizó:

–Volviendo a Cristo, hay que reconocer que el Maestro vivió aislado en el *monte divino de la conciencia*, abriendo camino a los valles humanos. Claro está que ninguno de nosotros tenemos la pretensión de copiar a Jesús; pero necesitamos inspirarnos en sus lecciones. Hay millones de seres humanos, encarnados y desencarnados, con la mente fija en la región menos elevada de los impulsos inferiores, absortos por las pasiones instintivas, por los remanentes del pasado vil, sujetos a los reflejos condicionados de las perturbaciones a las que se entregaron. Otros tantos se mantienen, unidos a la carne y fuera de ella, en

la actividad desordenada, en manifestaciones afectivas sin rumbo, en el apego desvariado a la forma que pasó o a la situación que no se justifica más; otros, todavía, se detienen en la posición beata del misticismo religioso exclusivo, sin realizaciones personales en el sector de la experiencia y del mérito, que les integre en el cuadro de la legítima elevación. Al desencarnar, la situación prosigue casi siempre inalterada para el periespíritu, fruto del trabajo paciente y de la larga evolución. Ese cuerpo astral, aunque formado por elementos más plásticos y sutiles, todavía es una construcción material que mantiene la conciencia. Mucha gente, en el plano de la Costra terrestre, conjetura que el cielo les vestirá con la túnica angelical, inmediatamente que baje el cuerpo físico al sepulcro. Pero esto es un grave error en el terreno de las expectativas. Naturalmente, no nos referimos, a espíritus de la condición de un Francisco de Asís ni a criaturas extremadamente perversas, uno y otros no encajan en nuestro cuadro: el máximo y el mínimo de la evolución terrestre no entran en nuestras reflexiones; hablamos de personas normales, como nosotros mismos que vamos en jornada progresiva, para llegar a la conclusión de que, según sea el estado mental que alimentemos, así serán las inteligencias, desencarnadas o encarnadas, que atraigamos, y de las que nos convertimos en instrumentos naturales de modo indirecto. Y la realidad, amigo mío, es que todos nosotros, que nos contamos por centenas de millones, no prescindimos de médiums iluminados, aptos para colocarnos en comunicación con las fuentes del abastecimiento Superior. Necesitamos del auxilio de lo alto, requerimos la ayuda de los benefactores que están encima de nuestros parajes. Para esto, hay que organizar recursos de receptividad. Nuestra mente sufre sed de luz, como el organismo terrestre tiene hambre de pan. Amor y sabiduría son sustancias divinas que mantienen nuestra vitalidad.

El instructor hizo breve interrupción y añadió:

–¿Comprendes ahora la importancia de la mediumnidad, es decir de la elevación de nuestras cualidades receptivas para alcanzar la sintonía necesaria con los manantiales de la vida superior?

–Sí –respondí–, había entendido las observaciones en toda su extensión.

–No podemos organizar este servicio de fuera adentro –prosiguió Calderaro– y sí del interior hacia el exterior. El hombre encarnado, casi siempre entusiasmado por el sueño de la ilusión, puede comenzar por el fenómeno, pero, según despierte las energías más profundas de la conciencia, sentirá la necesidad del reajuste y regresará a la causa para perfeccionar los efectos. Es una obra de construcción, de tiempo y paciencia...

A esa altura de la conversación, el instructor me invitó a asistir a una señora, médium en proceso de formación, que recibía su ayuda para proseguir en la tarea, con la fortaleza y serenidad indispensable.

Dándome esta oportunidad, me dijo:

–Este caso es interesante. Observarás conmigo los obstáculos creados por la tesis animista.

Eran las ocho de la tarde, cuando entramos en una casa confortable. Varias entidades de nuestro plano estaban allí al lado de once compañeros reunidos en sesión íntima, consagrada al servicio de la oración y del desarrollo psíquico. En la entrada nos recibió un atento colega, a quien fui presentado.

Me dio unas informaciones resumidas que anoté. Había sido también médico. Dejó el cuerpo físico antes de concretar viejos planes de asistencia fraternal a sus innumerables enfermos pobres. Tenía la alegría de una conciencia tranquila, se había

dedicado al bien general cuanto le fue posible, sin embargo, viendo la probabilidad de hacer algo más allá del sepulcro, había recibido permiso para cooperar con aquel reducido grupo de amigos, con el objetivo de socorrer a los enfermos desamparados. El intercambio con los desencarnados no podía transformar a los hombres en ángeles de un día para otro, pero sí podía ayudarles a ser mejores. Sería imposible instalar el paraíso en la Tierra en algunas semanas, pero era lícito cooperar en el perfeccionamiento de la sociedad terrestre, estimulando la práctica del bien y la devoción a la fraternidad. Con ese fin, estaba allí, interesado en contribuir en la protección a los enfermos menos favorecidos.

Admirado, me mantuve en silencio, pero Calderaro preguntó, cortésmente, después de informarse de la situación.

¿Y cómo te va en el desarrollo de tus elevados propósitos?

–Con muchas dificultades –informó el interpelado– los recursos de comunicación a mi alcance todavía no inspiran confianza a la mayoría de los compañeros encarnados. No me interesa comparecer aquí con ningún título ni deseo ofrecer tesis nuevas, compitiendo con el mundo médico. Ahora me guía, solamente, el sano deseo de practicar el bien. Pero...

–¿Aún no oyeron tus ruegos, por intermedio de Eulalia? –preguntó mi instructor.

–No, de momento, no. Siempre la misma sospecha de animismo, de mistificación inconsciente...

En medio de la conversación, el director espiritual de la casa invitó al colega a comunicarse. Había llegado la hora convenida, podía acercarse a la médium.

Nos acercamos al grupo de amigos, inmersos en una profunda

concentración.

Mientras el recién conocido se acercaba a una señora, ensayando la transmisión del mensaje que deseaba pasar al plano carnal, Calderaro me dijo:

–Observa el conjunto. Yo ya hice mis observaciones.

Con excepción de tres personas, los otros ocho guardan una actitud favorable. Todos esos se encuentran en la posición de médiums, por la pasividad que demuestran. Analiza a la hermana Eulalia y reconocerás que posee el estado receptivo más adelantado, de los ocho posibles cooperadores, es la que más se aproxima al tipo necesario. No obstante, nuestro amigo médico no encuentra en su organización psicofísica elementos afines perfectos: la médium no se une a él a través de todos sus centros periespirituales, no es capaz de elevarse a la misma frecuencia de vibración en que se halla el comunicante, no posee suficiente “espacio interior” para compartir sus ideas y conocimientos; no tiene entusiasmo total por la ciencia, por no traerlo todavía de otras existencias, ni haber emprendido en la vida actual el necesario trabajo de evolución. Eulalia manifiesta, con todo, un gran poder –el de la buena voluntad creadora, sin el cual es imposible el inicio de la ascensión a las zonas más altas de la vida. Es la puerta más importante, por la que se comunicará con el médico desencarnado. Este, a su vez, para realizar el noble deseo que le anima, se ve obligado, en vista de las circunstancias, a dejar de lado la nomenclatura oficial, la técnica científica, las palabras que le son habituales, las nuevas definiciones y su nombre respetado en el círculo de los conocidos y de sus pacientes, Podrá identificarse con Eulalia para el mensaje preciso, usando también, a su vez, la buena voluntad; Y, adoptando esta forma de comunicación, se valdrá, por encima de todo, de la comunión mental, reduciendo al mínimo la influencia sobre los centros neuropsíquicos, ya que, en materia de mediumnidad, hay tipos idénticos de facultades, pero enorme desigualdad en los grados

de capacidad receptiva, que varían infinitamente, como las personas.

El instructor guardó silencio por unos momentos y prosiguió:

–No se nos olvide que formamos ahora un equipo de trabajadores en acción experimental. Ni el comunicante llegó a concretar las bases de su proyecto, ni la médium consiguió todavía suficiente claridad ni permeabilidad para cooperar con él. En un terreno de actividades definidas podríamos actuar a voluntad. Aquí, no, nuestro procedimiento debe ser de neutralidad mental, no de interferencia. Comprendiendo, pues, que todos los recursos se aprovechen para el éxito de la loable edificación, ninguno de nosotros intervendrá, perturbando o consumiendo tiempo. Nos permiten intercambiar ideas, analizar los hechos, pero con absoluta imparcialidad de ánimo. El momento pertenece al comunicante, que no dispone de instrumento más perfecto para la transmisión.

En ese instante, me señaló al colega que, de pie junto a Eulalia, mantenía la mente iluminada y vibrante en un admirable esfuerzo por derruir la muralla natural, entre nuestro plano y el de la materia densa.

–Nota esto –me dijo Calderaro, con significativa inflexión de voz–, todos los compañeros en posición receptiva están absorbiendo la emisión mental del comunicante, cada cual a su modo. Observa con cuidado.

Circulé alrededor de la mesa y vi que los rayos de fuerza positiva del mensajero efectivamente incidían en ocho personas. Reconocí que el tema central del deseo formulado por nuestro amigo, en lo tocante al proyecto de asistencia a los enfermos, alcanzaba el cerebro de los que se conservaban en actitud pasiva, en la pantalla de concentración de energías mentales, cada hermano recibía el influjo sugestivo, que de inmediato les

provocaba la *asociación libre* de los psicoanalistas.

Miré los detalles con atención.

Al recibir la emisión de fuerzas del trabajador del bien, un caballero recordó un emocionante episodio vivido en un hospital, otro rememoró a una enfermera bondadosa con la que se relacionó, otro abrigó pensamientos de simpatía hacia los enfermos desamparados, dos señoras se acordaron de la caritativa misión de Vicente de Paul, a una anciana acudió la idea de visitar a algunas personas enfermas que le eran queridas, un joven se acordó de un libro que había leído sobre la piedad fraternal con todos los enfermos.

Examiné también a las tres personas que se mantenían impermeables al servicio benemérito de aquella hora. Dos de ellas se lamentaban por haberse perdido una película, y la otra, una señora madura, tenía la mente en el recuerdo de las ocupaciones domésticas, que creía eran imperiosas e inaplazables, incluso allí, en un círculo de oración, donde debiera beneficiarse con la paz.

Solamente Eulalia recibía la comunicación con más nitidez. Se sentía a su lado, se envolvía en sus pensamientos, tenía no sólo receptividad, sino también buena disposición para el trabajo.

Transcurridos algunos minutos de expectativa y de preparación silenciosa, la mano de la médium, orientada por el médico y movida en cooperación con los estímulos psicofísicos de la señora, comenzó a escribir, con caracteres irregulares, presentando el conflicto natural de dos "cosmos psíquicos" diferentes, pero empeñados en un solo objetivo –una obra elevada.

Acompañé la escena con interés.

Algunos momentos más, y se hacía la lectura del pequeño texto obtenido.

El comunicado estaba expuesto en forma sencilla, como un ruego fraternal.

“Hermanos –escribió el emisario– que Dios os bendiga. Identificados en la construcción del bien, debemos trabajar en la asistencia a los enfermos, necesitados de nuestra ayuda en los largos sufrimientos de la prueba terrestre. El trabajo pertenece a la buena voluntad unida a la fe viva. Y la siembra reclama trabajadores abnegados, que ignoren el cansancio, la tristeza y el desánimo. Sigamos hacia adelante. Cada pequeña demostración de esfuerzo propio, en las realizaciones de la caridad, recibirá del Señor la bendición divina. Aprendamos, pues, a ayudar a nuestros amigos enfermos que a través de la espesa noche de dolor, sufren y lloran, muchas veces en pleno abandono. ¿No os entristece contemplar eso? Acordémonos del Médico Divino que pasó, por el mundo, haciendo el bien. De Él recibiremos la fuerza necesaria para progresar. Estará con nosotros en la gran jornada de compasión por los que padecen. Confiamos en vosotros, en vuestra dedicación a la causa de la bondad evangélica. La senda será tal vez difícil, pero, el Señor permanecerá con nosotros. Prosigamos, con valentía, y que Él nos bendiga ahora y siempre”.

El comunicante firmó con su nombre, y, enseguida se cerraron los servicios espirituales de la noche.

El director del Centro, inició junto con sus compañeros el estudio y debate del mensaje. Se acordó que era edificante en la esencia, pero no presentaba rasgos concluyentes de la identificación individual, no procedía, posiblemente, del conocido profesional que lo firmó, faltaban las características especiales, pues un médico usaría una nomenclatura adecuada, y se apartaría del lenguaje vulgar.

Y la tesis animista apareció como una tabla de salvación para todos. La conversación derivó hacia complicadas referencias al mundo europeo: se habló extensamente de Richet y la Metapsíquica internacional; Pierre Janet, Charcot, De Rochas y Aksakoff salían a colación en cada momento.

El comunicante, en nuestro plano de acción, se dirigió, desilusionado, a mi instructor y comentó:

–¡Caramba! Jamás quise despertar semejante polémica. Pretendíamos algo diferente, nos bastaría un poco de amor para los enfermos, nada más.

Calderaro sonrió, sin decir palabra, y mostrando preocupación por un objetivo más importante, se acercó a Eulalia, entristecida.

La médium oía la conversación con amargura.

Ahora tenía su mente empañada por densos velos de duda. Los argumentos que oía le nublaban su entendimiento. Los ojos se llenaban de lágrimas, que no llegaban a caer.

Acercándose a ella, el instructor me dijo:

–Nuestros amigos encarnados no siempre examinan las situaciones por el prisma de la justicia real. Eulalia es una sincera colaboradora. Aunque no posea una gran cultura en el terreno científico, es lo suficientemente rica de amor para contribuir a la siembra de luz. No tiene la debida acogida entre sus compañeros sin vigilancia. Permanece sola y, asediada como está, es susceptible de abatirse. Ayudémosla sin demora.

La diestra del asistente sobre la cabeza de nuestra respetable hermana irradiaba brillantes rayos, que descendían de la cabeza al tórax, como un flujo renovador.

La médium, que antes parecía torturada, calmando con dificultad la natural reacción a las opiniones que oía, volvió a la serenidad. No mostró el descontento y se disipó la tristeza, los centros periespirituales volvieron a la normalidad. La epífisis irradió una suave luz. Las nubes de la amargura, que llevaba en su mente, se esfumaron como por encanto. En resumen, amparada por la actuación directa de mi instructor, Eulalia sabía las dificultades de su trabajo y se sumergía gradualmente en el ameno clima de la comprensión.

Una vez restablecida la calma, el instructor, conservó las manos apoyadas en los lóbulos frontales, actuando sobre las fibras de inhibición. Observé, entonces, un nuevo cambio. La mente de la médium parecía aislarse, desinteresándose de la conversación y estando más atenta a nuestro campo de acción. El contacto benéfico del asistente eliminaba, de modo imperceptible para ella, el interés por la poco práctica conversación, convocándola a un intercambio más íntimo con nosotros.

Con ternura paternal y conservando las manos en la misma postura, se inclinó a sus oídos y le dijo cariñosamente:

-Eulalia, ¡no te desanimes! La fe representa la fuerza que sustenta al espíritu en la vanguardia del combate por la victoria de la luz divina y del amor universal. Nuestros amigos no te acusan, ni te hieren, sólo duermen en la ilusión y sueñan, apartados de la verdad, discúlpales. Ellos despertarán más tarde para el esfuerzo de esparcir el bien... Investigan con los ojos la superficie de las cosas, pero, sus oídos aun no escucharon la sublime llamada para la redención. Sigamos hacia adelante. Estaremos contigo en la tarea diaria. Es necesario amar y perdonar siempre, olvidando el día oscuro, para alcanzar los milenios luminosos. ¡No desfallezcas! El Padre Eterno te bendecirá.

Noté que Eulalia no registraba aquellas palabras con los

tímpanos de carne. Brotó una luz intensa de sus lóbulos frontales. Las frases conmovedoras del instructor inundaron su cerebro y su corazón, como pensamientos sublimes que caían del cielo, saturados de calor reconfortante y bendito.

Sí –respondía la devota colaboradora, desde el fondo del alma, aunque sus labios permaneciesen cerrados en el incomprensido silencio– trabajaría hasta el fin, consciente de que el servicio de la verdad pertenece al Señor, y no a los hombres. Olvidaría todos los golpes. Recibiría las objeciones de los demás, transformándolas en auxilios. Convertiría las opiniones desalentadoras en motivos de nueva energía. Reconocería sus propios defectos, siempre que fuesen señalados por la franqueza de alguien, agradeciendo la oportunidad de corregirlos en lo posible. Caminaría hacia adelante. La mediumnidad sería un campo de trabajo, donde perfeccionaría sus sentimientos, sin pensar en los medios para servirla: ¿Qué le importaban, realmente, las dificultades psicográficas, si le impulsaba un corazón dispuesto a amar? Si, sobre todo, oiría las sugerencias del bien. ¿Sería fiel a Dios y a sí misma? Si los compañeros humanos no le entendían ¿no le quedaba el consuelo de ser comprendida por los amigos de la vida espiritual? Al término de la experiencia terrestre, habría suficiente luz para todos. Le correspondía creer, trabajar, amar y esperar en el Divino Señor.

El asistente retiró las manos, dejándole libre y, acercándose a mí, dijo:

–Nuestra hermana ha sido auxiliada y está bien, ¡loado sea Dios!

Observando los luminosos lóbulos frontales de la médium, expresé a Calderaro mi admiración.

El instructor, me informó:

–Eulalia, en este instante, se fija mentalmente en la región más alta que le es posible. Se recoge y se calma en el santuario más íntimo, para comprender y disculpar con provecho.

Señalando la referida región cerebral, concluyó:

–En los lóbulos frontales, André, que son la exteriorización fisiológica de centros periespirituales importantes, reposan millones de células que esperan, para funcionar, el esfuerzo humano en el sector de la espiritualización. Ningún hombre entre los más destacados pensadores de la Humanidad, desde el pasado hasta nuestros días, logró jamás utilizarlas en la décima parte. Son fuerzas de un campo virgen, que el alma conquistará, no sólo en continuidad evolutiva, sino también a golpes de autoeducación, perfeccionamiento moral y elevación sublime, para ese servicio, amigo mío, sólo la fe vigorosa y reveladora puede darle impulso, como un faro a la vanguardia del progreso individual.

10. PÉRDIDA DOLOROSA

Por la noche, nos encontramos con un afligido corazón materno. La entidad, que nos dirigía la palabra, infundía compasión por su aspecto de horrible sufrimiento.

–¡Calderaro! ¡Calderaro! –rogó, ansiosa– ampara a mi hija, ¡mi desventurada hija!

–¡Oh! ¿Habrá empeorado? –preguntó el instructor, demostrando que conocía la situación.

–¡Mucho! ¡Mucho!... –gimieron los temblorosos labios de aquella madre afligida–; creo que enloqueció del todo...

–¿Perdió la gran oportunidad?

–Todavía no –informó la interlocutora–, pero se encuentra cerca del desastre.

El instructor prometió ayudar a la enferma en breves minutos, y volvió conmigo.

Interesándome en el asunto, el asistente resumió la información.

–Se trata de un hecho lamentable –me explicó–, en el que la ligereza y el odio son los elementos perversos. La hermana que se acaba de despedir dejó a una hija en la Costra planetaria, hace ocho años. Criada con mimos excesivos, la joven se desarrolló sin conocer la responsabilidad ni el trabajo, aunque pertenecía a un alto nivel social. Hija única y entregada desde muy temprano a los caprichos, tan pronto se encontró sin la asistencia materna en el plano carnal, dominó gobernantas, sobornó criadas, burló la

vigilancia paterna y, rodeada de facilidades materiales, se precipitó a los veinte años, en los desvaríos de la vida mundana. Así, sin, protección, víctima de las circunstancias, no se preparó convenientemente para enfrentar los problemas de su propio rescate. Sin la protección espiritual que supone la pobreza, sin los benditos estímulos de los obstáculos materiales, y teniendo en contra de sus necesidades espirituales, una belleza espectacular, la pobrecita renació seguida de cerca, no por un enemigo propiamente dicho, sino por un cómplice de faltas graves, desencarnado desde hacía mucho, al que se había vinculado por tremendos lazos de odio, en un pasado próximo. De esa forma, abusando de la libertad y sumergida en una ociosidad reprobable, se quedó embarazada sin pareja estable. Viéndose en esta situación, a los veinticinco años, soltera, rica y con un apellido prestigioso, no quiere aceptar los compromisos asumidos y lucha para deshacerse del hijito, que es el mismo compañero del pasado al que me referí. Ese infeliz, por la misericordia divina, busca de esta manera aprovechar el error de la ex-compañera para la realización de un servicio redentor, con la supervisión de nuestros superiores.

Ante mi asombro, ya que sabía que la reencarnación constituye siempre una bendición que se realiza con la ayuda superior, el asistente me comentó, tranquilizándome:

–Dios es el Padre amoroso y sabio que siempre convierte nuestras faltas en remedios amargos, que nos curen y fortalezcan. Por eso, Cecilia, a la que dentro de poco visitaremos, podría recoger de su irresponsabilidad un recurso, capaz de rectificar su vida... Pero, la infortunada reacciona mal al socorro divino, con una conducta lastimosa y perversa. Cooperó en los trabajos para asistirle, desde hace algunas semanas, gracias a las reiteradas y conmovedoras intercesiones maternas, junto a nuestros superiores. Sin embargo, no confió en su rehabilitación. Los lazos entre madre e hijo son de amargura y odio, formando energías de desequilibrio. Esos vínculos expresan el hecho de que

el espíritu femenino debe refugiarse en el santuario de la renuncia y de la esperanza, si pretende la victoria. Para eso, para nivelar caminos salvadores y perfeccionar sentimientos, el Señor creó el tibio y suave nido del amor materno, pero cuando la mujer se rebela, insensible a las sublimes vibraciones de la inspiración divina, es difícil o imposible, ejecutar el programa proyectado. La infortunada, dando alas al condenable anhelo, buscó a médicos que, amparados desde nuestro plano, se negaron a satisfacer su criminal intento. Se valió, entonces, de medicamentos, de los que viene abusando intensivamente. Su situación mental es de lastimoso desvarío.

Terminado el breve preámbulo, Calderaro continuó: –Pero, no tenemos un minuto que perder. Visitémosla.

Transcurridos algunos instantes, penetrábamos en una casa confortable.

Tumbada en el lecho, una mujer joven se debatía en convulsiones atroces. A su lado se hallaban la entidad materna, en la esfera invisible, y una enfermera terrestre, de esas que, a fuerza de presenciar enfermedades y dramas morales, se vuelven poco sensibles al dolor ajeno.

La madre de la enferma se adelantó y nos dijo:

–¡La situación es muy grave! ¡Ayúdenla, por piedad! Mi presencia aquí se limita a impedir el acceso de elementos perturbadores que la persiguen, implacables.

El asistente se inclinó hacia la enferma, sereno y atento, y me recomendó cooperar en el examen particular de su cuerpo físico.

La compasión fraternal nos dispensará de la triste narrativa referente al embrión que iba a ser expulsado.

En cuanto a los efectos de la medicación en su mente alucinada, nos cabe apenas decir que la situación de la joven era impresionante y deplorable.

Todos los centros endocrinos estaban en desorden, y los órganos autónomos trabajaban aceleradamente. El corazón presentaba una extraña arritmia, y las glándulas sudoríparas se esforzaban en vano por expulsar las toxinas en verdadero torrente invasor. En los lóbulos frontales, la sombra era completa, en la corteza encefálica la perturbación era manifiesta. Solamente en los ganglios básicos existía una suprema concentración de energías mentales, notando que la infeliz criatura se había refugiado en el campo más bajo del ser, dominada por los impulsos desintegradores de sus propios sentimientos, desviados e incultos. De los ganglios básicos, donde se reunían las irradiaciones más fuertes de la mente alucinada, descendían estiletes oscuros, que asaltaban las trompas y los ovarios, entrando en el útero como flechas de tinieblas e incidiendo sobre el embrión de cuatro meses.

El cuadro era horrible.

Buscando sintonizarme con la enferma, oía sus expresiones crueles, en el campo del pensamiento.

Le odio!... ¡odio a este hijo intruso que no pedí a la vida!... ¡Le expulsaré!... ¡Le expulsaré!...

La mente del hijito, en proceso de reencarnación, como si estuviese despierta en un sueño suave, suplicaba, llorosa:

¡Cuídame! ¡Cuídame! ¡Quiero despertar al trabajo! ¡Quiero vivir y reajustar el destino... ayúdame! ¡Rescataré mi deuda..., te pagaré con amor... no me expulses! ¡Ten caridad!...

–¡Nunca! ¡Nunca! ¡Maldito seas! –decía mentalmente la

desventurada- ¡Prefiero morir a recibirte en los brazos! ¡Me envenenas la vida y me estorbas en mi camino! ¡Te detesto! ¡Morirás!...

Y los rayos tenebrosos continuaban descendiendo a chorros.

Calderaro levantó la cabeza, me encaró de frente y preguntó:

-¿Captas la extensión de la tragedia?

Respondí afirmativamente, emocionado. En ese instante, Cecilia se dirigió con decisión a la enfermera:

-Estoy cansada, Liana, muy cansada, pero exijo la intervención esta noche.

-¡Oh! ¿Pero así, en ese estado? -dijo la otra.

-Sí, sí -expresó la enferma, inquieta- no quiero aplazar esa intervención. Los médicos se negaron a hacerla, pero cuento con tu profesionalidad. Mi padre no puede saber esto, y yo odio esta situación que definitivamente no voy a consentir.

Calderaro posó la diestra en la frente de la enfermera, con la intención evidente de transmitir algún argumento conciliatorio, y la enfermera dijo:

Intenta descansar, Cecilia. Quizás cambies de idea.

-No, no -objetó la imprudente futura madre, con manifiesto mal humor-, es mi última palabra. Exijo la intervención esta noche.

A pesar de la negativa, tomó un sedante que la enfermera le ofreció, atendiendo nuestra influencia indirecta.

Entró en el estado que mi instructor deseaba. Desligada parcialmente del cuerpo físico por la actuación calmante del medicamento, Calderaro aplicó fluidos magnéticos sobre el disco foto-sensible del aparato visual, y Cecilia nos vio, aunque imperfectamente, deteniéndose, admirada, en la figura de su madre.

Observé, que, mientras la madre lloraba con emoción, la hija se mantenía impasible, aunque mostrase asombro en su mirada.

La madre desencarnada avanzó, se abrazó a ella y le pidió, ansiosa:

–Hija mía, vengo a ti, para que no te lances a la siniestra aventura que planeas. Reconsidera tu actitud mental y armonízate con la vida. Recibe mis lágrimas, como un ruego del corazón. Por piedad, ¡jóyeme! no te precipites en las tinieblas cuando la mano divina te abre las puertas de la luz. Nunca es tarde para empezar, Cecilia, y Dios en su infinita devoción, transforma nuestras faltas en redes de salvación.

La mente desvariada de la oyente recordó las convenciones sociales, de modo vago, como si viviera un minuto de pesadilla indefinible.

Pero, la palabra materna, continuó: ¡Busca en tu conciencia, sobre todo! Los prejuicios son respetables, la sociedad tiene sus principios justos, pero a veces, hija, surge un momento en la esfera del destino y del dolor, en que debemos permanecer con Dios, exclusivamente. No abandones el valor ni la fe. La maternidad iluminada por el amor y por el sacrificio, es felicidad en cualquier parte, aun cuando el mundo, ignorando la causa de nuestras caídas, nos niegue recursos para la rehabilitación, desamparándonos. Ahora, quizás te enfrentes a la tormenta de lágrimas y el temporal de la incomprensión y de la intolerancia... Pero los buenos tiempos volverán... ¡El camino es pedregoso y

árido, las espinas hieren, pero tendrás junto a tu corazón, a un hijito amoroso para el futuro. Cecilia, deberías levantar tu nido de felicidad en el árbol del equilibrio, viviendo en paz el día a día y la bendición de cada noche: pero, no pudiste esperar... Cediste a los golpes de la pasión, abandonaste el ideal a los primeros impulsos del deseo. Y en lugar de construir la tranquilidad y confianza, en bases seguras, elegiste el camino peligroso de la precipitación. Ahora, es imprescindible evitar el despeñadero fatal, agarrándote al salvavidas del supremo deber. Vuelve, pues, hija mía, a la serenidad del principio, y resígnate ante el nuevo aspecto que imprimiste a tu propio camino, aceptando la maternidad dolorosa con el sacrificio de otras aspiraciones. En el silencio y en la oscuridad del rechazo social, muchas veces logramos la felicidad de conocernos. El desprecio público precipita a los más débiles en el olvido de sí mismos, levanta a los fuertes hacia Dios, manteniéndoles anónimamente en las obligaciones humildes hasta la montaña de la redención. Es probable que tu padre te maldiga, que nuestros seres más queridos en la Tierra te desprecien e intenten humillarte. Pero ¿qué martirio no ennoblecerá el espíritu dispuesto al rescate de sus deudas, con dedicación al bien y serenidad en el dolor? ¿No será mejor la corona de espinas en tu frente que el monte de brasas en la conciencia? El mal puede perdernos y desviarnos y el bien rectifica siempre. Además de eso, si la vergüenza social quizás hiera tu sensibilidad, la gloria de la maternidad resplandecerá en tu camino... Tus lágrimas rociarán una flor querida y sublime, que será tu hijo, carne de tu carne, ser de tu ser. ¿Qué no hará en el mundo la mujer que sabe renunciar? La tormenta rugirá, pero siempre fuera de tu corazón, porque, allá dentro, en el santuario divino del amor, encontrarás en ti misma el poder de la paz hasta la victoria...

La enferma escuchaba con indiferencia, dispuesta a no capitular. Recibía los ruegos maternos, sin alterar su actitud. La madre, sin embargo, movilizaba todos los recursos a su alcance, prosiguió después de un intervalo más largo:

–¡Cecilia! no te quedes en esa actitud impasible. No aísles del cerebro el corazón, para que tu razón se beneficie con el sentimiento, y puedas vencer en esta dura prueba. No des prioridad a la forma física, ni creas que la belleza espiritual y eterna radica en el cuerpo carnal, que camina hacia la descomposición. La muerte vendrá de cualquier modo, trayendo la realidad que confunde la ilusión. No persistas en el velo de la mentira. Humíllate en la renuncia constructiva, toma tu cruz y sigue hacia la comprensión más alta... En tu madero de sufrimiento íntimo, oirás las tiernas voces de un hijo bendito... Si te mortifica el abandono del mundo, será él, junto a ti, el suave representante de la divinidad... ¿Qué falta te hace el manto de las fantasías, si dos pequeños brazos suaves, te rodean cariñosos y fieles, conduciéndote a la renovación para la vida superior?

Cecilia, asombrándome con su agresividad, objetó en pensamiento:

–¿Por qué no me dijiste eso antes? En la Tierra, siempre satisfacías mis deseos. Nunca permitiste que trabajase, favoreciste el ocio, me hiciste creer en una posición más elevada que la de las otras personas, me inculcaste la suposición de que era acreedora de todos los privilegios especiales, ¡No me preparaste, en fin! Estoy sola, con un problema aflictivo... Ahora no tengo valor para humillarme... Buscar un trabajo remunerado no es el ideal que me diste, y enfrentar la vergüenza y la miseria será para mí peor que morir. ¡No!, ¡no!... ¡no desisto, ni siquiera por ti, a quien todavía quiero!... Me es imposible retroceder...

La conmovedora escena aterrorizaba. Teníamos ante nosotros el milenario conflicto de la ternura maternal con la vida real.

La venerable madre lloró más amargamente, se agarró a la hija con más vehemencia y suplicó:

–Perdóname por el mal que te hice, queriéndote demasiado...

¡Hija querida, no siempre el amor humano avanza vigilante! A veces la ceguera nos lleva a cometer errores clamorosos, que en general sólo la muerte desvanece. ¿Por qué no tienes en cuenta mi dolor? Reconozco mi participación indirecta en tu infortunio presente, pero entendiendo ahora la extensión y delicadeza de los deberes maternos, no quiero que vengas y recojas espinas en el mismo lugar donde sufro los resultados amargos de mi imprevisión. Aunque yo me haya equivocado por exceso de ternura, no te desvíes por acumulación de odio y de inconformidad. Después del sepulcro, el día del bien es más luminoso, y la noche del mal es mucho más densa y tormentosa. Acepta la humillación como bendición y el dolor como preciosa oportunidad. Todas las luchas terrestres llegan y pasan; aunque duren, no son eternas. No compliques más el destino. Acepto tus reproches que merezco por olvidarme del bosque hacia la eternidad, quedándome voluntariamente en el jardín de los caprichos, donde las flores no duran más que un fugaz minuto. Me olvidé, Cecilia, de la azada bienhechora del esfuerzo propio, con la cual debía preparar el suelo de nuestra vida, sembrando el de trabajo edificante, y todavía no lloré lo bastante para redimirme de tan lastimoso error. Sin embargo, confío en ti, esperando que no te suceda lo mismo en el camino de la regeneración. Antes mendigar el pan de cada día y recibir con amargura los desprecios de la maldad humana ahí en la Tierra, que menospreciar el pan de las oportunidades de Dios, permitiendo que la crueldad avasalle nuestro corazón. El sufrimiento de los vencidos en el combate humano es granero de luz de la experiencia. La Bondad Divina convierte nuestras llagas en lámparas encendidas para el alma. Bienaventurados los que llegan a la muerte cubiertos de cicatrices que denuncian la dura batalla. Para esos, brillará en el horizonte una perenne era de paz, ya que la realidad no les sorprende cuando el frío de la tumba sople en su corazón. ¡La verdad será una amiga generosa y la esperanza y la comprensión serán sus compañeras fieles! Vuelve en ti, hija mía, restaura el valor y el optimismo, a pesar de las

nubes amenazadoras que oscurecen tu mente en delirio... ¡Aún estás a tiempo! ¡Aún estás a tiempo!

La hija hizo un esfuerzo supremo para volver al cuerpo físico, pronunciando duras palabras de negación, inopinadas e ingratas.

Deshaciéndose de la influencia pacificadora de Calderaro, regresó gradualmente al cuerpo, con gritos groseros.

El instructor se aproximó a la madre llorosa, y le dijo:

–Desgraciadamente, amiga mía, el proceso de locura parece consumado. Ahora hay que confiarla al poder de la suprema protección divina.

Mientras la madre se deshacía en lágrimas, la hija, perturbada por las emisiones mentales en las que se complacía, se dirigió a la enfermera, reclamando:

¡No puedo! ¡No puedo más! ¡No lo soporto!... ¡Quiero la intervención ahora! ¡No quiero perder ni un minuto!

Mirando a la enfermera con terrorífica expresión, añadió:

–Tuve una pesadilla horrible... ¡Soñé que mi madre volvía de la muerte y me pedía paciencia y caridad! ¡No, no!... ¡Iré hasta el final! ¡Prefiero el suicidio!

Inspirada por mi instructor, la enfermera hizo algunas observaciones.

¿No sería conveniente aguardar más tiempo? ¿No sería el sueño un providencial aviso? El abatimiento de Cecilia era enorme. ¿No se sentiría amparada por una intervención espiritual? Podía ser oportuno aplazar la decisión.

La joven, a pesar de todo, no dio su brazo a torcer. Y, ante nuestros ojos asombrados y los de su madre desencarnada, en llanto, comenzó la operación, de un siniestro pronóstico para nosotros, que observábamos la escena, muy sensibilizados.

Nunca supuse que la mente desequilibrada pudiese infligir tanto mal al cuerpo físico.

El desorden del cosmos fisiológico se acentuó por momentos.

Penosamente sorprendido, proseguí en el examen de la situación, comprobando con espanto que el embrión reaccionaba al ser forzado, como adhiriéndose, desesperadamente, a las paredes de la placenta.

La mente del hijo comenzó a despertar a medida que aumentaba el esfuerzo de extracción. Los rayos oscuros no partían ahora sólo del encéfalo materno, eran igualmente emitidos por el embrión, provocando una mayor falta de armonía.

Después de un largo y laborioso trabajo, el pequeño ser fue retirado.

Pero, asombrado, reparé que la improvisada ginecóloga sustraía del órgano femenino solamente una pequeña porción de carne inánime, porque la entidad reencarnante como si se mantuviese atraída al cuerpo materno por fuerzas vigorosas e indefinibles, estaba en unas condiciones muy especiales, adherida al campo celular que la expulsaba. Semidespierta, en una lúgubre pesadilla de sufrimiento, reflejaba extrema desesperación, se lamentaba con gritos aflictivos y lanzaba vibraciones mortíferas, balbuceando frases incoherentes.

¿No estaríamos, allí, ante dos fieras terriblemente encadenadas una a la otra? El hijito que no llegó a nacer se había transformado en un peligroso verdugo de la psique materna. Comprimiendo

con impulsos involuntarios los vasos del útero, precisamente en la región donde se efectúa la permuta de las sangres materna y fetal, provocó un violento y abundante proceso hemorrágico.

Observé más detenidamente.

Dislocado indebidamente y mantenido allí por una extraña fuerza, el periespíritu de la entidad, que no había llegado a renacer, alcanzó con movimientos espontáneos la zona del corazón. Envolviendo los nódulos de la aurícula derecha y perturbó las vías del estímulo, provocando tremendos choques en el sistema nervioso central.

Eso agravó la hemorragia, que asumió una intensidad imprevista, obligando a la enfermera a pedir ayuda inmediata, después de retirar, como pudo, los vestigios de su obra.

–¡Le odio! ¡Le odio! –clamaba la mente materna en delirio, sintiendo aún la presencia del hijo en su organismo. –¡Nunca arrullaré a un intruso que me lanzaría a la vergüenza!

Ambos, madre e hijo, parecían ahora, por así decirlo, sintonizados en la onda de odio, porque la mente de él, exhibiendo una extraña forma de presentación a mis ojos respondía, en el auge de la ira:

–¡Me vengaré! ¡Pagarás todo lo que me haces! ¡No te perdonaré!... No me dejaste entrar de nuevo en la lucha terrena, donde el dolor, que nos sería común, me enseñaría a disculparte por el pasado delictivo y olvidar mis amarguras... Renegaste de la prueba que nos conduciría al altar de la reconciliación. Me cerraste las puertas de la oportunidad redentora, pero el maléfico poder, que impera en ti, habita también en mi alma... Trajiste a la superficie de mi razón la perversidad que dormía dentro de mí. Me niegas el recurso de la purificación, pero ahora estamos nuevamente unidos y te arrastraré hacia el abismo... Me

condenaste a muerte, y, por eso, mi sentencia es igual. No me diste el descanso, impediste mi retorno a la paz de la conciencia, pero no quedarás por más tiempo en la Tierra... No me quisiste para el servicio del amor... Por lo tanto, serás nuevamente mía para la satisfacción del odio. ¡Me vengaré! ¡Seguirás conmigo!

Los rayos mentales destructores se cruzaban, en una escena horrenda, de espíritu a espíritu.

Mientras observaba el incremento de las toxinas, a lo largo de toda la trama celular, Calderaro oraba, en silencio, invocando el auxilio exterior, según pensé. Efectivamente, de ahí a algunos instantes, un pequeño grupo de trabajadores espirituales penetró en el recinto. El asistente impartió algunas instrucciones. Deberían ayudar a la desventurada madre, que permanecería junto a la hija infeliz, hasta la consumación de la experiencia.

En seguida, el instructor me invitó a salir, añadiendo: -Se producirá la desencarnación dentro de algunas horas. El odio, André, diariamente extermina criaturas en el mundo, con intensidad y eficiencia más destructoras que la de todos los cañones de la Tierra tronando a la vez. Es más poderoso, entre los hombres, para complicar los problemas y destruir la paz, que todas las guerras conocidas por la humanidad en el transcurso de los siglos. No es una simple teoría. Viviste con nosotros, en estos momentos, un hecho pavoroso, que todos los días se repite en la esfera carnal. Establecido el imperio de fuerzas tan detestables sobre esas dos almas desequilibradas, que la Providencia procuró reunir en el instituto de la reencarnación, es necesario confiarlas de ahora en adelante al tiempo, a fin de que el dolor opere las correcciones indispensables.

-¡Oh! -exclamé afligido, contemplando el duelo de ambas mentes torturadas ¿Cómo quedarán? ¿Permanecerán así, entrelazadas? ¿Y por cuánto tiempo?

Calderaro me miró con el abatimiento del soldado valeroso que perdió temporalmente la batalla, e informó:

–Ahora, la intervención directa no vale de nada. Solo podremos cooperar con la oración del amor fraterno, aliada a la función renovadora de la lucha cotidiana. Se consumó para ambos un doloroso proceso de obsesión recíproca, de amargas consecuencias en el espacio y en el tiempo, y cuya extensión no podemos prever.

11. SEXO

Todavía bajo la impresión desagradable del drama de Cecilia, acompañé a Calderaro a un curioso centro de estudios, donde elevados mentores administran conocimientos a los compañeros que trabajan en labores de asistencia en la Tierra.

–No es un templo de revelaciones avanzadas –informó el instructor–, pero sí una institución de socorro eficiente a las ideas y trabajos de los colaboradores militantes en los talleres de amparo espiritual, en resumen, una cátedra de amistad creada para discípulos a quien ennoblece el esfuerzo perseverante.

Ante mis preguntas mentales de aprendiz, continuó, bondadoso:

–Esos amigos se reúnen una vez por semana, para oír a mensajeros autorizados en lo tocante a las cuestiones que interesan a nuestro ministerio de auxilio a los hombres. Quiero que asistas hoy, ya que el orador de esta noche comentará problemas referentes al sexo. Como estás estudiando, en estos días, los enigmas de la locura, con poco tiempo para la realización de experiencias directas, la charla creo que te vendrá muy bien.

No pudimos hablar más.

El asistente observó que ya habían comenzado los trabajos por lo que entramos inmediatamente. En efecto, estaban en plena conferencia. Cerca de dos centenares de compañeros de nuestro plano oían, atentos, al iluminado conductor de almas.

Nos sentamos y escuchamos atentamente.

El sabio orador, rodeado de viva luminosidad, hablaba sin

afectación. Con palabras bien timbradas, que penetraba en nuestro interior por su inflexión sincera, decía:

–Examinando las causas de la locura entre entidades, encarnadas o desencarnadas, la ignorancia en cuanto a la conducta sexual es uno de los factores más decisivos. La falta de comprensión humana sobre esa materia equivale a una silenciosa guerra de exterminio y perturbación, que sobrepasa, en mucho, a las devastaciones de la peste referidas en la historia de la humanidad. Vosotros sabéis que la epidemia de bubones, en el siglo VI de nuestra era, llamada “peste de Justiniano”, eliminó a casi cincuenta millones de personas en Europa y en Asia... Pues ese número expresivo constituye una bagatela, comparado con los millones de almas que las angustias del sexo destrozan todos los días. Es un problema apremiante, que ya preocupó a muchos cerebros valiosos, y no podemos enfrentarlo con palabras, de fuera hacia dentro, como los médicos superficiales, que prescriben largos consejos a los pacientes, teniendo la mayoría de las veces, un absoluto desconocimiento de la enfermedad. Ahora que nos distanciamos de las imposiciones más rígidas de la forma carnal, sin liberarnos todavía de sus leyes, que aún controlan nuestras manifestaciones, sabemos que los enigmas del sexo no se reducen a simples factores fisiológicos. No provienen de automatismos en los campos de la estructura celular, como los que caracterizan los órganos genitales masculinos y femeninos, en realidad sustancialmente idénticos, diferenciándose únicamente en la forma. Formularemos conceptos más avanzados. Allí residen fuerzas procreadoras dominantes, atendiendo a los estatutos de la naturaleza terrestre, reguladores de la vida física. Por eso tenemos, en la inquietud sexual, un fenómeno peculiar a nuestra psique, en marcha hacia las zonas superiores de la evolución.

Pero, es doloroso comprobar la falta de armonía en que se sumergen los hombres, que se refleja en los planos espirituales inmediatos a la Tierra. Han estallado innumerables movimientos

libertadores a través de los siglos, con el deseo de una vida mejor. En la Tierra han surgido a lo largo del tiempo guerras sangrientas de pueblos contra pueblos, revoluciones civiles esparciendo padecimientos innumbrables, en nombre de principios regeneradores, según los cuales se abren nuevas conquistas del derecho del mundo, sin embargo, el cautiverio de la ignorancia en el campo sexual, continúa esclavizando a millones de criaturas.

Es inútil suponer que la muerte física ofrece una solución pacífica a los espíritus en extremo desequilibrado, que entregan el cuerpo a los excesos pasionales. La locura, en que se debaten, no procede de simples modificaciones del cerebro: proviene de la ruptura de los centros del periespíritu, lo que exige largos períodos de reparación.

Indiscutiblemente, para la mayoría de los encarnados, la juventud representa un delicado período de sensaciones, en virtud de las leyes creadoras y conservadoras que rigen la familia humana. Esto, sin embargo, es accesorio y no define la realidad sustancial. El centro del sexo no se halla en el cuerpo, sino en el alma, en su sublime organización.

En el plano físico, se diferencian hombres y mujeres según sus órganos, específicos. Entre nosotros, permanece todavía el recuerdo de la existencia terrena, estando en tránsito, como nos hallamos, hacia las regiones más altas; en estas últimas sabemos que feminidad y masculinidad constituyen características de las almas acentuadamente pasivas o francamente activas.

De esta manera, podemos comprender que en la diversidad de nuestras experiencias, adquirimos, gradualmente, cualidades divinas, como son la energía y la ternura, la fortaleza y la humildad, el poder y la delicadeza, la inteligencia y el sentimiento, la iniciativa y la intuición, la sabiduría y el amor, hasta que logremos el supremo equilibrio en Dios.

Convencidos de esta realidad universal, no podemos olvidar que ninguna exteriorización del instinto sexual en la Tierra, cualquiera que sea su forma de expresión, será destruida sino transformada en el estado de sublimación. Las manifestaciones de los propios irracionales participan del mismo impulso ascensional. En los pueblos primitivos, el desarrollo sexual sobresalía por la posesión absoluta. La personalidad integralmente activa del hombre dominaba la personalidad totalmente pasiva de la mujer.

Pero, el trabajo paciente de los milenios transformó esas relaciones. La mujer-madre y el hombre-padre dieron acceso a nuevos soplos de renovación del espíritu. Con base en las experiencias sexuales, la tribu se convirtió en la familia, la choza en el hogar, la defensa armada en el derecho, la selva en la agricultura pacífica, la diversidad de los impulsos en las inmensas extensiones de territorio abrió campo a la comunión de los ideales en la patria progresista, la barbarie se convirtió en civilización. Los rudos procesos de la atracción se transformaron en los anhelos artísticos que dignifican el ser, el grito se elevó al cántico: y, estimulada por la fuerza creadora del sexo, la colectividad humana avanza, aunque lentamente, hacia el supremo blanco del amor divino. De la espontánea manifestación brutal de los sentidos menos elevados el alma camina hacia la gloriosa iniciación.

Deseo, posesión, simpatía, cariño, devoción, renuncia, sacrificio, constituyen aspectos de ese camino de sublimación. A veces, la criatura tarda años, siglos, o diversas existencias de una fase a otra. Son raros los individuos que consiguen mantenerse en el puesto de la simpatía, con el equilibrio indispensable. Muy pocos atraviesan las regiones de la posesión sin duelos crueles con los monstruos del egoísmo y de los celos, a los que se entregan con desvarío. Un reducido número recorre los departamentos del cariño sin encadenarse, por largo trecho, al exclusivismo. Y, a veces, sólo después de milenios de pruebas

duras y purificadoras, el alma consigue alcanzar el cenit luminoso del sacrificio para la suprema liberación, en el rumbo de nuevos ciclos de unificación con la divinidad.

El éxtasis del santo fue un día simple impulso, como el diamante –gota celestial elegida para reflejar la claridad divina– vivió en el aluvión, ignorado entre piedras brutas. Claro está que, así como se pule el diamante para alcanzar el pedestal de la belleza, así también el instinto sexual, para coronarse con las glorias del éxtasis, ha de doblegarse a los imperativos de la responsabilidad, a las exigencias de la disciplina, a los dictámenes de la renuncia.

Estas conclusiones, con todo, no nos deben inducir a programas de santificación compulsiva en el mundo carnal. Ningún hombre conseguiría negar la fase de la evolución en la que se encuentra. No podemos exigir que el salvaje inculto use la toga de un catedrático y empiece, de un día para otro, a enseñar Derecho Romano. Es, pues, irrisorio reclamar al hombre de mediana evolución la conducta del santo. La naturaleza, representación de la inagotable bondad, es madre benigna que ofrece trabajo y socorro a todos los hijos de la Creación. Su determinación de ampararnos es siempre tanto más fuerte, cuanto más decidido es nuestro propósito de progresar en la dirección del bien supremo.

No deseamos, por tanto, preconizar en el mundo normas rigurosas de virtud artificial, ni favorecer ningún régimen de relaciones inconscientes. Nuestra bandera es, sobre todo, la del entendimiento fraternal. Trabajemos para que la luz de la comprensión se haga entre nuestros amigos encarnados, para que las angustias afectivas no arrojen tantas víctimas a la vorágine de la muerte, intoxicadas de criminales pasiones.

Debido a la incomprensión sexual, campean incontables crímenes en la Tierra, produciendo extraños y peligrosos procesos

de locura, en todas partes.

De cuando en cuando, algunos buscan la ayuda psiquiátrica y se someten al tratamiento médico, como el músico que trae a la sala de conciertos su instrumento dañado. En los psiquiátricos encontramos, tan sólo aquellos que cayeron hasta en el abismo, amargados y vencidos. Millones de hermanos nuestros se conservan medio locos en los hogares o en las instituciones; son los compañeros incapaces de la devoción y de la renuncia, sumergiéndose poco a poco, en el pantano de las alucinaciones... Con la mente desvariada y fija en el socavón de la subconciencia, se pierden en el campo de los automatismos inferiores, obstinándose en conservar deprimentes estados psíquicos. Los celos, la insatisfacción, la falta de entendimiento, la incontinencia y la ligereza arrastran terribles fenómenos de desequilibrio.

En la Tierra se producen inquietantes cuadros mentales, obligándonos a un constante servicio de socorro, para limitar el círculo de infortunio y de pavor de los que se lanzan, incautos, a temerarias aventuras del sentimiento animalizado.

Ese complejo problema del mundo no se puede solucionar simplemente a fuerza de intervención médica, aunque sea admirable la contribución de la ciencia en el terreno de los efectos, pero sin llegar a la intimidad de las causas. La personalidad no es obra de la fábrica interna de las glándulas, sino producto de la química mental.

La endocrinología podrá hacer mucho con una inyección de hormonas, como una ayuda rápida a los conjuntos celulares, pero no sanará las lesiones del pensamiento. La genética, un poco hoy, un poco mañana, podrá interferir en las cámaras secretas de la vida humana, modificando la armonía de los cromosomas, en el sentido de imponer el sexo al embrión, pero no alcanzará la zona más alta de la mente femenina o masculina, que mantendrá características propias, independiente de la forma exterior o de

las convenciones establecidas. La medicina inventará mil modos de ayudar al cuerpo tocado en su equilibrio interno, por esa difícil labor, nos merecerá siempre una sincera admiración y ferviente amor, pero debemos practicar la medicina del alma, que ampare al espíritu envuelto en las sombras...

Es preciso encender, alrededor de nuestros hermanos encarnados en la Tierra, la luz de la compasión fraternal, encaminándoles a la responsabilidad individual. Debe existir más amor ante los valles de la demencia del instinto, y las derrotas cederán lugar a las experiencias santificantes.

¿Cómo exaltar el bendito servicio del médico a la víctima de la angustia sexual, si tiende a enfrentarle a la hostilidad de la familia? ¿Cómo salvar enfermos del alma, en una institución de beneficencia, si la sociedad castiga a los enfermos con todo el peso de su opinión y de su autoridad? Naturalmente, es una tontería rogar a la sociología la transformación inmediata de sus códigos, o imponer a la sociedad humana ciertas normas de tolerancia, incompatibles con sus necesidades de defensa. Pero podemos mantener un loable servicio de comprensión más amplia, mejorar las disposiciones de nuestros amigos encarnados en la corteza terrestre y despertarles lentamente para la solución que nos interesa a todos.

El amor espiritualizado, hijo de la renuncia cristiana, es la llave capaz de abrir las puertas del abismo donde rodaron y ruedan millares de criaturas todos los días.

Distribuyamos la bendición de la comprensión entre los hombres, extendamos una mano fuerte a todos los espíritus que se encuentran prisioneros de las sensaciones, haciéndoles sentir que los talleres del trabajo renovador permanecen abiertos a todos los hijos de Dios, perfeccionando sus sentimientos, sublimando sus impulsos y dilatando su capacidad espiritual.

Recordemos a los corazones desalentados que así es el sexo con respecto al amor, como son los ojos para la visión, y el cerebro para el pensamiento: no es más que la herramienta para exteriorizarlo. Es un error lamentable suponer que sólo la perfecta normalidad sexual, acorde a las respetables convenciones humanas, sirva de templo a las manifestaciones afectivas. El campo del amor es infinito en su esencia y manifestación. Hay que huir a las aberraciones y a los excesos; con todo, es imperioso reconocer que todos los seres nacieron en el universo para amar y ser amados. A veces, tienen más fuerza para muchos de ellos, temporalmente, los imperativos de la prueba benéfica, los deberes de la expiación, las exigencias del servicio especializado, en que estudiantes, deudores y misioneros se obligan a largas fases de hambre y sed en el corazón. Pero esto no representa un obstáculo al amor. Jesús no compartió el matrimonio normal en la Tierra, y, sin embargo, la familia de su corazón crece con los días, sus fuerzas no generaron formas pasajeras carnales, y con todo, sus energías fecundantes renovaron la civilización, transformando su curso y prosiguiendo, hasta hoy, en el perfeccionamiento del mundo. Una simbología sublime se revela en la conducta del Maestro que, de ese modo, se inclinó hacia los vencidos de la convención humana, solitarios y humillados, haciéndoles ver que es posible cooperar en la extensión del bien infinito, amando y abnegándose, con exclusión del egoísmo y del propósito inferior de ser amados, según sus propios caprichos.

La construcción de la felicidad real no depende del instinto satisfecho. El intercambio de células sexuales entre los seres encarnados, garantizando la continuación de las formas físicas en evolución, es sólo un aspecto de las multiformes permutas del amor. Hay que reconocer que el intercambio de fuerzas simpáticas, de fluidos combinados, de vibraciones sintonizadas entre almas que se aman, está por encima de cualquier exteriorización tangible de afecto, sustentando obras imperecederas de vida y de luz, en las ilimitadas esferas del

universo.

Proporcionemos, pues, una cariñosa asistencia a los que se desesperan en el mundo, sintiéndose en la transitoria condición de desheredados. Enseñémosles a liberar la mente de las mallas del instinto, abriéndoles camino a los ideales del amor santificante, recordándoles que fijar el pensamiento en el sexo, con desprecio de los demás aspectos de la realización espiritual, a través del cosmos orgánico, es estacionarse, inútilmente, en el camino evolutivo. Es entregarse, inerme, a la influencia de peligrosos monstruos de la imaginación, como el despecho y la envidia, la desesperación y la amargura, que abren ruinosas llagas en el alma y que impulsan al exclusivismo, pena que puede llevar hasta la locura y la inconsciencia. Invitémosles a abrir en su corazón horizontes más amplios. El amor encontrará siempre mundos nuevos. Y para que tales descubrimientos se coronen de luz divina, bastará a la persona el abandono de la ociosidad que por sí misma combatirá la nefasta ignorancia. Dentro de cada uno de nosotros resplandece, sin desmayo, la claridad libertadora, en el pensamiento de renovación para el bien común que debemos cultivar e intensificar cada día de la vida.

El cautiverio en los tormentos del sexo no es problema que pueda ser solucionado por literatos o médicos actuando en el campo exterior, es cuestión del alma, que demanda proceso individual de cura, y sobre ésta, solo el espíritu resolverá en el tribunal de la propia conciencia. Es innegable que todo auxilio externo es valioso y respetable, pero debemos reconocer que los esclavos de las perturbaciones del campo sensorial solo serán liberados por sí mismos, es decir, por la dilatación del entendimiento, la comprensión de los sufrimientos ajenos y de las dificultades propias, por la aplicación, en fin, del “Amaos unos a otros”, en el adoctrinamiento como en lo íntimo del alma, con las mejores energías del cerebro y con los mejores sentimientos del corazón.

La conferencia finalizó en medio del respeto general.

La palabra del orador me fascinaba. Aquellas nociones de sexología eran nuevas para mí. No eran repeticiones de compendios descriptivos, ni el fruto de frías observaciones de científicos y escritores, preocupados en adornar el efecto con palabras vacías. Nacían del verbo inflamado de amor fraternal de un orientador dedicado a las necesidades de sus hermanos aún frágiles y poco felices.

Se produjo algún movimiento en los asistentes. Comprendí que los presentes podrían formular preguntas relativas al tema de la noche, y, así fue, se hicieron varias preguntas, con preciosas respuestas, que nos ilustraron y edificaron.

La serie de preguntas continuaba cuando un compañero expuso cierta cuestión que aguzó mi curiosidad.

–Venerable instructor –dijo–, en los últimos tiempos, en la Tierra, los psicólogos encarnados, en número considerable, utilizaron los principios freudianos como bases de investigación de los disturbios del alma. Para el gran médico austriaco, casi todas las perturbaciones psíquicas radican en el sexo desviado. Pero, algunos discípulos suyos cambiaron esa teoría. Corrigiendo la tesis de las alucinaciones eróticas que el psicoanálisis aplicó largamente a los propios niños, en el estudio de los sueños y de las emociones, pensadores eminentes opusieron la afirmación de que todo hombre y toda mujer son portadores del deseo innato de darse importancia, lo cual les compele a mantener impulsos primitivos de dominación. Otros exponentes de la cultura intelectual afirman, a su vez, que el ser humano es el depositario de todas las experiencias de la raza, trayendo consigo un amplio arsenal de tendencias para determinadas líneas del pensamiento.

El consultante hizo una pausa, ante el silencio general que reinaba alrededor de su pregunta y prosiguió:

–Sabemos hoy, distantes del cuerpo denso de carne, que la vida del espíritu es desconcertante en sorpresas para la ciencia terrestre; pero, ya que nos consagramos a la tarea de auxiliar a los compañeros torturados de la Costra planetaria, ¿no podríamos recibir explicaciones adecuadas al respecto, para enfrentarnos a ellas?

El sabio instructor no se hizo rogar y aclaró:

–Creo saber lo que desea. Se refiere usted a los movimientos del psicoanálisis, dirigidos por Freud y por dos corrientes distintas de sus colaboradores. El notable científico centralizó su teoría en el impulso sexual, confiriéndole un carácter absoluto; mientras las dos corrientes de psicólogos, inicialmente afiliadas a él, se diferenciaron en la interpretación. La primera estudia el deseo congénito de la criatura, en lo que respecta al relieve personal, mientras la segunda proclama que, más allá de la satisfacción del sexo y de la importancia de la persona, existe el impulso de la vida superior que tortura al hombre terrestre más aparentemente feliz. Para el círculo de estudiosos esencialmente freudianos, todos los problemas psíquicos de la personalidad se resumen en la angustia sexual, para gran parte de sus colaboradores, las causas se extienden a la adquisición de poder y a la idea de superioridad. Por nuestra parte diremos, que las tres escuelas se identifican, teniendo todas ellas cierta dosis de razón, faltándoles, sin embargo, el conocimiento básico de la reencarnación. Representan bellos edificios científicos, pero sin el tejado de la lógica. No podemos afirmar que todo, en los círculos carnales, sea sexo, deseo de importancia y aspiración superior. Sin embargo, podemos asegurar desde nuestra posición actual que todo, en la vida, es impulso creador. Todos los seres que conocemos, del gusano al ángel, son herederos de la Divinidad que nos da la existencia, y todos somos depositarios de facultades creadoras. El vegetal, instigado por el heliotropismo, surge en el paisaje, distribuyendo la vida y renovándola. La luciérnaga brilla en la sombra, buscando perpetuarse. El batracio siente vibraciones de

amor y de paternidad en los escondrijos del charco. Aves minúsculas viajan largas distancias, recogiendo material para tejer un nido. La fiera olvida la índole salvaje, al lamer, con ternura, a un hijo recién nacido. Y más de la mitad de los millones de espíritus encarnados en la Costra terrestre, con la mente fija en la región de los movimientos instintivos, concentran sus facultades en el sexo, del que se derivan naturalmente los más amplios y frecuentes trastornos nerviosos, son compactas legiones, en las inmediaciones del paisaje primitivo de la evolución planetaria, hermanos nuestros en la infancia del conocimiento, que aún no saben crear sensaciones y vida sino a través de los recursos de la fuerza sexual. Una gran mayoría de criaturas, sin embargo, habiendo conquistado la razón, por encima del instinto, permanecen en los desatinos de la prepotencia, seducidas por el capricho autoritario, hambrientas de evidencia y realce, aunque muchas veces apoyados en el trabajo provechoso y en las pasiones nobles... Un pequeño grupo de hombres y mujeres, por fin, después de alcanzar el equilibrio sexual en la zona instintiva del ser y después de obtener los títulos que les otorga su trabajo y con los que dominan en la vida, rigiendo sus propias energías, en pleno régimen de responsabilidad individual, pasan a fijarse en la región sublime, en la superconciencia, no encontrando más la alegría integral en la satisfacción del cuerpo físico o en la prestancia personal, buscan alcanzar los círculos más altos de la vida, absortos en idealismo superior; se sienten ya en el umbral de las esferas divinas desde el camino nublado de la carne, como el viajero que, después de recorrer caminos en la tiniebla nocturna, se queda, desajustado, entre las últimas sombras de la noche y las promesas indefinibles de la aurora...

Para esos, el sexo, la importancia individual y las ventajas de lo fugaz en la Tierra son sagrados por las oportunidades que ofrecen a los propósitos de hacer el Bien, mientras en el santuario de sus almas resplandece una nueva luz... La razón particular se convirtió en entendimiento universal. Aumentaron en ellos los sentimientos sublimados en la dirección del campo superior.

Presienten la divinidad y desean identificación con ella. Son los hombres y las mujeres que, habiendo realizado los más altos patrones humanos son pretendientes a un nivel angélico...

Pero, de un modo u otro, todo esto son siempre las facultades creadoras, heredadas de Dios, en juego permanente en los cuadros de la vida. ¡Todo ser está impulsado a crear, en la organización, conservación y extensión del Universo!...

El instructor hizo una larga pausa en la conferencia y, enseguida, añadió, de buen humor:

–Muchas veces, las criaturas instituyen el mal, desvían la corriente natural de las circunstancias benéficas y envenenan las oportunidades, estacionándose larguísimo tiempo en tareas reparadoras o expiatorias, pero, incluso ahí podemos observar la manifestación incesante del poder creador que nos es propio, aun en aquellos que se extravían...

En verdad, caen en los despeñaderos del crimen y se lanzan a los valles de la sombra, pero, organizando y reorganizando las propias acciones, adquieren el bendito patrimonio de la experiencia, y, con ella alcanzan la luz, la paz, la sabiduría y el amor con que se aproximan a Dios. Concluimos, de este modo, que si el Psicoanálisis de Freud y de sus colaboradores avanzó mucho en el campo de investigación y del conocimiento, resolviendo, en parte, ciertos enigmas del psiquismo humano, le falta, no obstante, la llave de la reencarnación, para solucionar integralmente las cuestiones del alma. Es imposible resolver el asunto en carácter definitivo, sin las nociones de evolución, perfeccionamiento, responsabilidad, reparación y eternidad. No vale sólo descubrir complejos y frustraciones, identificar lesiones psíquicas y deficiencias mentales, sin remediarlas... En resumen, no satisface el simple examen de la cáscara: es esencial alcanzar la raíz y determinar modificaciones en las causas. Para esto, es imprescindible confesar la realidad de la reencarnación y de la

inmortalidad. Hasta ese momento, por tanto, ayudemos a nuestros amigos del mundo en la conquista de la confianza en sí mismos en la esperanza divina y en el continuo auto-perfeccionamiento por el trabajo redentor.

Se calló el orador, sonriente.

Otras preguntas surgieron, interesantes y oportunas, obteniendo respuestas claras y edificantes, con real provecho para todos los oyentes.

Finalizada la reunión, me retiré con Calderaro en silencio, que también se recogía, para retener la luz reveladora de los conceptos oídos. No sé lo que pensaría el servicial asistente, sumergido en profunda meditación. Por mi parte, había descubierto un nuevo campo de conocimiento en el terreno de la sexología. De ahí en adelante, surgían en mi conciencia otras nociones de amor, iluminando mi ser.

12. EXTRAÑA ENFERMEDAD

Acompañando al abnegado hermano de los sufridores, penetré en una confortable residencia, donde Calderaro me condujo, rápidamente a la presencia de un caballero en reposo.

Nos hallamos en una habitación, elegantemente decorada. Una magnífica alfombra completaba el ambiente, exhibiendo caprichosos arabescos en armonía con los diseños del techo.

Estirado en un diván, el enfermo que visitábamos se encontraba en profunda meditación. Al lado, una entidad de nuestro plano nos aguardaba.

Se aproximó y nos saludó, gentilmente, respondiendo con solicitud a las preguntas del asistente:

–Fabricio va mejorando, pero continúa angustiado. Ha estado inquieto y afligido...

El instructor lanzó una expresiva mirada al enfermo y dijo:

¿Mantiene aún el autodomínio? ¿No se abandonó totalmente a las impresiones destructivas?

La interlocutora, contenta, comentó: –No ha faltado la Divina misericordia. El desequilibrio integral, no se ha producido por el momento. Nuestra colaboración ha prevalecido en nombre de Jesús.

Calderaro, dirigiéndose a mí, preguntó:

–¿Llegaste, alguna vez, a examinar algún caso declarado de esquizofrenia?

No había adquirido conocimientos especializados de la materia, pero no ignoraba que esa enfermedad mental constituía una de las más inquietantes cuestiones de la psiquiatría y psicología modernas.

Estas ramas de la ciencia, que estudian la patología del alma – declaró el compañero, captando mi desconocimiento– es, desde hace mucho tiempo, campo de batalla entre organicistas y psicologistas. Ese conflicto es lamentable y bizantino, ya que ambas corrientes poseen razones sustanciales en sus argumentos. Debemos saber que la psicología ocupa una posición mejor, por analizar el problema en las inmediaciones de las causas profundas, mientras que la fisiología analiza los efectos y procura remediarlos en la superficie.

Inmediatamente después, el asistente me recomendó examinar la esfera mental del caballero.

Le ausculté su interior, quedando aterrado con las inquietudes que poblaban su ser. El cerebro presentaba anomalías extrañas. Toda la parte inferior mostraba manchas sombrías. Los disturbios de la circulación, del movimiento y de los sentidos eran visibles. Calderaro me había presentado a Fabricio, etiquetándole como esquizofrénico, pero ¿no estaríamos, allí, ante un caso de neurosis cerebro-cardíaca?

El instructor me oyó pacientemente y observó:

–Diagnóstico exacto, en el aspecto en el que nuestro amigo se presenta hoy. La esquizofrenia, teniendo su origen en sutiles perturbaciones del periespíritu, somatiza en el cuerpo físico como un sorprendente conjunto de molestias variables e indeterminadas. De momento, tenemos aquí la neuropatía de Krishaber con todas las características especiales.

Mostrando una grave expresión en el semblante, agregó: –

Mira, más allá de los efectos. Analiza la mente y los dominios de las sensaciones.

Lancé más profundamente la sonda de mi observación sobre el interior del enfermo y percibí imágenes torturantes en la pantalla de la memoria.

Fabricio, ensimismado, no se daba cuenta de lo que ocurría en el plano externo. Con los brazos inmóviles y los ojos fijos, se mantenía distante de las sugerencias ambientales, pero en su interior, la zona mental parecía un horno ardiente.

La imaginación superexcitada estaba bloqueada en el pasado... Parecía la figura de un viejito agonizante. Escuchaba las palabras de la última hora del cuerpo, recomendándole cuidar a tres jóvenes presentes también allí, en el paisaje de sus recuerdos. El moribundo debía ser el padre, y los jóvenes, hermanos. Conversaban, entre sí, lacrimosos. De repente, cambiaban sus recuerdos. El anciano y los jóvenes parecían rebelarse contra él, acusándole con palabras crueles...

El enfermo oía las voces internas, ansioso, amargado.

Deseaba deshacerse del pasado, pagaría por el olvido cualquier precio, ansiaba huir de sí mismo, pero en vano: siempre los mismos atroces recuerdos castigando su conciencia.

Comprobé los estragos orgánicos, resultantes del uso intensivo de analgésicos. Aquel hombre debería estar luchando consigo mismo, desde hace muchos años.

Me hallaba examinando la situación, cuando una señora mayor surgió en el aposento, intentando despertarle a la realidad.

—¡Vamos, Fabricio! ¿No comes hoy?

El hombre vagó su mirada por la sala, esbozó una respuesta negativa sin palabras y se quedó en la misma posición.

La señora insistió, afable, pero no consiguió disuadirle. Y como quisiera, atenta, intentar que tomase un caldo, el enfermo se levantó, de repente, como si hubiere repentinamente enloquecido. Gritó frases inconvenientes e ingratas y rojo de cólera, rechazó el ofrecimiento, sorprendiéndome por la crisis de nervios descompuestos.

La esposa regresó al interior de la casa, enjugando las lágrimas, mientras Calderaro me decía, conmovido:

–Está en el umbral de la locura, y todavía no se encuentra en franca alienación mental, gracias a la dedicación de una anciana parienta desencarnada que le asiste, vigilante.

Inmediatamente, el asistente le sometió a operaciones magnéticas reconfortantes, para aumentar su vigor.

Ante el enfermo, más tranquilo ahora, explicó, con serenidad: – Nuestro hermano enfermo tuvo la desgracia de apropiarse indebidamente de una gran herencia, después de haber prometido al padre moribundo velar por los hermanos más jóvenes, en presencia de éstos; pero, al sentirse señor de la situación, desamparó a los hermanos y les expulsó del hogar, valiéndose de abogados bien remunerados, de esos que, sin escrúpulos, viven de retorcer los textos legales. Fue sordo a las enérgicas y convincentes reclamaciones y ruegos fraternales efectuados, arrojando a los hermanos a la penuria y dificultades de toda clase. Dos de ellos murieron indigentes en un sanatorio, minados por la tuberculosis que adquirieron en excesivas tareas nocturnas, y el otro desencarnó en míseras condiciones de infortunio, abandonado, antes de los treinta años, presa de una profunda avitaminosis, resultado de la malnutrición. Todo esto hizo nuestro desdichado amigo, escapando a la justicia humana, pero no pudo eliminar de

su conciencia los resquicios del mal practicado. Los remanentes del crimen están guardados en su organización mental como carbones en paisaje ennegrecido, después de un devorador incendio, que se convierten en brasas vivas, siempre que son excitados por el soplo de los recuerdos. El mal hijo y perverso hermano, mientras dispuso de buena salud, lograba huir de sí mismo, sin grandes dificultades. El dinero fácil, las diversiones y placeres, ejercían para él la función de pesadas cortinas entre su arrogante persona y la realidad viva. Sin embargo, el tiempo le hizo envejecer y consumió la mayoría de las ilusiones, poco a poco, se encontró a sí mismo. Pero, en el viaje de vuelta al propio yo, se vio a solas con los recuerdos que no había podido olvidar y que le impedían mantener el buen ánimo y el bienestar.

Le era imposible concentrarse en su propio ser, sin oír al padre y a los hermanos, acusándole y reprochándole su comportamiento... La mente atormentada no hallaba refugio consolador. Si rememoraba el pasado, éste le exigía reparación; si buscaba el presente, no conseguía la tranquilidad necesaria para mantenerse en el trabajo sano; y, cuando intentaba ir al plano superior, deseoso de orar al Altísimo, era sorprendido, aún ahí, por dolorosas advertencias, en el sentido de corregir la falta cometida. En ese estado espiritual, se interesó tardíamente por el destino de los hermanos. Las informaciones recogidas no le permitieron pagar su deuda; todos habían muerto, precediéndole en el camino al sepulcro. Desde entonces, comprobando que era imposible una rápida rectificación del tortuoso destino, el infeliz se fijó en las zonas más bajas del ser. Perdió las ambiciones nobles y los ideales sanos e ignoró los recursos de la esperanza. Las ventajas materiales, en vez de reconfortarle, le infundían, ahora, un pavoroso tedio e indecible disgusto. Inmerso en las responsabilidades económicas, creadas por él mismo sin el espíritu de poseer para dar en nombre del bien universal, no pudo esquivarse a las imposiciones de la vida social, en calidad de gran empresario, hasta que cayó en un supremo letargo.

Sintiéndose inculpatado en el tribunal de su propia conciencia, comenzó a ver perseguidores en todas partes, adquiriendo fobias lamentables. Para él, todos los platos están envenenados. Desconfía de casi todos los familiares y no tolera las antiguas relaciones. El exceso de recursos materiales le convirtió en un incrédulo de la amistad sincera, dándole privilegios que nunca mereció y acentuando su independencia destructiva, además de extinguir totalmente en su corazón la bendita luz del verbo "servir". Como vemos, su situación es absolutamente desfavorable. La condición, que se impuso por los deseos poco nobles que siempre alimentó, es de apatía y de esterilidad...

A esa altura de la exposición, Calderaro señaló en particular el cerebro enfermo, y explicó:

–El sistema nervioso, que se une al encéfalo a través de procesos indescriptibles en la técnica de la ciencia humana, no es más que la representación de un importante sector del periespíritu, según acabamos de estudiar. La mente de Fabricio, experimentando insistentes remordimientos y aflictivas preocupaciones, intoxicó esos centros vitales mediante la incesante emisión de energías corruptoras. Consecuentemente, se produjo lo que en psiquiatría podríamos designar como "lesión generalizada del sistema nervioso". Tal desastre alcanzó, en primer lugar, a los centros de las conquistas más recientes de la persona, esto es, a las células y los estímulos más jóvenes, que se localizan en los lóbulos frontales en la corteza motora, inutilizando temporalmente a nuestro amigo para la meditación elevada y el trabajo saludable, y obligándole a retroceder en el terreno espiritual, hacia dentro de sí mismo. Con la mente bloqueada ahora, en plena región instintiva de la individualidad, nuestro enfermo todavía no se encuentra del todo desequilibrado, gracias a la continua asistencia de nuestro plano.

Al callar por un momento, pregunté a Calderaro:

–Pero, ¿hay esperanza de un pronto reequilibrio?

–En absoluto –respondió el instructor, de manera significativa– en su caso, las terapias al uso serían inútiles. El espíritu culpable puede recibir los más variados géneros de colaboración, pero debe ser el médico de sí mismo. La justicia Divina ejerce su acción, aunque los hombres no la identifiquen en el mecanismo de sus relaciones ordinarias. Los criminales pueden, por mucho tiempo, escapar a la justicia del mundo, pero, más tarde o más temprano, vagarán ante sus hermanos en la humanidad terrestre, en un bajo nivel espiritual, representado en el cuadro de las enfermedades de prueba. Para los familiares y amigos, Fabricio es un esquizofrénico, incapaz de resistir a la insulina por su corazón frágil y cansado, sin embargo, para nosotros es un compañero accidentado en la ambición inferior, recibiendo los amargos resultados de sus propósitos de dominar con egoísmo en la vida.

Al callarse el instructor por unos instantes, me hice algunas preguntas en mi interior:

Si el enfermo no ofrecía perspectivas de mejora ¿cuál era el objetivo de nuestra asistencia? ¿Por qué nos deteníamos frente a un caso insoluble, como aquel, por la imposibilidad de un próximo reencuentro entre el criminal y sus víctimas?

Calderaro, captando mis pensamientos, me respondió:

–Estamos aquí –explicó, atento–, para proporcionarle una muerte digna. No llegará a enloquecer totalmente. Con nuestra ayuda fraternal, desencarnará antes del eclipse total de la razón.

Y al mostrarme asustado, el servicial amigo añadió:

–Fabricio se casó con una criatura, acreedora del amparo celestial, y esa mujer casi sublime le dio tres hijos, a los que él se consagró noblemente, preparándoles para la vida. Actualmente

son dos profesores y un médico, dedicados al ideal superior de servir al bien colectivo. Fabricio no tiene derecho a perturbar la familia organizada a la sombra de su amparo material, pero educada sin su personalidad despótica. Por el servicio que prestó a la esposa y a los hijos, recibe ahora ayuda de lo Alto, a la hora de su desprendimiento del cuerpo físico, camino de su próximo reajuste espiritual. Las oraciones de la compañera y de los hijos le garantizan una “buena muerte” próxima, para la cual vamos organizando sus energías y habituando poco a poco a la familia a permanecer en misión activa en el bien sin la presencia material del padre.

El asistente guardó silencio, disponiéndose a hacerle aplicaciones magnéticas en el aparato circulatorio.

Estuvo un tiempo administrándole fuerzas alrededor de los vasos más importantes y, en seguida, realizó pases longitudinales, destinados a tranquilizar sus nervios.

Ante mi admiración natural, Calderaro explicó:

Preparamos acceso a la trombosis por la calcificación de ciertas venas. La desencarnación llegará suavemente, dentro de algunos días, como un acto de compasión, indispensable para la felicidad del enfermo y de cuantos siguen de cerca su proceso.

El enfermo, más tranquilo, parecía haber tomado un milagroso analgésico. Se tranquilizó, descansando la cabeza en la almohada.

Dentro del silencio que se había hecho entre nosotros, pregunté, curioso:

–Considerando su defunción, en breves días, ¿Cómo proseguirá el proceso de rescate de nuestro amigo?

–Ya comenzó –dijo el instructor, sereno.

–¿Cómo?

Calderaro hizo expresivo gesto y recomendó: –espera.

En ese mismo instante, el enfermo accionó la campanilla a la cabecera. La esposa vino rápidamente. Le encontró mejor y sonrió, feliz.

El anciano, más tranquilo, rogó:

–Inés, ¿puedo ver a Fabricio?

–¿Cómo no? –respondió la compañera delicadamente –voy a buscarle.

En pocos minutos, regresaba trayendo un niño de unos ocho años. El pequeño se abalanzó en los brazos esqueléticos, con extremado cariño, y preguntó:

–¿Estás mejor, abuelo?

El enfermo le contempló, enternecido, diciendo: –Estoy mejor, mi niño... ¿Por qué no viniste por la mañana?

–La abuela no me dejó.

–Sí, es verdad; no me encontraba bien...

La señora se retiró, para acompañar la escena del otro lado de la cortina.

Abuelo y nieto se sintieron más libres. Totalmente transfigurado con la presencia del niño, nuestro casi demente amigo suplicó:

–Fabricio, quiero que reces por mí...

El pequeño no se hizo de rogar.

Se arrodilló allí mismo y dijo, respetuosamente, la oración dominical.

Terminada la oración, el enfermo pidió, con los ojos húmedos:

–No te olvides, mi niño, de orar por mí cuando yo muera.

El niño, de pie, le abrazó y exclamó llorando discretamente:

–¡Tú no te vas a morir!...

Mostrándose aliviado, el anciano correspondió al gesto afectivo, miró al nieto y preguntó, con un extraño brillo en su mirada.

–Fabricio, ¿tú crees que Dios perdona a los pecadores como yo?

El pequeño respondió, confundido y bañado en lágrimas:

–Yo creo, abuelo, que Dios nos perdona a todos.

Revelando la ansiedad que poblaba su alma, el anciano dijo:

–¿Aunque sea un hombre que traiciona la confianza paterna y roba a sus hermanos?

El nietecito vaciló, incapaz de asimilar toda la extensión de aquella pregunta intencional, pero, en el deseo de agradar al enfermo de cualquier modo, balbuceó con toda la sencillez infantil:

–Yo pienso que Dios perdona siempre...

–Es lo que yo pretendía saber –añadió el anciano, más

reconfortado.

La conversación entre ambos prosiguió afectuosa y amena.

Después de un detenido examen, Calderaro señaló hacia el muchacho y comentó:

–Ese niño es el antiguo padre de Fabricio, que vuelve a la convivencia del hijo culpable por las puertas benditas de la reencarnación. Es el único nieto del enfermo y, más tarde, asumirá la dirección de los patrimonios materiales de la familia, bienes que inicialmente le pertenecían. La Ley jamás duerme.

Asombrado con la información, medité las preguntas que me afloraban, espontáneas.

¿Cómo se redimiría, a su vez, el viejo Fabricio? ¿Regresaría también, en días futuros, a aquel mismo hogar? ¿Sufriría un desequilibrio completo, después de la muerte del cuerpo denso? ¿Estaría perturbado durante mucho tiempo?

Calderaro, dando por finalizados nuestros trabajos de asistencia en la casa, sonrió preparándose para la retirada y dijo:

–Nuestro amigo enfermo, al tener en su mente guardados los residuos de la acción criminal, inmediatamente después de retirarse de su cuerpo físico experimentará por mucho tiempo, los resultados de su caída, hasta que el sufrimiento aligere las fluidos densos que intoxican su alma. Cuando esa depuración se realice por completo, entonces...

–¿Regresará con sus familiares? –pregunté, ansioso, ante la frase suspendida.

–Si el grupo familiar actual ya hubiese elevado su patrón espiritual a un nivel luminoso, será impulsado a esforzarse

intensivamente por alcanzarles. Pero, jamás estará desamparado. Todos tenemos una inmensa familia, en la que nos integramos desde el origen: la humanidad.

En ese instante, abandonamos la suntuosa mansión. En pocos segundos, volvimos a la naturaleza, gozando la bendición de un cielo muy limpio. Y mientras mi instructor se refugiaba en sí mismo, atento a las responsabilidades del servicio, expandí nuevos pensamientos, relativos a la amplitud y la grandeza de la justicia divina.

13. PSICOSIS AFECTIVA

Calderaro y yo fuimos, en plena noche, a atender a una infortunada hermana casi suicida.

Entramos en una casa modesta, pero confortable, percibiendo la presencia de varias entidades infelices.

El asistente parecía tener prisa. No se detuvo en ninguna apreciación.

Le acompañé, a mi vez, hasta una habitación, donde encontramos a una mujer joven llorando convulsivamente, dominada por una gran desesperación. Su mente acusaba un extremo desequilibrio, que se extendía a todos los centros vitales del cuerpo físico.

– ¡Pobrecita! –dijo el instructor, conmovido– no le faltará la bondad divina. Lo preparó todo para suicidarse esta noche; pero, las fuerzas divinas nos ayudarán a intervenir...

Colocó la diestra sobre la frente de la hermana llorosa y explicó:

Es Antonina, abnegada compañera de lucha. Huérfana de padre, desde muy temprano, tuvo que trabajar desde los ocho años, para sustentar a la madre y a su hermanita. Pasó la infancia y la primera juventud con enormes sacrificios, ignorando las alegrías de la etapa risueña de niña y adolescente. A los veinte años perdió a la madre, y, no obstante, sus hermosos ideales femeninos, fue obligada a sacrificarse por la hermana en vísperas del matrimonio de esta última. Realizado este, Antonina procuró alejarse, para tratar de hacer su propia vida, pero muy pronto comprobó, que su cuñado tenía unos vicios nefastos. Perdido en

los placeres inferiores, se embriagaba diariamente, volviendo al hogar a horas avanzadas, distribuyendo golpes y vomitando insultos. Sensibilizada ante el destino de su hermana, nuestra dedicada amiga permaneció en casa, al servicio de la renuncia silenciosa, aliviando sus pesares y ayudando a criar y asistir a los sobrinos. Pasaron los años, tristes y lentos, cuando Antonina conoció a un joven necesitado de ayuda, por tener que realizar grandes esfuerzos para pagar los estudios. Se identificaban por la edad y por la comunión de ideas y de sentimientos. Devota y noble, correspondió a la simpatía que existía entre ambos, siendo como una abnegada hermana del joven. Su compañía, de algún modo, proyectaba una bendita luz en su noche de soledad y sacrificio ininterrumpidos. Repartiendo el tiempo y las posibilidades entre la hermana, cuatro sobrinos pequeños y el joven con el que compartía brillantes sueños, se consagraba a su trabajo redentor a diario, feliz y animada, aguardando el futuro. Imaginaba también ser madre un día, en un hogar sencillo y pobre, pero suficiente para contener la felicidad de dos corazones unidos para siempre delante de Dios. Sin embargo, Gustavo, el joven que se valió de su amorosa colaboración durante siete años consecutivos, después de acabar su carrera se sintió demasiado importante para unir su destino al de la modesta joven. Independiente y titulado, ahora, empezó a creer que Antonina no era, físicamente, la compañera ideal. Con el título de médico y sintiendo una urgente necesidad de constituir un hogar, con proyección en la vida social, se casó con una joven poseedora de una gran fortuna, menospreciando el corazón leal que le había ayudado en los instantes inciertos. Profundamente humillada, nuestra desdichada hermana le buscó, pero fue recibida con una gélida frialdad. Gustavo, con repulsiva presunción, le dio la noticia con rudeza: necesitaba disponer de más recursos económicos, y, por eso, había escogido un mejor partido. Además le dijo que su estatus requería una esposa que no procediese de un medio social inferior, quería a alguien que no fuese trabajadora de un laboratorio, ni que tuviese las manos callosas, ni canas

prematuras. La joven lo oyó todo deshecha en lágrimas, sin reacción, volviendo a la casa, ayer, dominada por el deseo de morir, fuese como fuese. Sintió que se desvanecieron sus esperanzas, despedazadas por el golpe inopinado, que su existencia se redujo a ceniza y polvo y que la renuncia había abierto las puertas de la ruina y de la muerte. Consiguió una dosis de sustancia letal, que pretende ingerir hoy.

Después de una breve pausa, me indicó:

–Examínala mientras administro los socorros iniciales.

Me detuve en una investigación minuciosa, por largos minutos.

De los ojos de Antonina caían pesadas lágrimas y de su cerebro partían rayos purpúreos, que invadían el tórax y envolvían particularmente el corazón. Torturantes pensamientos se confundían en su mente. Registrando sus ruegos silenciosos, emocionaba oír sus gritos de desesperación y las súplicas ardientes.

¿Era un crimen –pensaba– amar a alguien con tanta ternura? ¿Dónde estaba la justicia del Cielo, que no premiaba sus sacrificios de mujer dedicada a la paz doméstica? ¿Aspiraba a ser alegre y feliz, como las compañeras de su niñez; anhelaba la tranquilidad de un matrimonio digno, con la expectativa de recibir algunos hijos, concedidos por la bondad infinita de Dios! ¿Era malo soñar con la construcción de un modesto hogar, con la protección de un compañero simple y bondadoso, cuando las propias aves poseían sus nidos? ¿No había trabajado siempre por la felicidad de los demás? ¿Por qué razones desconocidas la había relegado Gustavo al abandono? ¿Los callos de las manos y alguna cana incipiente no demostraban su dedicación al servicio honesto? ¿Habría valido la pena sufrir tantos años, persiguiendo algo que ahora parecía imposible? ¡No! ¡No quería estar en un mundo donde el vicio triunfaba tan fácilmente, pisoteando la virtud! A pesar de la fe que alentaba su corazón, prefería morir y enfrentarse a lo

desconocido... Se sentía desajustada, sin rumbo, casi loca. ¿No era más razonable –se preguntaba a sí misma– buscar las tinieblas del sepulcro que ser internada en un psiquiátrico?

Tumbada en la cama, la infeliz escondía el rostro en las manos, sollozando. Nos inspiraba una gran piedad.

Calderaro interrumpió el servicio de asistencia, me miró con significativa expresión y comentó:

–Tengo instrucciones para imponerle un sueño más profundo, inmediatamente después de la media noche.

Y, comprobando que esa hora estaba próxima, el asistente comenzó a administrarle aplicaciones fluídicas a lo largo del sistema nervioso simpático.

La amplia red de neuronas experimentó la influencia anestésica. Antonina intentó levantarse y gritar, pero no lo consiguió. La intervención era demasiado vigorosa para que la enferma pudiese reaccionar.

El instructor prosiguió atento, envolviéndola en fluidos calmantes. En poco tiempo, cediendo a la irresistible dominación, la joven se recostó vencida en la almohada en un estado que podríamos llamar de “hipnosis profunda”.

Calderaro la mantuvo en completo reposo por más de media hora. Transcurrido ese tiempo, dos entidades, cubiertas de intensa luz, entraron en el recinto. Abrazaron a mi instructor, que me las presentó, cordialmente.

Estaban, ahora, junto a nosotros, Mariana, que había sido la madre de Antonina, y Marcio, iluminado espíritu unido a ella, desde siglos remotos.

Agradecieron la actuación del instructor, que pasó a la enferma

bajo la dirección materna.

La señora desencarnada se inclinó sobre su hija y la llamó, dulcemente, como lo hacía en la Tierra. Parcialmente desligada del cuerpo físico, Antonina se levantó, en su periespíritu, encantada, feliz...

–¡Mamá! ¡Mamá! –gritó, desahogándose, al refugiarse entre los brazos maternos.

Mariana la recogió, cariñosa, la estrechó en su pecho, pronunciando palabras enternecedoras.

–Madrecita, ¡ayúdame! no quiero vivir más en la Tierra, no me dejes volver al cuerpo denso. El destino me rechaza. ¡Soy infeliz! ¡Todo son adversidades! ¡Llévame de aquí... para siempre!

La madre la contemplaba, triste, cuando Marcio se aproximó, haciéndose ver por la enferma.

La joven abrió desmesuradamente los ojos y se arrodilló instintivamente, amparada por la madre. Parecía esforzarse por traer al recuerdo alguien que había quedado en el pasado lejano... Observábamos la extrema dificultad que tenía para recordar con precisión. Contemplaba al emisario, bañada en un llanto diferente: las lágrimas no eran las de momentos antes, ahora estaban llenas de un sublime consuelo, de júbilo místico, que nacía, inexplicablemente, de las profundidades de su corazón.

Se acercó Marcio más íntimamente, posándole la diestra luminosa sobre su frente y le dijo con ternura:

–Antonina, ¿Por qué te desanimas, cuando la lucha redentora apenas comienza? ¿Olvidaste, acaso, que no somos huérfanos? Por encima de todos los obstáculos está la infinita bondad.

¿Rechazas la “puerta estrecha”, que nos proporcionará el venturoso acceso al reencuentro?

Quizás porque la joven estuviese realizando un excesivo trabajo para reavivar escenas perdidas en el tiempo, el mensajero le comentó, fraternalmente:

–¡No fuerces la situación! ¡Cálmate! ¿No es suficiente el presente, lleno de bendito servicio y renovadora luz? Un día, reconquistarás el patrimonio de la memoria total, por ahora, conténtate con el recuerdo limitado. Aprovecha el tiempo para recomponer el destino, sítete de las horas para reconducir tus aspiraciones a planos superiores. ¿Qué motivos te sugieren ese crimen, el provocarte la muerte? ¿Qué razones marcan tus pasos en dirección del precipicio tenebroso? Tu madre y yo sentimos, de lejos, el peligro y estamos aquí para ayudarte...

Hizo una larga pausa, mirándola amorosamente, y continuó: – ¡Oh! mi bendita amiga, ¿cómo abriste así el corazón a los monstruos de la desesperación? ¡Dime! no te calles... No soy tu juez, soy tu amigo de la eternidad ¿No tendré el consuelo de poderte oír?

La enferma deseaba hablar; mientras los suaves rayos de luz, emitidos por Marcio, la rodeaban toda, sofocando su garganta, en el éxtasis de aquellos instantes inolvidables.

Pero, él, deseando evidentemente proporcionarle la oportunidad de un desahogo más amplio, la levantó con cuidado, e insistió:

–¡Habla!...

Animada, Antonina balbuceó, tímida: –Estoy exhausta...

–Pero jamás fuiste olvidada. Recibiste mil recursos distintos de

la Providencia, indispensables para el valioso servicio de redención. El cuerpo físico, las bendiciones del Sol, las oportunidades del trabajo, las maravillas de la naturaleza, los lazos afectivos y los propios dolores de la experiencia humana ¿no son inestimables dones del divino abastecimiento? Querida, ¿quieres ignorar la felicidad del sacrificio y renegar de la posibilidad de amar?

Entonces vi a la joven contemplarle con más confianza. Sintiéndose fuerte, ante la demostración de cariño, se abrió con fraternal franqueza:

–He soñado con tener un hogar..., deseo vivir con un hombre que, a su vez, me ayude a llevar la existencia..., ¡deseo recibir de Dios algunos hijitos que pueda acariciar! ¿Es pecado, celeste mensajero, anhelar esas cosas? ¿Es culpable la mujer que busca santificar los principios naturales de la vida? Después de esforzarme durante años por la felicidad de los que me son queridos, noto que el destino destroza mis esperanzas. ¿Es bueno vivir entre personas alegres y felices, cuando nuestro corazón queda muerto?

Marcio la oyó fraternalmente, acariciando sus manos, y, demostrando sus altas adquisiciones de verdadero amor, añadió, más comprensivo y tierno:

–Abnegada amiga, no permitas que la sombra de algunas horas te empañe la luz de los siglos venideros. ¿Es posible, Antonina, que te sientas tan lamentablemente sola, cuando el supremo Señor te concedió el sublime hogar en el mundo entero? La humanidad es nuestra familia, los hijos del dolor nos pertenecen. Reconozco que transitorias humillaciones del sentimiento hieren tu alma, que desearías unirte al cariñoso brazo de un compañero digno y fiel. No obstante, querida, la voluntad superior determina que recibas, de momento, las ventajas que pueden ser encontradas en la soledad. Si hay períodos de florecimiento en los

valles humanos, dentro de los cuales nos extasiamos en plena primavera de la naturaleza, se verifican existencias, aparentemente aisladas y desdichadas, en las culminaciones de la meditación y de la renuncia, bajo cuya luz nos preparamos para nuevas jornadas santificadoras.

No creas que el fatal pasaje del sepulcro nos abre las puertas a la libertad: nos sigue la Ley, a todas partes, y el supremo Señor, si bien ejerce la infinita compasión, no desprecia la justicia inquebrantable. La eterna Sabiduría nos da siempre el lugar donde podamos ser más útiles y más felices.

Dices que te encuentras desheredada e infeliz, pero todavía no has valorado las posibilidades sublimes que te rodean. Te crees incapacitada de abrazar a los pequeñitos de Dios, pero, ¿Por qué limitarse a los propios hijos? ¿No has visto nunca a las criaturas abandonadas, a los hijitos de la miseria y de la privación? Si no puedes ser madre de flores de tu propia carne, ¿Por qué motivo no te haces tutora espiritual de los pequeños necesitados y sufridores? ¿Crees, Antonina, que podemos ser absolutamente felices, escuchando gemidos a nuestro lado? ¿Puede existir la alegría en un corazón que late al lado de un coro de lágrimas? El mundo no es propiedad nuestra. Nosotros, los hijos del Altísimo, vinimos a cooperar en las obras que nos rodean. ¡Es verdadera desgracia creerse alguien favorito de los cielos, como si el Padre Compasivo y Sabio no fuese más que un frágil y parcial dictador! Sacude tu conciencia adormecida... Acuérdate que el Todopoderoso no se limita a nuestras particularidades de criaturas falibles, y no te olvides que nos incumben, ante Su universalidad, inalienables deberes de trabajo, ejercitando los preciosos recursos que nos concedió, para alcanzar, un día, la perfección de la sabiduría y del amor.

Sufres, porque te orientaste hacia el personalismo y porque un hombre, cuyo patrón vibratorio psíquico se armonizó con el tuyo en muchos aspectos, cambiando su rumbo de vida, te relegó al

olvido. Lloras, por que esperabas encontrar en su compañía algo de la divina presencia, que aportaría serenidad a tus esperanzas de mujer delicada y sensible... Las inquietudes del sexo se agrandaron en tu intimidad, y padeces un largo asedio de tribulaciones. Pero... ¿crees que la fuente exclusiva del amor está en el sexo? ¿También eres víctima de ese fatal engaño? El amor es sol divino que irradia a través de todas las posibilidades del alma.

A veces, nos privan de las sensaciones que deseamos, inhibiéndonos de usar la energía creadora del cuerpo físico, para buscar patrimonios más altos del ser, pero ni por eso, tales obstáculos nos deben impedir exteriorizar ese sublime sentimiento. Ignorarlo redundaría en extinguir el Universo. Lo que tortura la mente humana en esas ocasiones es la cárcel organizada por nosotros mismos, amurallados en el egoísmo feroz, no sabemos perder por algunos días, para ganar en la eternidad, ni ceder valores transitorios, para conquistar los dones definitivos de la vida.

Ante la joven que le contemplaba absorta, a través de un espeso velo de lágrimas, el mensajero prosiguió:

–Efectivamente, si no puedes compartir la experiencia del hombre escogido, en vista de las circunstancias que te impulsan a la renuncia, ¿Por qué no consagrarle el puro amor fraternal, que eleva siempre? ¿No podemos transformar en hermanos a los seres que admiramos? No debes olvidar que el novio perjuredo, atractivo actualmente en su cuerpo físico, vestirá también, más tarde, el desgastado traje del cansancio y la vejez, eso si antes no sufre la enfermedad y la muerte. Conocerá el desencanto de la carne y ansiará en silencio la búsqueda del espíritu. Si le amas, de verdad, ¿por qué torturarlo con el suicidio, en vez de ganar fuerzas para esperarlo, al final de la existencia mortal? Si no puedes ser el cántaro de agua pura para el viajero querido, ¿Por qué no ser el oasis que le aguardará en el desierto de las desilusiones inevitables? Además de esto, ¿Cómo llegaste a sentir

tan tremendo desamparo, si aquí te aguardamos, ávidos de tu amistad y cariño?

Antonina sonrió, en éxtasis, a pesar del llanto que le brotaba en abundancia.

Observando el saludable efecto de sus palabras de ánimo, Marcio le acarició los cabellos, susurrando:

–¿Por qué razón esperar los hijos de la carne para sentir y demostrar el verdadero amor? Jesús no les tuvo, y, no obstante, todos nos sentimos tutelados de su infinita abnegación. ¿Prometes, Antonina, cambiar tus pensamientos de ahora en adelante? La mujer digna y generosa, excelsa y cristiana, olvida el mal y ama siempre...

Conmovidos, vimos a la interlocutora arrodillarse de nuevo, y exclamar solemnemente:

–Me comprometo a cambiar mi actitud, en nombre de Dios.

En ese instante, el emisario puso las manos sobre la frente de la enferma, rodeándola de focos de luz que no tocaron sólo la materia del periespíritu, sino que se extendieron más allá, hasta en el cuerpo físico, fijándose especialmente en las zonas del encéfalo, tórax y los órganos femeninos. Inmediatamente después, Antonina, abrazada por la madre y por el compañero de la espiritualidad superior, se dispuso para un agradable viaje de reposo con ellos, haciéndose Calderaro responsable de ayudarle a retornar de nuevo al cuerpo físico en las primeras horas de la mañana.

Estimulado con las observaciones de la noche, regresamos al cuarto de la joven casi suicida.

Entre las seis y siete horas, la progenitora desencarnada trajo a

la hija, en cuyo rostro brillaba una ignorada e incomprensible felicidad.

El instructor le ayudó a entrar de nuevo al cuerpo físico, rodeando su cerebro de emanaciones fluídicas anestésicas, para evitar el júbilo de recordar, en toda su extensión, la experiencia de la noche. Si hiciese esto, dijo Calderaro, probablemente enloquecería de felicidad. De esta manera, la alegría vivida tan intensamente por ella se archivaría en su organismo bajo la forma de nuevas fuerzas, estímulos desconocidos, valor y satisfacción de una procedencia ignorada.

En efecto, en algunos minutos Antonina despertó, como si fuera otra criatura, se sentía inexplicablemente reanimada, casi feliz.

Uno de los sobrinos pequeños entró en la habitación, llamándola. La generosa tía le contempló, extasiada.

Alguna energía prodigiosa, que no le era dado conocer, le había devuelto el interés por la vida. Se sintió contenta con los rayos de sol que atravesaban la vidriera y bendecía el cuarto humilde donde luchaba por atender a los designios de Dios, y sonreía por haber pensado ayer en huir, sin razón, al aprendizaje del mundo. ¿No le había agraciado la Providencia con gran número de bendiciones? Contempló a la encantadora criatura pobremente vestida, que le pedía acompañarle al pequeño jardín, donde brotaban flores nuevas. ¿Qué importa el insignificante bache sentimental ante los trabajos sublimes que podría realizar, en su posición de mujer sana y joven? ¿Los hijos de la hermana no le pertenecían igualmente? ¿No era más noble vivir para ser útil, esperando siempre la inagotable misericordia?

–¡Tía Antonina! ¡Tía Antonina, vamos! ¡Vamos a ver el rosal nuevo! –gritaba el travieso niño de cinco años, en alegre invitación a la vida.

Observando sus fuerzas recuperadas, la vimos, sinceramente jubilosa, levantarse y responder sonriendo:

–¡Espera! ¡Ya voy, hijo!

14. MEDIDA SALVADORA

Habíamos terminado la colaboración activa, en un elevado ambiente consagrado a la oración, cuando un compañero se acercó a nosotros, reclamando la ayuda del asistente en un caso particular.

Calderaro seguramente conocía los pormenores de la situación, porque entre ambos pronto se estableció un curioso diálogo.

–Desgraciadamente –decía el informante–, nuestro amigo Antídio no sobrelleva la situación. Permanece en un abatimiento casi total. Se vinculó de nuevo a peligrosos elementos de la sombra, y volvió a los desaciertos nocturnos, con grave perjuicio para nuestro trabajo de socorro.

–¿No le valieron las mejoras de la quincena pasada? preguntó fraternalmente el instructor.

–Las aprovechó, para volver a la irreflexión, más rápidamente – aclaró el interlocutor con tono afligido.

–Pero, tengamos en cuenta, que se hallaba casi del todo inmerso en la locura.

–Sí, consiguió otra vez un estado orgánico envidiable, gracias a tu última intervención; pero, después que se vio fortalecido, volvió al alcohol descontroladamente. La sed ardiente, provocada por su propia indiferencia y por la instigación de los obsesores que, voraces, se aferran a él, cambió su sistema nervioso. El periespíritu, semi-liberado del cuerpo denso por los perniciosos procesos de la embriaguez, llena su mente de atroces pesadillas, agravadas por la actuación de las entidades perversas que le

siguen paso a paso.

–¿Estará en casa a esta hora? –preguntó Calderaro con interés.

–No –dijo el otro, abatido–, le dejé, hace poco, en un lugar poco digno, donde la situación de nuestro enfermo volvió a tomar características lamentables.

El instructor estudió el caso en silencio, durante algunos instantes, y comentó:

–Veamos como actuar, si la otra vez la ayuda consistió en restituir el equilibrio orgánico, ahora debemos actuar al contrario. Conviene administrarle una temporal y más acentuada falta de armonía al cuerpo. En éste, como en otros procesos difíciles, la enfermedad siempre rectifica.

Y, mirando al benefactor desencarnado del enfermo distante, dijo:

–¿De acuerdo?

–Perfectamente –contestó él, sin vacilar– tú eres especialista en asistencia, y yo respeto tus decisiones. Lo que nos interesa es la salud efectiva del infeliz hermano, que se entregó sin defensa al vicio.

Nos dirigimos hacia el lugar donde debíamos ayudar al amigo extraviado.

Entramos al recinto, con amplias ventanas y abundantemente iluminado.

El ambiente sofocaba. Las emanaciones desagradables se hacían cada vez más espesas, según avanzábamos.

En el salón principal del local, poblado de extravagantes adornos, algunas decenas de parejas bailaban, teniendo las mentes absortas en las bajas vibraciones que la atmósfera emitía con fuerza.

Una indefinible impresión dominó mi ser.

No provenía de la extrañeza que la indiferencia de los hombres y la liviandad que las mujeres provocaban; lo que me asombraba era la escena que ellos no veían. La multitud de entidades perturbadas y viciosas que se movían allí era enorme. Las parejas no bailaban solas, sino que, inconscientemente, correspondían, en el ritmo impetuoso de la música inferior, a los gestos ridículos de los compañeros irresponsables que les eran invisibles. Surgían por doquier actitudes simiescas, mientras gritos histéricos herían el aire.

Calderaro no se detuvo. Estaba acostumbrado a la escena; pero, estupefacto, le detuve, preguntando:

—¿Amigo mío, que estamos viendo? ¿Criaturas alegres rodeadas de seres tan inconscientes y perversos? ¿Es un crimen bailar? ¿Buscar alegría es una falta grave?

El orientador escuchó pacientemente las ingenuas cuestiones que escapaban de mis labios, dictadas por mi asombro repentino, y aclaró:

—¡Qué preguntas, André! El acto de bailar puede ser tan santificante como el de orar, pues la alegría legítima es sublime herencia de Dios. Pero, aquí, la escena es distinta. El baile y la alegría en esta casa significan un retorno declarado a los estados primitivos del ser, con ineludibles agravantes de perversión de los sentidos. Observamos, en este recinto, a hombres y mujeres dotados de alto raciocinio, pero asumiendo actitudes de las que tal vez muchos simios se avergonzasen. No obstante, alejemos

cualquier recriminación por nuestra parte: compadezcámosles simplemente. Son tráfugas sociales, y, en su mayoría, rebeldes a la disciplina instituida por los designios superiores para sus caminos terrestres. Muchos de ellos son profundamente infelices, necesitando de nuestra ayuda y compasión. Procuran ahogar en el vino o en los placeres ciertas nociones de responsabilidad que no logran olvidar. Débiles ante la lucha, pero dignos de piedad por los remordimientos y atribulaciones que les devoran, merecen ser amparados fraternalmente.

Y, echando una ojeada por la multitud de espíritus perturbadores que se daban allí al vampirismo y al sarcasmo, respondió humildemente:

–En cuanto a estos infortunados ¿qué hacer sino recomendarles al Divino Poder? Intentan igualmente la fuga imposible de sí mismos. Alucinados, apenas aplazan el terrible minuto del auto-reconocimiento, que llega siempre, cuando menos lo esperan, a través de los mil procesos del dolor, agotados los recursos del amor divino, que el Supremo Padre nos ofrece a todos. Su mente está apegada a los instintos primitivos, frágiles y vacilantes, y recelan la responsabilidad del trabajo de la regeneración.

Viéndome boquiabierto y deseando nuevas explicaciones, el asistente me propuso:

–¡Vamos! dejémosles divertirse. El baile, en este lugar, no deja de serles, en última instancia, un beneficio. Llegaron, los aquí presentes, encarnados y desencarnados, a un nivel tan despreciable que, sin duda, si no fuese por el baile, estarían involucrados, allá afuera, en hechos extremadamente condenables, tal es la predisposición en la que se encuentran para el crimen. Que el Padre se compadezca de todos nosotros.

Entramos más en el interior del local.

En una sala con calor sofocante, un hombre de unos cuarenta y tantos años yacía temblando. No conseguía mantenerse de pie.

Calderaro le examinó detenidamente y preguntó al nuevo amigo que nos acompañaba:

–¿Volvió al alcohol hace muchos días?

–Hoy hace una semana.

–Se ve que se agotó rápidamente.

Mientras iniciaba la aplicación de fluidos magnéticos, el instructor me aconsejó observar las características del cuadro dantesco que se desarrollaba ante nuestros ojos.

Antídio, enfermo y desventurado, a pesar de las precarias condiciones en las que estaba, reclamaba una copa, siempre una copa más, que un camarero traía, obediente. Le temblaban los miembros, el sudor escurría de su frente y, de vez en cuando, emitía gritos de terror salvaje. Alrededor, cuatro entidades embrutecidas le sometían a sus deseos. Dominaban su cuerpo físico, alternativamente, una a una, relevándose para experimentar la absorción de las emanaciones alcohólicas, sintiendo un singular placer. Se posesionaban particularmente del “conducto gástrico”, inhalando la bebida al volatilizarse del cardias al píloro.

La escena infundía angustia y asombro.

¿Estaríamos ante un hombre embriagado o una taza viva, cuyo contenido sorbían satánicos genios del vicio?

El infortunado Antídio tenía el estómago atestado de líquido y la cabeza turbada de vapores.

Semidesprendido del cuerpo físico por la actuación anestésica del alcohol, empezó a identificarse más íntimamente con las entidades que le perseguían.

Los cuatros infelices desencarnados, por su parte, tenían la mente invadida por visiones aterradoras del sepulcro que habían atravesado como alcohólicos crónicos. Sedientos y afligidos, traían consigo imágenes espectrales de víboras y murciélagos de los lugares sombríos donde se habían estacionado.

Entrando en sintonía magnética con el psiquismo desequilibrado de los vampiros, el ebrio comenzó a rogar, estruendosamente:

–¡Sálvenme! ¡Sálvenme!, ¡por amor de Dios!

E indicando las paredes próximas, gritaba bajo la impresión de indefinible pavor:

–¡Oh! ¡Los murciélagos!... ¡los murciélagos! ¡Ahuyéntenlos deténganlos...! ¡Piedad! ¿Quién me librará? ¡Socorro! ¡Socorro!...

Dos hombres, también afectados por el licor, se aproximaron, espantados. Pero, uno de ellos, tranquilizó al otro diciendo:

–No es nada nuevo. Es Antídio, los accesos volvieron. Dejémosle en paz.

Mientras eso ocurría, el desdichado ebrio continuaba gritando:

–¡Ahí! ¡Ahí! una cobra... me aprieta, me sofoca... ¿Qué será de mí? ¡Socorro!

Las entidades perturbadoras se jactaban en las actitudes sarcásticas; se carcajaban de manera siniestra. El infeliz las oía, como un eco en el fondo de su ser, y gritaba, intentando atacar,

tambaleante, a los invisibles verdugos.

–¿Quién se ríe de mí? ¡¿Quién?! Cerrando los puños, decía:

–¡Malditos! ¡Malditos seáis!

La escena proseguía, dolorosa, cuando Calderaro se acercó a mí, aclarando:

–Es lamentable el cabeza de familia que, incapaz de reaccionar contra las atracciones del vicio, se entregó, inerme, a la influencia de malhechores desencarnados, afines con su posición desequilibrada. En atención a las intercesiones de su esposa y de los hijos amorosos, le prestamos asistencia con todos los recursos al alcance de nuestras posibilidades, pero el hermano imprevisor no corresponde a nuestro esfuerzo. Sale de todas las tentativas, más y más dispuesto a la perversión de los sentidos, busca, por encima de todo, la fuga de sí mismo, detesta la responsabilidad y no se anima a conocer el valor del trabajo. Atenuando su ansia irrefrenable de tomar alcohol, esperamos se reeduke. Pero, para esto, usaremos ahora un recurso drástico, ya que el desventurado se muestra hostil a todos nuestros procesos de auxilio.

Fijando en mí una expresiva mirada, concluyó:

–Antídio, por algún tiempo, a partir de hoy, será amparado por la enfermedad. Conocerá la prisión de estar en cama, durante algunos meses, para que no se le pudra el cuerpo en un psiquiátrico, lo que se podría producir dentro de algunos días, lanzando a la noble mujer y a dos niños en una terrible incertidumbre futura.

Dicho esto, Calderaro inició un complicado servicio de pases, a lo largo de la espina dorsal.

El enfermo se tranquilizó, poco a poco, en el sillón en que

estaba.

El Asistente pasó a aplicarle efluvios luminosos sobre el corazón, durante varios minutos. Noté que esas emisiones se concentraron gradualmente en el órgano central, que en cierto instante acusó una súbita parada.

Antídio parecía presto a desencarnar, cuando el orientador le devolvió las energías, rápidamente. Comprimido por el fenómeno circulatorio, que le produjo un tremendo choque, el desdichado amigo se puso a pedir auxilio a gritos. Había tamaña inflexión de dolor, en la voz lastimosa, que gran número de personas se aproximaron, apenadas.

Un piadoso caballero le tomó el pulso, comprobó el desorden del corazón y, rápidamente, pidió una ambulancia. En pocos momentos Antídio era transportado en camilla al hospital para recibir socorro urgente, seguido, de cerca, por el solícito benefactor espiritual.

Retirándose en mi compañía, Calderaro añadió, con tristeza:

–El infortunado amigo será portador de una neurosis cardíaca por dos a tres meses, aproximadamente. En vano tomará valeriana y otras sustancias medicamentosas, anestésicos y procurará desintoxicarse. Por algunas semanas notará un intraducible malestar, para que pueda restablecer la armonía del cosmos psíquico. Experimentará una indecible angustia, se someterá a medicaciones y regímenes, que disminuirán la tendencia de olvidar las obligaciones sagradas y despertarán lentamente los sentimientos para la nobleza del acto de vivir.

Notando mi extrañeza, el asistente concluyó:

–¿Qué te resulta raro, amigo mío? Las mismas fuerzas divinas que conceden al hombre la brisa acariciante, pueden inflingir la

ANDRÉ LUIZ

tempestad devastadora... Pero, una y otra, son elementos indispensables para la gloria de la vida.

15. RUEGO CRISTIANO

Estaban próximas a terminar mis posibilidades de estudio, en compañía de Calderaro, cuando, en la víspera de la prometida visita a las cavernas del sufrimiento, el estimado asistente me invitó a oír la palabra del instructor Eusebio que, aquella noche se dirigiría a algunas centenas de compañeros de las iglesias católicas-romanas y protestantes, aún en tránsito en los servicios de la esfera carnal.

—Son hermanos menos dogmáticos y más liberales que, en los momentos de sueño, se vuelven susceptibles a nuestra influencia. Por las virtudes de las que son portadores, son dignos de las directrices de los planos más altos.

No oculté mi extrañeza ante la información, pero Calderaro añadió:

—La protección divina no conoce privilegios. La gracia celestial es como el fruto que siempre surge en el árbol del esfuerzo terrestre: allí donde haya colaboración digna del hombre, se encuentra el amparo de Dios. No es la confesión religiosa la que nos interesa en el sentido fundamental, sino la revelación de fe viva, la actitud positiva del alma en la jornada de elevación. Las escuelas de la creencia varían, situándose cada una en un círculo diferente. Cuanto más rudimentario es el concepto de entendimiento religioso, mayor es la combatividad inferior, que traza infelices fronteras de opinión e incita hostilidades deplorables, como si Dios fuese un dictador en dificultades para mantenerse en el poder. El Espiritismo cristiano es un prodigioso núcleo de comprensión sublime, por lo que es razonable considerar que es la escuela cristiana más elevada y rica. Poseyendo tamañas bendiciones de conocimiento y de amor, les

cabe extenderlas a todos los demás, aun cuando se muestren rebeldes e ingratos como consecuencia de la ignorancia de la que aún no consiguieron apartarse. La compasión de Jesús podría ser medida por el estado de evolución de aquellos que le seguían de cerca. Delante de la mente encarcelada en el vanidoso intelectualismo de muchas personalidades importantes de su época, le vemos inflamado de energía divina, por el contrario, en Jerusalén, en el último día, al frente del populacho exaltado e ignorante –aunque arraigado a los principios de la creencia–, le encontramos silencioso y humilde, solicitando perdón para cuantos le herían.

Imprimiendo una inflexión más cariñosa a la palabra, añadió, bondadoso:

No nos olvidemos que, por encima de todo, nos empeñamos en una obra educativa. Salvar a alguien, o socorrerle, no significa sustraerle a la oportunidad de lucha, de elevación o edificación. Constituye un amparo fraternal, para que despierte y se levante, entrando en posesión del equilibrio que caracteriza a aquel que le ayudó. El supremo Señor no se complace con poseer hijos miserables e infelices en la Creación; esparce bendiciones y dones, riquezas y facilidades eternas a manos llenas, esperando sólo que cada uno de nosotros se disponga a regir con sabiduría el propio patrimonio. Como vemos, todos los sectores del servicio espiritual reclaman la divina asistencia.

Antes de poder escuchar más detalles referentes al asunto, alcanzamos el lugar tranquilo, donde el noble emisario se hacía oír.

Observé que la reunión, ahora, no destacaba por un gran número de colegas encarnados, que se contaban allí por unas pocas centenas, asistidos por una considerable cantidad de cooperadores de nuestro plano.

La claridad de la luna acariciaba dulcemente la arboleda, que se inclinaban con el viento.

Imponente, por la claridad sublime que aureolaba su figura venerable, Eusebio, al parecer, había iniciado la conferencia hacia mucho. Extasiados, los oyentes registraban su palabra inundada de luz celestial, con el asombro pintado en sus rostros. Confundidos y arrodillados, en gran número, en el césped fresco, se sentían repentinamente transportados al paraíso...

El instructor, envuelto en reflejos transparentes y coloridos, hablaba con un irresistible poder de atracción.

–Si el patrimonio de la fe religiosa representa un indiscutible factor de equilibrio mental del mundo, ¿Que hacéis de vuestro tesoro, olvidando utilizarle, en una época en que la inestabilidad y la incertidumbre amenazan todas las instituciones de orden, trabajo, entendimiento y construcción? ¿No os asombra y despierta la conciencia, la borrasca renovadora que transforma principios y naciones? ¿Creéis posible una era de paz exterior, sin la preparación interior del hombre en el espíritu de observancia y aplicación de las Leyes divinas? Por admitir semejante contrasentido, la máquina y la técnica, creación de vuestra inteligencia, os anula las posibilidades de más alta incursión en el reino del Espíritu Eterno.

Ser cristiano, en otro tiempo, simbolizaba la elección de la experiencia más noble, con el deber de dar ejemplo según el patrón de conducta consagrado por el Maestro Divino. Constituía un ininterrumpido combate al mal con las armas del bien, una manifestación activa del amor contra el odio, la seguridad de la victoria de la luz contra las sombras y el triunfo incontestable de la paz constructiva sobre la discordia destructora.

En tiempos del corrupto Imperio Romano, los seguidores del Evangelio no se exponían a polémicas mordaces, ni se enredaban

en las telas del personalismo disolvente, ni malgastaban posibilidades preciosas, levantando fronteras dogmáticas... Se amaban en nombre del Señor, y ofrecían su propia vida, en señal de gratitud a Aquel que no dudó en seguir hacia la cruz por amor a todos nosotros. Erguían sus más sublimes santuarios en la comunión con los principios santificantes que les identificaban con el Salvador del mundo. Sabían perder ventajas transitorias, para conquistar los imperecederos tesoros celestiales. Se sacrificaban los unos por los otros, en viva demostración de devoción fraternal. Repartían los sufrimientos y multiplicaban los júbilos entre sí. Morían en testimonios angustiosos, para alcanzar la vida eterna. Luchaban con los desequilibrios de su época y de sus contemporáneos, no a golpes de maldición, ni con la espada, sino por la práctica de la renuncia, sometién dose a disciplinas crueles y revelando, en las palabras, en los pensamientos y en los hechos, el mensaje sublime del Maestro que renovó sus corazones.

Vosotros, herederos que sois de aquellos héroes anónimos, que vivieron en los sufrimientos, con el espíritu vuelto hacia las promesas de Cristo, ¿qué hicisteis de la esperanza transformadora, de la confianza sin vacilación? ¿Dónde colocasteis la fe viva que vuestros patriarcas adquirieron al precio de sangre y de lágrimas? ¿Qué es del espíritu de fraternidad que distinguía a los aprendices del Evangelio? Enriquecidos por las gracias del cielo, poco a poco olvidasteis las puertas de la Revelación divina a cambio de las comodidades humanas.

“Construisteis, entre vosotros mismos, barreras difíciles de superar”.

“Os intoxica el dogmatismo y os corrompe la secesión”.

Vuestros horizontes mentales están oscurecidos por estrechas interpretaciones del plano divino.

Establecéis hostilidades en nombre del reino de Dios que significa amor universal y unión eterna.

Ensuciáis la fuente de las bendiciones, maldiciéndoos unos a los otros, invocando para eso, al Príncipe de la paz, que, para ayudarnos, no vaciló ante su propia muerte.

¿A qué delirio llegasteis, estableciendo rivalidades para la imaginaria obtención de privilegios divinos?

Antiguamente, los compañeros de Cristo se disputaban la oportunidad de servir; no obstante, en la actualidad, buscáis la mínima ocasión para que os sirvan.

Reverenciáis al Señor la luz de los siglos, y os mantenéis en las sombras del nefasto egoísmo.

Proclamáis en Él la gloria de la paz, e incentiváis la guerra fratricida, en que hombres e instituciones se matan recíprocamente.

Recurrís al Divino Maestro, centralizando en su infinita bondad la fuente inagotable del amor, pero cultiváis la desarmonía en lo más recóndito de vuestro ser.

¿Por qué extrañas convicciones creéis conquistar el paraíso, a fuerza de palabras?

¿Olvidasteis que la palabra, divina en sus fundamentos, es siempre creadora? ¿Cómo admitir la redención al precio de simples palabras a las que no concedéis ningún significado por las acciones?

Sin embargo, es imperioso reconocer el carácter sublime de vuestra tarea en el mundo.

Jesús fundó la religión del amor universal, que los sacerdotes políticos dividieron en varias escuelas orientadas por un sectarismo injustificable. A pesar de ese error lamentable de los hombres, la esencia de vuestros principios es la misma que mantuvieron el coraje y la nobleza de los trabajadores sacrificados en los primeros días del cristianismo.

Aunque algunos misioneros de las verdades religiosas olvidasen la paternidad divina y se permitiesen desmanes de la autoridad, prefiriendo la opresión y la tiranía, no sois menos responsables, ahora, por los sagrados depósitos que Jesús nos confió, destinados a los servicios de elevación humana y de santificación de la Tierra.

El Evangelio, en sus bases, guarda la belleza del primer día. Ninguna frase consiguió empañar el brillo de “amaos unos a otros, como yo os amé”...

Ante los desafíos del Cielo, creéis, acaso, servir a Dios, encarcelando los servicios de la fe en los templos suntuosos? La pompa del culto exterior solo realza el desatino de vuestras peligrosas ilusiones acerca de la vida espiritual.

La divina misión del Maestro sería infructífera, si el Evangelio permaneciese circunscrito a las trincheras sectarias, donde os refugiáis presuntuosamente, con el objetivo de inflamar la hoguera de las hostilidades, aparentemente cordiales.

¿No encontrasteis otra fórmula de exteriorizar la creencia, más allá de la rivalidad tan poco digna?

En vano levantáis castillos de opinión para la palabrería sin obras, porque, si la muerte sorprende al materialista rebelde, mostrándole la realidad de la vida, la tumba abre también el tribunal de la recta justicia a cuantos se valieron de la religión para disimular la indiferencia que llena su interior.

No penséis que la fe está consagrada al menor esfuerzo.

Como ocurre a la ciencia, la religión tiene su trabajo específico en el mundo. Es una fuerza de equilibrio del pensamiento y sus servidores deben colaborar en la armonía de la mente humana.

En la actuación de la fe positiva reside la fuerza reguladora de las pasiones, de los impulsos irresistibles de la animalidad de la que todos emergemos, en el proceso evolucionista que dirige nuestra existencia.

Jesús, por esto, no confinó sus enseñanzas al estrecho círculo de los templos de piedra. Respetó, en verdad, los monumentos que recordasen los "lugares santos de la oración", consagrados a las manifestaciones superiores del espíritu, pero, no se cristalizó en las actitudes de adoración, vivió conquistando amigos para el reino del cielo.

No impuso a sus seguidores normas rígidas de acción: les pedía amor y entendimiento, fe sincera y buen ánimo para los servicios edificantes.

Aproximándose a Magdalena, no divaga en vanas conversaciones: le interesa el corazón en el sublime apostolado renovador. Visitando a Zaqueo, bendice su esfuerzo noble y constructivo. Dirigiéndose a la mujer samaritana, no desciende a las contiendas inútiles: la impresiona por el contacto de su alma divina, haciéndole abandonar el viejo cántaro de la fantasía, para que busque las fuentes eternas. Conviviendo con ciegos y leprosos, locos y enfermos de todas clases, fue un ejemplo de vida social, basada en la fraternidad más pura y en los más elevados estímulos a la santificación. Por fin, inmolado en la cruz, sus dos últimos compañeros eran ladrones confesos, a los cuales no vaciló en dirigir la palabra fraternal, inflamada de amor.

¿Cómo invocar su nombre para justificar los desvaríos de la

separación por motivos de fe? ¿Cómo apoyarse en el Amigo de todos para iniciar luchas de opinión, encendiendo hogueras de odio en perjuicio de la solidaridad común de la que Él nos dio ejemplo hasta el supremo sacrificio? ¿No será denigrar su memoria el difundir la discordia en su nombre?

Noté que las palabras del orador provocaban una profunda impresión. La mayoría de los oyentes lloraba de emoción, sintiéndose ante el juicio celestial.

Eusebio, que mantenía la atención general, prosiguió, sereno:

–No se os reclama que perdáis el depósito espiritual de la creencia venerada. En todos los sectores, donde florece la siembra de Cristo, es posible honrar la Ley divina, grabando los sublimes párrafos en el corazón. Lo que se pide a vuestro espíritu de creencia es que aprovechéis las bendiciones celestiales esparcidas sobre vosotros en caudalosas corrientes de luz.

No limitéis, por tanto, la demostración de la confianza en el Altísimo a los rituales del culto externo. Barred la indiferencia que congela las basílicas suntuosas. Seamos verdaderos hermanos unos de los otros. Transformemos la Iglesia en el dulce hogar de la familia cristiana, cualquiera que sean nuestras interpretaciones. Olvidemos la falsa afirmación que los tiempos apostólicos pasaron para siempre. Cada aprendiz del Evangelio guarda, en su propia vida, un reducto destinado al culto vivo del divino Maestro, ante el cual se presenta la multitud de los necesitados, todos los días...

Amando y socorriendo, creyendo y actuando, Jesús amparó la mente desequilibrada del mundo greco-romano, infundiéndole una vida nueva, en favor de la humanidad más feliz. Así, igualmente, cada discípulo de la fe redentora puede y debe cooperar en el levantamiento de los hermanos frágiles y vacilantes.

Huid del fariseísmo de los tiempos modernos que se niega al auxilio fraternal, en nombre del genio satánico del cisma dogmático. Jesús nunca fue predicador de la falta de armonía, jamás aceptó la vanidad petulante de los que se declaran puros por los labios, manteniendo el corazón atascado en el lodo del orgullo y el egoísmo.

Pongamos nuestra confianza en Dios, ampliando su reino bendito de redención.

Aguardar el cielo, menospreciando la Tierra, es producto de la insensatez.

Ninguno de nosotros sobornará a la justicia divina, aunque permanezcáis cultivando, muchas veces, la idea de un ridículo comercio con la Divinidad.

Si un labrador jamás va a la selva o al pantano peligroso si no tiene un trabajo que realizar, ¿Cómo permanecer sin deberes inmediatos junto a los paisajes del crimen y las tinieblas, de la inquietud y el sufrimiento?...

El hermano caído es nuestra carga preciosa, la dificultad nuestro santo incentivo, el dolor nuestra escuela purificadora.

Abracémonos, pues, unos a otros, en nombre del Cordero de Dios, que reformó nuestra mente, alzándola a planos superiores por la ascensión gloriosa, a través del sacrificio.

Solamente así, amigos míos, es posible corresponder al elevado destino que nos corresponde.

Delante de un mundo peligroso, alucinado por ambiciones rastreras, por el odio y la miseria, secuencias de las guerras incesantes y aniquiladoras, armonicémonos en Jesucristo, para poder equilibrar el plano físico.

Las sombras perturbadoras, no lo olvidéis, vagan en torno de vuestros pasos y de vuestras instituciones, en ronda siniestra.

Evitad la subversión de los valores espirituales, ahuyentad a las tinieblas que amenazan las organizaciones político-religiosas. Temed a la ciencia que habla sin sabiduría, libraos del raciocinio que calcula sin amor, revisad la fe para que sus impulsos no se desordenen, en detrimento de la edificación.

La Corteza de la Tierra es actualmente un campo de batalla más duro y más doloroso...

Despertad la conciencia adormecida y adaptaos a la Ley divina, olvidando el cautiverio de la ilusión.

La salvación es trabajo continuo de renovación y de perfeccionamiento.

¡Proclamemos al mundo atormentado nuestra fe en Jesucristo para siempre!...

Eusebio, al terminar, estaba aureolado de prodigiosas emisiones de luz.

La asamblea mostraba una gran estupefacción. Un gran grupo de colaboradores de nuestro plano elevó la voz en armonía, entonando un conmovedor cántico de glorificación al Supremo Señor.

Las melodiosas notas del himno se perdían, a lo lejos, en la arboleda distante en alas de suave brisa.

Terminada la reunión, observé que los amigos encarnados, bajo el amparo de colegas de nuestras actividades de socorro, no se alejaron animados y optimistas, porque muchos de ellos, comprendiendo, tal vez con más claridad, fuera del vehículo

denso de la experiencia física, los errores de la creencia desviada, se retiraban cabizbajos, sollozando...

16. ALIENADOS MENTALES

Antes de visitar las cavernas del sufrimiento, Calderaro me pidió acompañarle a una rápida visita al gran instituto dedicado al asilo de alienados mentales, en el plano físico.

Podrás comprender con más precisión –explicó, dirigiéndose a mí con la delicadeza que le es peculiar– la tragedia de los hombres desencarnados, en pleno desequilibrio de las sensaciones. Exceptuados los casos puramente orgánicos, el loco es alguien que procuró forzar la liberación del aprendizaje terrestre, por indisciplina o ignorancia. Realmente es un género de suicidio hábilmente disimulado, la autoeliminación de la armonía mental, por la inconformidad del alma con la lucha que la existencia humana presenta. Ante el dolor, el obstáculo o la muerte, millares de personas capitulan, entregándose, sin resistencia, a la perturbación destructora, que les abre, por fin, las puertas del sepulcro. Al principio, son simples descontentos y desesperados, que pasan desapercibidos incluso de aquellos que les acompañan de más cerca. Pero, poco a poco, se transforman en enfermos mentales de diversos niveles, de cura casi imposible, portadores como son de problemas irresolubles e ingratos. Esos imperceptibles frutos de la desobediencia comienzan por arruinar el cuerpo que les fue confiado en la corteza de la Tierra, y acaban empobrecidos e infortunados. Afligidos, medio muertos, son hombres y mujeres que desde el plano terrenal padecen, refugiados en precipicios infernales, por haberse rebelado a los designios divinos, sin tenerles en cuenta en la escuela benéfica de la lucha purificadora, por sus caprichos insensatos.

Quedándome con la explicación, le acompañé en el viaje al hospital psiquiátrico, donde había gran cantidad de enfermos.

En el primer local que entramos, había muchas mujeres desequilibradas conversando.

Una anciana de cabellos nevados, de mirada feroz, llevaba el uniforme de la casa, como quien arrastrase un vestido real, y decía a dos apáticas compañeras:

–Como marquesa, no tolero la intromisión de médicos inconscientes. Creo estar presa por motivos secretos de familia, que averiguaré en la primera oportunidad. Tengo poderosos enemigos en la corte, pero mis amistades son más prestigiosas y fieles.

Bajó la voz, como recelando ser escuchada por espías ocultos, y habló al oído de una de las compañeras:

–El emperador está interesado en mi caso y castigará a los culpables. Me encerraron por miserables cuestiones de dinero.

Elevando el tono, inesperadamente, gritó: –¡Todos pagarán! ¡Todos pagarán!

Y continuó hablando con gestos de gran señora. Me dolía observar la promiscuidad entre las enfermas encarnadas y las entidades infelices, que había allí.

Todavía atado a mi antiguo vicio de la curiosidad, quise pararme, para oír a la demente hasta el fin, pero el asistente me dijo:

–No nos detengamos, André. Desgraciadamente, atravesamos una gran galería de padecimientos expiatorios, donde nuestros recursos de ayuda no producirían ventajas inmediatas. Aquí, casi todos los alienados son criaturas que huyeron de la realidad, atendiendo a circunstancias del pasado sin más razón de ser. Esa desventurada hermana tuvo títulos de nobleza en existencia

anterior, perpetró clamorosas faltas, dando expansión a las energías ciegas del orgullo y de la vanidad. Renaciendo en una cuna humilde para el imprescindible reajuste, se alarmó ante las primeras pruebas más duras que debía afrontar, reaccionó contra los resultados de su propia siembra, abandonó los cuidados del cuerpo físico, y, por fin, se situó mentalmente en las zonas más bajas de la personalidad, pasando a residir, en pensamiento, en el pasado de mentiras brillantes. Se agarró, desesperada, a los recuerdos de la marquesa vanidosa de salones que ya desaparecieron, y deambula por los valles de la demencia en lamentables condiciones.

Recorridos pocos metros, encontramos un nuevo grupo, en la que sobresalía una curiosa dama, extremadamente nerviosa.

–¡Dios me libre de todos, Dios me libre de todos! –gritaba, inquieta. ¡No volveré nunca, nunca!...

Se aproximó, prudente, una enfermera, y le dijo:

–¡Señora, cálmese! Es su marido que viene de visita. Vamos.

Y añadió sonriendo:

–¿No se siente feliz?

–¡Jamás! –Gritaba la demente con un espantoso semblante de angustia– ¡No quiero verle! ¡Le odio, le odio, y a todo lo que le pertenece!

Repitiendo expresiones de desprecio, se puso tensa cayendo en una lamentable crisis de ansiedad, por lo que la enfermera tuvo que pedir ayuda urgentemente.

Deseé quedarme, para estudiar la situación, pero el asistente me lo impidió, diciendo:

–No pierdas tiempo. No remediarías el mal. Pasaremos rápidamente por aquí. Te recomiendo que sólo te fijas en donde se refugian todos los que se olvidan de los deberes presentes, pretendiendo escapar a la realidad educadora.

Modificó la inflexión de su voz y prosiguió:

–No podemos decir que todos estos casos se relacionen exclusivamente con ese factor. Mucha gente atraviesa este pavoroso túnel, apremiada por exigencias de la prueba rectificadora, aunque debemos reconocer que la mayoría inició este drama en sí mismo. Son hermanos nuestros, rebeldes ante los designios superiores que les condujeron a recapitular enseñanzas difíciles, como la de aproximarse a antiguos enemigos a través de lazos familiares del presente, o la del enfrentamiento a obstáculos aparentemente insuperables.

Para que se efectúe la jornada iluminativa del espíritu es indispensable transformar la mente, revolver las ideas, renovar los conceptos y cambiar el modo íntimo de ser hacia el bien, de la misma forma que lo hacemos con la tierra para que produzca una buena cosecha o con cualquier institución humana al reestructurarla para el progreso general. Si el alma se niega a recibir el auxilio divino a través de los procesos de transformación por las diferentes situaciones en el aprendizaje carnal, se aparta del camino, creando perturbaciones con deseos injustificables.

Casi podemos afirmar que el noventa por cien de los casos de locura, exceptuando aquellos que se originan por la incursión microbiana sobre la materia gris, es producto de las consecuencias de las faltas graves que practicamos, con la impaciencia o con la tristeza, es decir, mediante actitudes mentales que imprimen deplorables reflejos a los que las acogen y alimentan. Una vez instaladas esas fuerzas desequilibrantes en el interior, se inicia la desintegración de la armonía mental. Ésta a veces perdura, no solo en una existencia, sino en varias, hasta que

la persona se disponga, con fidelidad, a valerse de las bendiciones divinas que le adornan, para restablecer la tranquilidad y la capacidad de renovación que le son inherentes, en un bendito servicio evolutivo. Por la rebeldía, el alma responsable puede encaminarse a muchos crímenes, a cuyos resultados nefastos se encadena indefinidamente; y, por el desánimo, es propensa a caer en los despeñaderos de la inercia, con fatal atraso en su progreso.

En ese momento, penetramos bajo un amplio porche al departamento masculino y enseguida nos encontramos con un hombre que con casi total seguridad se encuadraba entre los esquizofrénicos. Le rodeaban algunas entidades de sombrío aspecto. El enfermo parecía un perfecto autómeta, bajo la dirección de los desencarnados. Exhibía gestos maquinales, y dijo muy serio al celador que se aproximaba, cauteloso:

–Venga, señor Juan. No tenga miedo. Ayer yo era, el “león”, pero hoy, ¿sabe usted lo que soy?

Ante el enfermero vacilante, explicó: –Hoy soy una platanera.

Tenía ante mí una excelente ocasión de recoger experiencias, y reconocí la perfecta sincronización entre la víctima y los obsesores invisibles. El desdichado era una marioneta en las manos de los perversos verdugos.

Calderaro, sin embargo, no me permitió detenerme.

–El proceso de desequilibrio está consumado –dijo–, y no tendrás posibilidad de recomponer rápidamente sus energías mentales centralizadas en la región inferior. El infeliz viene siendo objeto de prácticas hipnóticas por parte de perseguidores implacables, se halla expuesto a emisiones continuas de fuerzas que le deprimen y enloquecen.

–¡Cielos! –exclamé, espantado– ¿cómo ayudarle?

–Se trata de un hombre –agregó el instructor– que en encarnaciones anteriores abusó del magnetismo personal.

No pude contener la objeción que surgió espontáneamente:

–¿Cómo? las ciencias magnéticas son de hace poco.

Calderaro estampó en su mirada la condescendencia que le es característica y respondió:

–¿Crees que se iniciaron con Mesmer? Y, sonriente, añadió:

–Si consideráramos el sentido literal del texto, el abuso del magnetismo personal habría comenzado con Eva, en el paraíso...

Señaló al enfermo y prosiguió:

–En un pasado no muy lejano, nuestro imprevisor amigo se excedió en su potencial de fascinación, desviándolo hacia aventuras poco dignas. Varias mujeres que sufrieron sus efectos negativos, emitieron contra él incesantes explosiones de odio enfermizo y corruptor, que el pobre hombre merecía como consecuencia de la actividad condenable a la que se dedicó por muchos años. Minado por la reacción persistente, su resistencia menguó y se convirtió en juguete de las fuerzas destructivas, a las que se había unido voluntariamente, al practicar el mal. No podemos prever hasta cuando estará en esa actitud. Generalmente, cuando delinquimos, podemos precisar el instante exacto de nuestra entrada en la falta de armonía pero, nunca sabemos, cuando la abandonaremos. En el retorno a la senda recta, a través de los caminos en que nos perdemos, por indiferencia y mala fe, no podemos fijar previamente calendario para la vuelta: nos implicamos en situaciones, de las que sólo saldremos después de un doloroso reajuste...

Observando mi admiración, ante la experiencia hipnótica que

los fríos verdugos llevaban a efecto, el asistente comentó:

–No te impresiones. La muerte física no cambia de repente la inteligencia dirigida al mal, ni el duelo de la luz con la sombra se restringe al estrecho plano físico.

Inmediatamente después, fuimos sorprendidos por dos ancianitos enloquecidos, pronunciando frases incoherentes.

–El tiempo –explicó el orientador–, acaba siempre por mostrar nuestra verdadera posición. Cuando la persona no hace de su existencia el trabajo constructivo que debe realizar en la Tierra, la vejez del cuerpo es más triste para el alma, ya que el individuo no domina el entorno habitual, y efectúa la fijación de su mente en los impulsos inferiores. Millones de hermanos nuestros se quedan, siglos y más siglos, en la fase infantil del entendimiento, por emprender el esfuerzo de su propia mejoría. Mientras tienen una salud física relativa, posibilidades económicas y captan las ilusiones pasajeras que la existencia en la Tierra ofrece a los que pasan por la carne, se consideran ciudadanos de la sociedad humana a que pertenecen, pero, tan pronto como son visitados por la enfermedad, la escasez de recursos o la decrepitud, revelan la infancia espiritual en la que yacen: vuelven a ser criaturas, a pesar de la edad avanzada de su vestidura carnal, por haberse quedado excesivamente en las superficialidades de la vida.

La exposición no podía ser más lógica; pero, examinando aquel ambiente, donde tantos locos de ambos sexos deambulaban distantes de la realidad, sin la más leve perspectiva de una próxima desencarnación, pensé en las criaturas que ya renacen imperfectas y perturbadas, en las criaturas atrasadas y en las que luchan con la demencia juvenil, en las innumerables fobias que afectan a personas respetables y serviciales, y pedí al instructor que me aclarase los cuadros de sufrimiento de ese tipo, que asaltan toda clase de ambientes.

El asistente no se sorprendió, y dijo:

André, estudiamos aquí, la cosecha de la siembra, tanto del presente como del pasado. Analizamos no sólo el aprendizaje de una breve existencia, sino también el desfile del alma por los caminos infinitos de la vida, de esa vida imperecedera que continúa siempre, venciendo las imposiciones y las obligaciones de la forma, purificándose y santificándose cada día. Comprobarás el aflictivo cuadro de padecimientos espirituales, y es probable que aprendas, en un psiquiátrico terrestre, algo sobre los desequilibrios que afectan la mente desviada de la ley universal. La alienación mental comienza con el descenso del alma a las “zonas inferiores de la muerte”. En el psiquiátrico es posible entender, de cierto modo, la locura de los hombres y de las mujeres que, equilibrados en apariencia en la sociedad terrestre, donde cambian los eternos valores divinos por satisfacciones ilusorias inmediatas, son empujados después, más allá del sepulcro, a la terrible desesperación del sentimiento. En cuanto a las perturbaciones que acompañan el alma en el renacimiento, en la infancia del cuerpo, la juventud o la vejez, sepamos que el desequilibrio comienza con la inobservancia de la Ley divina, así como la expiación se inicia en el crimen. Una vez adaptada la conducta en desacuerdo con la realidad, el espíritu encuentra en todos los lugares los efectos de su propia acción. Bien en los mecanismos de la herencia fisiológica, o fuera de su influencia, la mente, encarnada o no, se revela en la cosecha de lo que hay sembrado, en el campo de evolución del esfuerzo común, en el monte de la evolución por la práctica del sumo bien, o en el valle expiatorio por el ejercicio del mal.

El asistente, que se disponía a retirarse, me miró, y comentó:

–El loco, en general, considerando no sólo el presente, sino hasta el pasado lejano, es alguien que aborreció las bendiciones de la experiencia humana, prefiriendo segregarse en los caprichos mentales, y la entidad espiritual atormentada después de la

muerte es siempre alguien que deliberadamente huyó a las realidades de la vida y del universo, creando un purgatorio para sí mismo. ¿Comprendes?

Miré al instructor, agradecido.

Sí, había entendido. Y, analizando la lección de la mañana, seguí al instructor, que abandonaba en silencio el campo de observación, para vernos más tarde con los benefactores que visitarían las cavernas, en misión de amor y de paz.

17. EN EL UMBRAL DE LAS CAVERNAS

Integrados ahora, Calderaro y yo, en la comisión de trabajo asistencial que iba a trabajar en las cavernas del sufrimiento, fui sorprendido por el comentario de la hermana Cipriana, que dirigía las actividades de esa naturaleza.

El grupo constaba de un reducido número de compañeros: siete en total.

Viéndome al lado del asistente le preguntó Cipriana con sencillez, después de los saludos usuales:

–¿Quiere nuestro hermano André seguir en nuestra compañía?

El abnegado amigo respondió que el propio instructor Eusebio consideraba conveniente mi visita a los abismos purgatoriales. Aclaró que yo me hallaba interesado en obtener informes de la vida en los planos inferiores, para informar a los compañeros encarnados, ayudándoles en la preparación necesaria para el bien.

La directora oyó, bondadosa, y objetó:

Sí, la sugerencia de Eusebio es valiosa, tratándose de observaciones preliminares en el Bajo Umbral. Pero, como responsable por los servicios directos de la expedición, no puedo admitirle, por el momento, en todos los trabajos.

Fijó en mí su mirada lúcida y cariñosa, como lamentando la imposibilidad, y agregó:

–Nuestro estimado André no tiene el curso de asistencia a los sufridores en las sombras espesas.

Me acarició suavemente, con su mano cariñosa, y agregó:

–Si nos resulta indispensable efectuar realizaciones preparatorias, para que recojamos el beneficio de las “grandes luces”, también nos es imprescindible la iniciación, para administrar ese mismo beneficio en las “grandes tinieblas”.

Ante mi manifiesta desilusión, la venerable benefactora continuó:

–No obstante, convengamos que nuestro hermano no está junto a nosotros, sin problemas sustanciales que resolver. Cada situación a la que somos conducidos es portadora de ocultas enseñanzas para nuestro bien. Los designios superiores jamás nos proponen cuestiones que no vayamos a necesitar según las circunstancias. Si Eusebio sugirió esta medida, es que André Luiz debe prestar un servicio en estos lugares. Pero, al ser responsable de esta expedición, no puedo autorizar que nos siga en todas las situaciones, por eso, ruego al hermano Calderaro que permanezca, en compañía de André, en el umbral de las cavernas, sin descender con nosotros. Ahí, dada su inquietud investigadora, encontrará un apreciable material de observación, sin necesidad de enfrentarse a situaciones embarazosas, para las cuales aún no se preparó convenientemente...

Ante la solución presentada, volvió la alegría general. Se lo agradecí, contento y Calderaro también manifestó su reconocimiento. Y, con el júbilo de los trabajadores que se alegran con la oportunidad de aprender incesantemente para el bien, seguimos en la dirección de la zona temiblemente sombría.

Había visitado tremendos precipicios, donde entidades que se consideraban culpables se interpelaban unas a otras con deplorables actitudes, ya había visto llover llamas del firmamento sobre los valles de la rebeldía y descubrir a innumerables entidades dominadas por extrañas alucinaciones en las cámaras

rectificadoras; pero allí...

¿Estaríamos quizás en la “selva oscura”, a la que se refirió Dante Alighieri, en su inmortal poema?

¡Me rompían el corazón las voces lastimosas dispersas desvaneciéndose hacia el cielo de humo! No, no eran sólo lamentaciones; según íbamos descendiendo, cambiaban los gritos, oíamos también carcajadas e imprecaciones.

Estacionamos en una enorme planicie pantanosa, donde numerosos grupos de entidades humanas desencarnadas se perdían de vista, en asombroso desorden, como millares de locos, separados unos de los otros, o en grupos, según la clase de desequilibrio que les era peculiar.

No me fue posible calcular la extensión de esa llanura inmensa, y aunque hubiese marcas topográficas, para tal apreciación, la niebla era demasiada densa para que se pudiesen medir distancias.

Recorrimos algunos kilómetros en llano hasta que el terreno se inclinó, de nuevo, abriendo otras perspectivas abismales. La hermana Cipriana y los compañeros se despidieron de nosotros, dejándonos, al asistente y a mí, diciendo que volverían a buscarnos dentro de seis horas.

Abrazándome, la directora me dijo, gentilmente:

–Amigo mío, te deseo un feliz éxito en los estudios. Al volver recibiremos tus impresiones.

Sonreí, encantado, ante tan generosa demostración de aprecio.

Inmediatamente después, Calderaro y yo nos hallamos a solas en un lúgubre lugar poblado de extraños habitantes.

Las conversaciones eran innumerables y complejas. Me pareció que aquel “pueblo desencarnado” no se daba cuenta de su propia situación, por lo que pude apreciar inicialmente.

Mientras grandes grupos de almas torturadas se debatían en una sustancia viscosa, en el suelo donde andábamos, no muy lejos, asambleas de espíritus dementes pululaban en interminables contiendas por intereses mezquinos.

La escena era francamente impresionante por las características infernales que nos rodeaban. Viendo a aquellos infelices hermanos, no pude controlar las imágenes que surgían en mi mente.

Esos grupos de infortunados actuaban, allí, desconociendo los padecimientos unos de los otros. Unos volaban a poca altura, como bandadas de cuervos, más oscuros que la propia sombra que nos envolvía, mientras que ingentes cantidades de desventurados yacían adheridos al suelo, como aves desdichadas, con las alas partidas... ¿cómo explicar todo eso?

Pregunté al instructor: –¿Estos pobres seres nos pueden ver?

–Algunos sí, pero no nos dan mayor importancia: están muy preocupados consigo mismos; guardaron en el corazón sentimientos rastreros y tardarán en liberarse de ellos.

–Pero, ¿toda esa gente permanece desamparada, entregada a sí misma?

–No –respondió Calderaro, pacientemente–, por aquí, ejercen su labor innumerables Puestos de Socorro y escuelas en los que mucha gente practica la abnegación. Los pacientes y las personas torturadas son atendidos, de acuerdo con las posibilidades de aprovechamiento que demuestren.

Y comentó, con una complaciente expresión en el rostro:

–Las regiones inferiores jamás están sin maestros y enfermeros, porque una de las mayores alegrías de los cielos es la de evacuar los infiernos.

Viendo bandadas de seres volando, casi a ras de nosotros, recordé que en nuestra Colonia las facultades del vuelo normalmente no eran ejercidas para no herir susceptibilidades en aquellos que no las habían desarrollado, pero... ¿y allí? Criaturas de bajo nivel se movían por el aire, aunque a pocos metros del suelo.

Calderaro, sin embargo, explicó:

–No te sorprendas. La facultad de volar depende, fundamentalmente, de la fuerza mental almacenada por la inteligencia, hay que saber que los vuelos altísimos del alma solo se hacen posibles cuando corren parejos la intelectualidad elevada y el amor sublime. Hay espíritus perversos con una gran capacidad de vuelo, pero limitado a bajas incursiones. Son dueños de un inmenso poder de raciocinio y manejan ciertas fuerzas de la naturaleza, pero sin características de sublimación en el sentimiento, lo que les impide grandes ascensiones. En cuanto a las entidades albergadas en nuestra Colonia espiritual, aunque haya un gran número de ellas incapacitadas de usar tal ventaja, el fenómeno es natural. Es más fácil recoger criaturas con amor e inteligencia reducida, y convivir con ellas, en el proceso evolutivo común, que acoger personas sumamente intelectuales sin amor a los semejantes. Con estas últimas, la vida en común, en el sentido constructivo, es casi impracticable. En lo que se refiere al vuelo, por tanto, hay que tener en cuenta los ascendentes naturales, en la propia naturaleza, los cuervos vuelan bajo procurando carroña, mientras las golondrinas van hacia lo alto, buscando la primavera.

Pregunté, acordándome de las necesidades terrestres:

–Pero, ¿y las necesidades de subsistencia?

El instructor no se hizo rogar e informó:

–Nada les falta en cuanto a los mínimos esenciales de socorro y de manutención, como ocurre en un psiquiátrico en el plano físico.

El asistente hizo breve pausa y prosiguió:

–Hablando del psiquiátrico, te comento que mi intención, al visitar contigo un hospital de este tipo en la Tierra, fue justamente la de prepararte para el viaje que ahora estamos realizando. Tenemos aquí, en estos conjuntos de incompreensión y dolor, interminables filas de locos que voluntariamente se desviaron de las realidades de la vida. Fijaron la mente en las zonas más bajas del ser, y, olvidando el sagrado patrimonio de la razón, cometieron faltas graves, contrayendo pesadas deudas.

Ya has visto, en nuestra Colonia, a hermanos sufridores convenientemente amparados, algunos todavía sufren extrañas perturbaciones alucinatorias, otros son mantenidos como si fuesen momias periespirituales en profundo letargo, aguardando su despertar, otros pueblan grandes enfermerías para levantarse espiritualmente poco a poco... Aquí, no obstante, se congregan verdaderas tribus de criminales y delincuentes, atraídos los unos a los otros, en consonancia con la naturaleza de las faltas que les identifican. Muchos son inteligentes e, intelectualmente hablando, esclarecidos, pero, sin una pizca de amor en su corazón, van de pesadilla en pesadilla... El choque de la desencarnación para ellos, aún impermeables al auxilio santificante, por la dureza de sus sentimientos, parece cristalizarles en la posición mental en la que se encontraban en el momento del tránsito entre los dos planos, y, por eso, no es fácil de momento arrancarles del desequilibrio al que se precipitaron. A veces se demoran años, a veces, obstinándose en los errores a los que se habituaron, y, reforzando

sus impulsos inferiores por la incesante permuta de energías unos con otros, pasan, en general, a vivir, no solo su propia perturbación, sino también el desequilibrio de los demás compañeros de infortunio.

Ante el pandemónium que observábamos, el instructor comentó:

–El infierno de la concepción antigua, crepitando en eternas llamas de venganza divina, no es más que una peligrosa ilusión, pero los lugares purgatoriales de los deseos y las acciones criminales, aguardando a las almas manchadas por los desvaríos, son una realidad en el plano espiritual. Aquí, los avarientos, los homicidas, los codiciosos y viciosos de todos los matices se reúnen en una deplorable ceguera íntima. Forman grupos compactos, inclinándose más y más hacia los despeñaderos. Cada cual posee una historia horrible. Prisioneros de sí mismos, cierran su entendimiento a las revelaciones de la vida y restringen su horizonte mental, moviendo su propio interior, exclusivamente en los impulsos primarios, cultivando un pasado que deberían desvanecer. Cuando mejoran, son asistidos por activos y abnegados grupos de socorro que funcionan aquí. Las autoridades de nuestro plano, atendiendo a imperativos superiores, improvisan tribunales con funciones educativas, cuyas sentencias, rezumando amor y sabiduría, culminan siempre en determinaciones de trabajo regenerador, mediante la reencarnación en la Costra Terrestre, o en tareas laboriosas en el seno de la naturaleza, cuando hay suficiente comprensión y arrepentimiento en los interesados que hirieron la ley, ofendiéndose a sí mismos.

De este amplio conjunto de alienados con su mente ensombrecida de culpas, procede la mayoría de las reencarnaciones dolorosas que pueblan el plano físico. De aquí, así como de otras zonas análogas, van para el entorno físico más denso, millones de hermanos en duras pruebas, para que se

aligeren de las deudas y armonicen de nuevo su perturbado interior. Pocos se valen de la oportunidad terrena, en el sentido de restaurar las propias energías. Es siempre fácil huir del camino recto, pero muy difícil el retorno...

En ese instante, se aproximó a nosotros un enorme y bullicioso conjunto de sufridores. Se trataba de un tenebroso grupo de hermanos positivamente locos. Hablaban al azar, comentando homicidios, recordaban con palabras crueles escenas indescriptibles de dolor y perversidad.

Ninguno de ellos se percató de nuestra presencia. Calderaro, muy sereno, conociendo mi inveterada curiosidad, dijo:

–Estos infelices están unidos los unos a los otros por su afinidad casi perfecta, y actúan sólo por las leyes vibratorias que les rigen. Pero, si quieres saber la historia de algunos de ellos, sondea la mente de uno que te llame la atención.

Aprovechando un momento en que amainó su discordia me aproximé a un infortunado hermano, que impresionaba por su rostro macilento.

Me sintonicé en la onda mental que emitía, pero la escena que vi no me permitió una mayor investigación.

Vi el motivo que culminó en su desvarío: había asesinado a la esposa en pavorosas circunstancias. Sin embargo, no demostraba arrepentimiento, acariciaba el deseo de volver a ver a la víctima para hacerla sufrir, cuantas veces le fuese posible.

¿Qué tragedia se ocultaba, allí, en aquellos tormentosos recuerdos?

Atónito, levanté los ojos hacia el asistente, en muda interrogación, pero, muy cerca de nosotros, volaba bajo un gran

grupo de seres monstruosos, haciendo un ruido ensordecedor, y enseguida olvidé al asesino que me había llamado la atención. Calderaro, percibiendo mi perplejidad, explicó:

Esta bandada de espíritus, que se mueven como les es posible, está constituido por antiguos hombres de negocios terrestres, cuyo exclusivo deseo fue amontonar dinero para satisfacer su propia avidez, sin beneficiar a nadie. El oro, que transitoriamente les pertenecía, jamás sirvió para sembrar la gratitud en una sola persona. Hambrientos de fortuna fácil, inventaron mil recursos para monopolizar grandes y pequeños negocios, sin interesarles para nada la paz del prójimo. Fueron hombres de pensamiento ágil, sabían volar mentalmente a largas distancias, garantizando un éxito absoluto a las empresas materiales que llevaban a término con finalidad exclusivamente egoísta. No les incomodaba el sufrimiento de los demás, ignoraban las dificultades ajenas, se despreocupaban del valor del tiempo en relación al perfeccionamiento del alma. Querían únicamente acumular ventajas económicas, y nada más. Divorciados de la caridad, de la comprensión y de la luz divina, crearon para sí mismos el mito frío y rígido del oro, fundiendo en él su mente vigorosa y el corazón tacaño... Esclavizados, ahora, a la idea fija de ganar siempre, vuelan pesadamente aquí y más allá, dementes y confundidos, buscando monopolios y lucros que ya no encontrarán más.

Me dio mucha lástima. Quise parar a algunos, hablar fraternalmente con ellos para intentar esclarecerles, pero en instructor me contuvo, diciendo:

–¿Qué haces? sería inútil. Es imposible reajustar, en un momento, sólo con palabras, tantas mentes en cruel desequilibrio.

E, impulsándome hacia adelante, concluyó:

–Vamos: invertirías muchas semanas para conocer el paisaje de

dolor que se extiende delante de nosotros, y disponemos sólo de algunas horas.

18. VIEJO AFECTO

No habíamos ido muy lejos cuando un curioso grupo de ancianos se apostó a nuestro lado.

Todos mostraban un aspecto lamentable: desarrapados, esqueléticos, traían las manos llenas de barro que llevaban de cuando en cuando al pecho, ansiosos, afligidos. Al menor roce del viento, colocaban los trozos de barro junto su corazón, demostrando un infinito temor de perderlos. Se miraban de reojo con pavor como si temiesen un desastre próximo. Cuchicheaban entre sí maliciosos y desconfiados. A veces hacían un amago de correr pero se quedaban en el mismo lugar, entre el miedo y la sospecha.

Uno de ellos observó con voz ronca:

–Necesitamos ver alguna salida. No podemos retrasarnos más. ¿Y nuestros negocios, nuestras casas? Es incalculable la riqueza que descubrimos...

Y señalaba con orgullo los puñados de barro que escurrían de sus manos sarmentosas.

–Pero... –proseguía, pensativo– todo este oro, que tenemos, está a merced de los ladrones, en este campo miserable. Es imprescindible que encontremos el camino de vuelta. Esto es sorprendente.

Escuchando al singular personaje, dirigí una interrogativa mirada a Calderaro, que me comentó, atento:

–Son usureros desencarnados hace muchos años. Descendieron a tan profundo grado de apego a la fortuna

material transitoria, que fueron incapaces de mantener el equilibrio en la zona mental del trabajo digno, al no poder ascender al santuario interno de las aspiraciones superiores. En la corteza de la Tierra, no veían forma de actuar con una ambición moderada y noble, ni reparaban en los métodos que usaron para alcanzar los fines egoístas. Menospreciaban los derechos ajenos y escarnecían los sufrimientos de los demás. Engañaban a socios incautos, con el propósito de robarles, enriqueciéndose a costa de la ingenuidad y de la ciega confianza. Tantos sufrimientos causaron con sus acciones irreflexivas, que la materia mental de sus víctimas, en maléficas emisiones de venganza, de maldición, les impuso una coraza etérea en el campo de las ideas, que están fijas en los delitos del pasado, transformándoles en auténticos fantasmas de la avaricia, atormentados por la alucinación de oro en este desierto de padecimientos. No podemos predecir cuando puedan despertar, dada la situación en la que se encuentran.

Lo lamenté sinceramente, a lo que Calderaro me dijo:

–Enloquecieron en la pasión de poseer, acabando siendo esclavos de monstruos mentales de formación indefinible.

Me disponía a hablar, cuando uno de los ancianos alzó la voz en el extraño concierto, exclamando:

–Amigos, ¿No seremos víctimas de una pesadilla? a veces, llego a suponer que estamos equivocados. ¿Hace cuánto tiempo que estamos fuera del hogar? ¿Dónde estamos? ¿No habremos enloquecido?

¡Aquella voz! Escuchándola, se apoderó de mí una pavorosa duda. ¿Quién estaría loco? me preguntaba, ahora. ¿Aquél anciano o yo?

Observé sus rasgos. ¡Oh! ¿Sería posible? Aquél espíritu desventurado me recordaba a mi abuelo paterno Claudio, que se

encariñó conmigo desde mi infancia. De trato glacial con los demás, me mimaba muchas veces, acariciándome la cabellera infantil con sus manos rugosas. Sus ojos brillaban cuando posaban en los míos, y mi madre siempre decía que en las crisis nerviosas que tuvo antes de fallecer, sólo le calmaba mi compañía. No me acordaba en detalle de su historia, pero sabía que hizo una considerable fortuna en especulaciones escandalosas, labrando una espinosa vejez por el excesivo apego al dinero. Se alteró mucho en esa época, viendo delatores y ladrones en todas partes. Mi padre, preocupado, le llevó a nuestra casa, donde mi madre lo ayudó en sus últimos años.

Repentinamente, me vino a la memoria su deceso. Me trajeron del colegio, donde hacía el curso secundario, para besar sus manos frías por última vez. Nunca me pude olvidar de su impresionante máscara cadavérica. Las manos cerradas sobre el pecho parecían guardar, preciosamente, algún tesoro oculto, y en los ojos vidriosos, que manos piadosas no consiguieron cerrar, se reflejaba el pavor de lo desconocido, como si le acometiesen trágicas visiones en el Más Allá, adonde había sido arrebatado a pesar suyo.

Con los años, vine a saber que mi abuelo dejó un valioso patrimonio económico, que nosotros, sus parientes, disipábamos en lujosas fantasías... Volviendo al pasado, reconocí que un fuerte lazo me unía a aquel desgraciado que todavía sufría la pesadilla del oro terrestre, cargando trozos de barro que oprimía tiernamente contra su corazón.

Mientras recordaba esto, le gritó un infeliz compañero:

–¿Pesadilla? ¡Nunca, nunca! ¡Oh, Claudio, no te sensibilices tanto!...

–¡Habían pronunciado su nombre! La confirmación me aterrorizó, quise gritar, pero no puede. Comprendiendo lo que

ocurría en mi interior, el servicial Calderaro me amparó, asegurando:

–André, lo sé todo. Entiendo ahora el porqué de tu venida a estos parajes: la hermana Cipriana tenía razón. No tenemos tiempo que perder. El anciano se revela receptivo. Comenzó a entender que probablemente estará en error, que tal vez respire una atmósfera de pesadilla cruel. Ayudémosle. Urge tratar su visión, para que nos reconozca.

Afligido, seguí al dedicado orientador que pasó a aplicar recursos fluídicos sobre los ojos empañados de mi desdichado ascendiente. La entidad, con el providencial flujo de fuerza, ganó lucidez temporal, y nos vio, al final.

–¡Oh! –gritó ante los colegas aterrados– ¡Que luz diferente!

Y, restregándose los ojos, dijo, dirigiéndose a nosotros: –¿De dónde venís? ¿Sois sacerdotes?

Seguramente, aludía a las túnicas blancas con que nos presentábamos.

Avancé, decidido, y pregunté:

–¿Amigo, eres Claudio M..., antiguo hacendado en las cercanías de V...?

–Sí, ¿me conocéis? ¿Quiénes sois?

Aliviado, añadió con inflexión conmovedora:

Desde hace mucho estoy preso en esta región misteriosa, repleta de peligros y de monstruos, pero abundante en oro, mucho oro... Vuestra palabra me reanima... ¡Oh! por piedad! Ayudadme a salir... Quiero volver...

Y, arrodillado ahora, con los brazos extendidos hacia mí, repetía:

–Volver... volver a ver a los míos, sentirme en casa nuevamente.

Le abracé, emocionado, y sin desear trastornarle con inoportunas revelaciones, le dije:

–Claudio M..., eres víctima de un lamentable engaño. Tu antigua casa se cerró con los ojos físicos que ya desaparecieron. Encarcelaste el espíritu en un sueño vano de mentirosas riquezas. La muerte te arrebató el alma del cuerpo, hace más de cuarenta años.

El anciano desorbitó los ojos angustiados. No resistió.

Se desató en llanto convulsivo, hiriéndome las fibras más íntimas.

–¡Sí que lo siento! –dijo, inspirando compasión. –Tengo la cabeza ardiendo, y soy incapaz de razonar, pero... ¿Y el oro, el oro qué junté con tanto sudor?

–Repara en tus manos, ahora que la divina claridad acaricia tu espíritu. El patrimonio, acumulado a costa de las dificultades ajenas, se convirtió en trozos de barro. ¡Mira!

Mi abuelo se puso a contemplar el barro que abrazaba, y gritó, aterrorizado. Enseguida, posando en mí los ojos lacrimosos, comentó:

–¿Será un castigo? Mis errores con Ismenia exigían castigo...

Como los sollozos asfixiasen su garganta, le pregunté:

–¿A quién te refieres?

–A mi hermana, cuyos derechos pisoteé.

Nos quedamos intensamente sensibilizados, y Claudio prosiguió:

–Sois enviados de Dios, oídme en confesión. Al morir, mi padre me confió una hermana, que no era hija legítima de nuestra casa. Mi madre, dedicada y santa, la crió con el mismo infinito desvelo que a mí mismo. Pero, cuando me vi solo, la expulsé del ambiente doméstico. Probé que no era de mi sangre, para apoderarme de la fortuna que mi padre nos había legado. La pobrecita imploró y sufrió, pero, la abandoné a un miserable destino, celoso de la riqueza que había conseguido. Era rico y multipliqué mi capital, gané siempre...

Y fijándose en las manos llenas de barro, proseguía amargamente:

–¿Y ahora?...

Iba a consolarle y abrirle mi corazón conmovido hasta las lágrimas, pero, Calderaro me hizo un gesto, recomendándome silencio.

Mi triste antepasado continuó, mostrándome nuevos sentimientos:

–¿Dónde vivirán mis parientes, cuyo futuro me preocupaba? ¿Dónde estará el dinero que amontoné penosamente, olvidando mi propia alma? ¿Dónde respirará mi hermana, a quien despojé de todos los recursos? ¿Por qué no me enseñaron, en la Tierra, que la vida prosigue más allá del sepulcro? ¿Estaré realmente “muerto” para el mundo, o loco y ciego? ¡Ah! ¡Qué mísero que soy! ¿Quién me socorrerá?

Alargando los brazos resacos, suplicaba:

–¡Tened piedad de mí! ¡Mis padres murieron hace muchos años, y mis hijos, con seguridad, me olvidaron... Estoy sólo y despreciado, sin nadie. ¡Ayudadme, emisarios de lo Eterno! ¡No abandonéis a un anciano traicionado en sus ambiciones y propósitos! ahora que me veo a mí mismo, tengo miedo, mucho miedo...

Posando en mí la mirada que ensombrecía una gruesa cortina de lágrimas, dijo:

–Mis familiares olvidaron el cariño. Sólo una persona en el mundo se acordará de mí y me extendería sus manos protectoras si supiese mi paradero...

Con una expresión de ternura en su rostro doloroso aclaró:

–Mi nieto André Luiz era la luz de mis ojos. Muchas veces, su cariño me tranquilizaba el torturado pensamiento. En muchas ocasiones manifesté, en casa, mi deseo de que estudiase Medicina y le destiné un legado para ese fin. Pretendía verlo haciendo el bien que yo, hombre ignorante, no había sabido practicar. Frecuentemente me asaltaba el remordimiento por la extorsión que infligí a mi hermana, pero me consolaba con la idea de que el nieto de mi corazón, de algún modo, gastaría el dinero que yo indebidamente había amasado, educándose, como convenía, para beneficio de todos... Sería el benefactor de los pobres y de los enfermos, distribuiría simientes generosas donde mi existencia inútil había esparcido piedras y espinos de insensatez. Mi nieto sería bello, querido y respetado...

Enjugando las copiosas lágrimas, preguntaba con voz suplicante, fijándose en mis gestos:

–¿Quién sabe si vosotros, mensajeros de Dios, podríais llevar a mi nieto la tremenda noticia de los males que me devoran? No merezco salir de estas mazmorras en las que enloquecí, pero mi

consuelo será saber que André sabe de mis padecimientos.

¡Ah! ya no valieron las señales del asistente Calderaro para que me contuviese, esperando más. Mi pecho reventó en un torrente de llanto irreprimible. Allí, no me hallaba ante asambleas superiores, cuyas emisiones de energía me mantuviesen hasta el fin en el combate educativo de la autodisciplina, sino delante de los deplorables remanentes de las pasiones terrenales. Me acordé de mi abuelo, acariciándome los cabellos, recordé que mi progenitor siempre aludía a los deseos del anciano, referente a mi preparación académica... Pensé en los largos años que el miserable habría estado allí, aferrado a las ideas de la posesión económica, comprendí la extensión de mi deuda hacia él, con relación al título de médico que yo no había sabido honrar en el mundo... Dirigí una suplicante mirada a Calderaro, rogándole me perdonase...

El asistente sonrió y entendió todo.

¿Quién habrá perdido, del todo, la expresión infantil, si el propio Cristo, supremo guía de la Tierra, abrió sus tiernos brazos, un día, en la cuna de un pesebre?

Volviendo mentalmente a los escenarios de la lejana infancia, me sentí nuevamente niño, vencí de un salto el espacio que nos separaba y me arrodillé a los pies de mi desventurado benefactor, que me observaba, ahora, trémulo y asustado. Le cubrí las manos de besos y, levantando hacia él los ojos lacrimosos, pregunté:

—¿Abuelo Claudio, no me reconoces?

Sería imposible describir lo que pasó.

Olvidé, por momentos, los estudios que debía hacer, las escenas de aquel ambiente, que provocaban curiosidad y pavor. Mi espíritu respiraba el reconocimiento sincero y el amor puro,

mientras las míseras entidades encarceladas en la usura gritaban, rebeldes, unas, y reían otras hipócritamente, incapaces de comprender la improvisada escena. Yo, amparado por Calderaro, que también enjugaba lágrimas discretas, ante la emoción que me había acometido, tomé a mi abuelo en los brazos, como si transportase, loco de alegría, un precioso peso que era dulce y suave a mi corazón.

19. REAPROXIMACIÓN

Cuando Cipriana regresó, en compañía de los demás amigos, me encontró bañado en lágrimas, y oyó la extraña narrativa de mi abuelo medio lúcido. Esbozó un complaciente gesto y dijo, bondadosamente:

–Sabía, André, que no habías venido en balde.

En pocos minutos le describí lo sucedido, dándole todos los informes del pasado.

La directora analizó, serena, mi viaje a través del pasado y dijo:

–Tenemos poco tiempo, y, como no es posible que el enfermo nos acompañe, debemos internarle ya en algún refugio, aquí mismo.

Mi abuelo, a pesar del júbilo por haberme reconocido, no tenía un razonable equilibrio: pronunciaba frases incoherentes donde el nombre de Ismenia era repetido a cada paso.

–No podemos olvidar –resaltó la venerable instructora– que el hermano Claudio necesita tratamiento y cuidados. Es imposible prever cuando se hallará en condiciones de respirar una atmósfera más elevada.

Diciendo eso, generosa y tierna, auscultó al anciano casi loco, examinándole maternalmente.

Transcurridos algunos instantes, informó:

–André, nuestro enfermo, para mejorar con más rapidez y eficiencia, debería retornar a la experiencia carnal.

–En este caso, entonces, –dije humildemente– ¿podríamos merecer tu ayuda, hermana?

–¿Cómo no? tratándose de una reencarnación por simples actividades reparadoras, sin proyección en el interés colectivo de un modo más amplio, nuestra ayuda personal puede ser más decisiva e inmediata. Tenemos en estos sitios gran número de benefactores, proporcionando reencarnaciones en gran escala en los círculos regenerativos. Analicemos la situación futura de este hermano.

Sometió al enfermo a un cariñoso interrogatorio.

El anciano, conmovido, contó que su padre, al casarse, condujo al hogar una hija de su juventud turbulenta, a la cual su madre acogió con dulzura. Esa hermana había sido, más tarde, un ama desvelada, haciéndose acreedora de una justa gratitud. Sin embargo, cegado por el propósito inferior de poseer dinero desmesuradamente, le despojó de los bienes que le correspondían, por el fallecimiento de los padres, que, víctimas de fiebres malignas, le habían dejado en vísperas de casamiento. Ismenia, expoliada, después de llorar y reclamar en balde, fue obligada a ocultarse en una residencia de una familia rica, que le cedió, por favor, un lugar de criada con una remuneración despreciable. Supo que, apremiada por dificultades materiales de toda clase, se casó con un analfabeto, hombre rudo y cruel, que la maltrató y con el que tuvo algunas hijas en miserables condiciones. Una vez expuso el desvío máximo de su camino, comentó los indignos ideales que tenía en el terreno de la avaricia, estremeciéndonos los corazones.

Cipriana, demostrando estar habituada a problemas de aquella naturaleza, me aclaró:

–Ya conocemos dos puntos esenciales para los servicios que le competen: la necesidad de volver acercarse a Ismenia, que no

sabemos donde se encuentra, si encarnada o no, y el imperativo de la pobreza extrema, con trabajo intensivo, para que reeduke sus propias aspiraciones.

Una vez en posesión de la dirección probable de los descendientes de la hermana abandonada en otro tiempo, Cipriana recomendó a dos compañeros nuestros que se encargasen de hacer una rápida investigación en la Tierra, para orientarnos en cuanto a los rumbos a tomar en el imprevisto acontecimiento.

Los emisarios no tardaron más de noventa minutos.

Traían buenas nuevas, que me reconfortaron. Localizaron la familia a la que el desdichado anciano se refirió en sus amargos recuerdos, y traían una sensacional información. Los amigos de nuestro plano nos informaron que Ismenia había reencarnado y era una joven en la misma familia donde había servido en la época en que mi abuelo la expulsó de su lado.

Cipriana lo oyó todo, sensibilizada, e, interesándose por nosotros, sugirió que organizásemos las bases de la futura experiencia, conquistando, sin demora, las simpatías de la joven.

Ya en ese momento, estábamos en una organización de socorro, que recibió la solicitud de nuestra directora en favor del enfermo, con excelente disposición de servirnos.

Rodeando de todas las atenciones a mi antiguo abuelo, la estimada benefactora dijo, dirigiéndose a mí:

–Nuestro amigo, durante dos años aproximadamente, no podrá ausentarse de esta casa de asistencia fraternal. Permanece aún profundamente identificado con la atmósfera de estos sitios. Le visitaremos continuamente, amparándole con nuestros recursos, hasta que pueda respirar de nuevo los aires de la

Corteza. Sepamos que su mente no se liberará de la idea de la incomprensión con facilidad, y, en este estado no volvería con éxito a la escuela de la carne.

Acaté el análisis, siguiendo el proceso para el caso.

Cipriana contempló, enternecida, a la entidad demente y prosiguió, bondadosa:

–Ahora, André, finalizando nuestros servicios de la semana, intentemos traer a Ismenia hasta aquí, para los trabajos preparatorios de reaproximación. Hallándose en el presente en la juventud terrestre, probablemente nos ayudará en el momento preciso, recibiendo al hermano perturbado en su propia casa. Pero, antes de nada, necesitamos su consentimiento, en vista de nuestro programa de elevación.

–Si Ismenia aceptase, si consintiera... –añadí, vacilante.

Nos encargaremos del resto –prometió la interlocutora, decidida– el retorno de Claudio al plano físico tendrá características muy personales, sin reflejos de mayor importancia en el espíritu colectivo, por lo que nosotros mismos podremos realizar casi todo.

Confiando el enfermo a los beneméritos compañeros que velaban en la casa de amor cristiano en la que estábamos nos dirigimos hacia Río, donde encontraríamos a Ismenia en un modesto hogar del barrio de Bangu.

En plena madrugada, entramos respetuosos, en la humilde residencia.

La hermana de mi abuelo era ahora la sexta hija de aquella señora que, en la existencia física, era conocida como nieta de la vieja Ismenia, cuya identidad, para la familia terrestre, se había

perdido en el tiempo, y que no era otra sino la joven, bajo nuestros ojos, de vuelta a las tareas perfeccionadoras de la lucha carnal.

Todo allí respiraba pobreza digna y adorable simplicidad.

Adelantándose, Cipriana colocó la diestra sobre la frente de la joven adormecida, llamándola hacia nosotros. Efectivamente, transcurridos algunos instantes, estuvo con nosotros y, observando que nuestra orientadora, envuelta en intensa luz, la cubría con un gesto de bendición, se arrodilló, desligada de la materia, exclamando con lágrimas de júbilo:

–Madre Celestial, ¿quién soy yo para recibir la gracia de vuestra visita? Soy una indigna servidora...

Cubrió el rostro con las manos, sintiéndose tal vez ofuscada por la claridad sublime, y conteniendo con dificultad la conmoción que le ardía en el pecho, pero nuestra venerada benefactora se aproximó, le puso las manos cariñosas en sus cabellos y dijo, compasiva:

–Hija mía, soy sólo tu hermana, tu amiga..., ¡Oye! ¿Cuáles son tus intenciones en la vida?

Como la joven levantase hacia ella sus ojos lagrimosos, añadió la noble mensajera:

–Necesitamos tu colaboración y no deseamos ser amigos inútiles. ¿En qué te podemos servir?

Transcurrieron algunos instantes de expectación.

–¡Habla! –dijo Cipriana, servicial– explícate sin miedo...

Con la voz entrecortada por la emoción, expresó con

ingenuidad juvenil:

–Madre, si yo pudiese rogaros alguna cosa, os pido ayuda para Nicanor. Somos novios hace casi dos años, pero somos pobres. Trabajo en la industria textil, con un salario muy bajo, para ayudar a la manutención de nuestra casa, y Nicanor es albañil... Hemos soñado con crear un hogar pequeño y modesto, bajo la protección de la divina Providencia. ¿Podremos esperar la aprobación de Dios?

Cipriana con suma ternura maternal respondió:

–¿Cómo no? Tus deseos son justos y buenos. Nicanor tendrá nuestro amparo, y tus esperanzas nuestra viva contribución. Pero, esperamos, algo de ti...

–¡Ah! ¿En que podría servirlos, yo, mísera sierva como soy?

La directora no alargó la conversación, pidiéndole tan sólo:

–¡Ven con nosotros!

En seguida, con gran sorpresa para mí, Cipriana le cubrió el rostro con un fino velo de sustancia semejante a la gasa, para que no pudiese ver los impresionantes parajes que deberíamos atravesar.

Acompañada por nosotros, en poco tiempo la joven se arrodillaba, curiosa y enternecida, ante mi abuelo, que, al verla, prorrumpió en exclamaciones en las que manifestaba ansiedad:

–¡Ismenia! ¡Ismenia! hermana, perdóname... Acariciándole las manos, torturado, contemplaba su humilde semblante:

–¡Oh! es ella misma –insistía, con evidente espanto–, ¡con la misma tristeza del día en que la expulsé!... Pero, ¿qué hizo para

ser hoy más joven y hermosa?

Como la visitante guardase silencio, confundida, dijo, afligido:

–Di, ¡Di que me perdonas, que olvidarás el mal que te hice!

A esa altura de la inopinada entrevista, Cipriana intervino, dirigiéndose a ella, preguntando:

–¿Nunca te dijeron en la familia, que tu bisabuela tuvo un hermano?...

La joven no le dejó concluir, preguntando a su vez:

–¿... qué la expulsó de la casa?

–Sí.

–Mi madre ya hablo de ese pasado distante –añadió, melancólica.

–¿No lo reconoces? –dijo, afable, la benefactora.

En ese instante, el anciano intervino, apelando a su memoria.

–¡Ismenia, Ismenia! yo soy Claudio, tu desventurado hermano...

La joven no sabía como interpretar aquellas evocaciones pero nuestra directora, poniendo sus manos sobre los lóbulos frontales, mientras la envolvía en abundantes irradiaciones magnéticas, insistía, cariñosamente, provocando la inmersión de la memoria en sus más importantes centros periespirituales:

–Vuelve a ver el pasado, amiga mía, para que sirvamos bien a la obra divina.

Noté, asombrado, que algo anormal pasaba en la mente de la

joven, porque sus ojos, antes dulces y tranquilos, se volvieron dilatados e inquietos. Intentó retroceder ante la suplicante expresión de mi abuelo, pero la energía de Cipriana la contuvo, evitando la expansión de los impulsos iniciales de miedo y de revuelta...

–¡Ahora, si! Me acuerdo... –gimió, aterrada.

Nuestra instructora, entonces, le liberó la frente y señalando al enfermo, exclamó en tono conmovedor:

–¿Y, no tienes piedad?

Algunos segundos de expectativa transcurrieron, pero el amor, siempre divino en la mujer de aspiraciones elevadas, triunfó en la mirada enternecida de Ismenia, que, totalmente transformada, se abrazó al enfermo, exclamando:

–¿Eres tú, Claudio? ¿Qué te pasó?

Esbozó el anciano un largo comentario de sus penas, le refirió las faltas pasadas, y le habló, más lúcido y contento, del consuelo que la reaproximación suponía.

Ella le tuvo mucho tiempo abrazado, haciéndole sentir su inmensa ternura, su dedicación y entendimiento sin límites.

Cuando parecían perfectamente reconciliados, Cipriana se acercó a ella y dijo:

–Amiga mía, nos gustaría recibir tu promesa de ayudar a nuestro hermano Claudio, en un futuro próximo. ¿Colaborarás con nosotros en su favor, recibéndole en tus brazos abnegados de madre, si la Ley divina autoriza tu matrimonio?

Reverente y dándome a conocer los tesoros de una existencia

sencilla y humilde en la Tierra, la visitante exclamó:

–Si el Cielo me concede la felicidad de contribuir con algo en beneficio de Claudio, ese beneficio me lo haré a mí misma; y, si un día yo me caso, será nuestro primer y bien amado hijito. Sé de antemano que Nicanor se alegrará con mi compromiso.

Contemplando, extasiada, al desdichado prisionero de las sombras, prometía:

–Compartirás nuestra vida pobre y honrada, conocerás las alegrías del pan, hijo del sudor con la protección Divina, y olvidarás, en nuestra compañía, las ilusiones que por tanto tiempo nos separaron...

Evidenciando una deliciosa sencillez de corazón, proyectaba en éxtasis:

–Será un albañil feliz, ¡como Nicanor! ¡Bendecirá la lucha digna a la que nos dedicamos actualmente! ...

Como llorase de emoción, Cipriana la abrazó, también tocada en el corazón y con los ojos húmedos, asegurando:

–Bienaventurada seas tú, querida hija, que comprendes con nosotros el ministerio celestial de la mujer noble, siempre dispuesta a la maternidad sublime.

Transcurrieron algunos minutos más en saludable charla y, cuando el sol adornaba el horizonte de tonalidades diamantinas, estábamos de nuevo en el modesto aposento de Ismenia, ayudándole a regresar al cuerpo físico y a olvidar lo que había vivido, junto a nosotros, en el plano espiritual.

Despertó en el cuerpo, experimentando una alegría desconocida. Tenía la mente refrescada con ideas felices. Tuvo la

nítida impresión que volvía de una maravillosa romería, cuyos detalles no conseguía precisar. Sin saber cómo, guardaba, en aquel instante, absoluta certeza que se casaría y que Dios le reservaba un dichoso porvenir.

¿Cómo podríamos expresar el reconocimiento y la admiración de aquella hora? Mis compañeros la bendijeron, yo, por mi parte, despidiéndome de ella conmovedoramente, le besé su pequeña mano, con un beso silencioso de profunda amistad y de indecible gratitud.

20. EN EL HOGAR DE CIPRIANA

Finalizada la semana de estudios que me propusiera y guardando valores nuevos en el espíritu, acompañé a Calderaro, en pleno crepúsculo, a la benemérita fundación en las zonas inferiores, que el asistente había llamado “Hogar de Cipriana”.

Extremadamente perplejo, ante el problema que reclamaba mi atención, como el del reencuentro inesperado con mi abuelo, no me sobraban, ahora, motivos para largas investigaciones de orden filosófico-científico junto a la privilegiada cultura del instructor, dispuesto a despedirse.

La investigación dio lugar a la meditación, el raciocinio al sentimiento. Había recogido un extenso material referente a las manifestaciones de la mente, obteniendo valiosas conclusiones para definir los desequilibrios del alma, había examinado a diversos enfermos, con los que había trabado relaciones; identifiqué trastornos cuyas causas se unían a las más profundas y poco conocidas raíces del espíritu, pero, entre las novedades, encontré a un enfermo que me hizo transferir la ardiente curiosidad intelectual a las cuidadosas reflexiones en lo relativo al destino y al ser.

Reconocía, ahora, que, para conseguir la sabiduría con provecho, era indispensable adquirir amor.

En aquellos instantes, bullían en mí las preguntas inquietas, contenidas por el corazón dolorido.

Podría, es cierto, haber avanzado mucho en el dominio de los conocimientos nuevos, conquistado simpatías prestigiosas, renovado los conceptos de la vida y del universo, mejorándoles, pero, ¿de qué me valdrían semejantes trofeos, si no era posible

ayudar a un benefactor en dificultad?

Con el pensamiento fijo en la sorprendente cuestión del momento, llegué, en compañía de Calderaro, a la enorme institución en la que Cipriana administraba el constante beneficio de su devoción fraternal.

Se trataba, en mi opinión, de una Casa de Socorro diferente a cuantas conocía, parecía un gran centro de trabajo propiamente terrestre.

La mayoría de los compañeros que allí trabajaban no eran portadores de una luminosa expresión, sino las típicas entidades en proceso regenerador. Con excepción de Cipriana y de los asesores que componían su séquito, la comunidad, de tamaño medio, estaba formada por criaturas evidentemente inferiores: hombres y mujeres análogos, en el aspecto, a los que pueblan los círculos carnales.

Como sucedía habitualmente, Calderaro vino en mi auxilio, aclarando:

—La Hermana Cipriana ideó este admirable reducto de restauración espiritual, y lo concretó, usando a los propios hermanos sufridores y perturbados que vagan en las regiones vecinas.

Está claro que no reside sistemáticamente aquí, sin embargo, en este lugar regenerador pasa gran parte del tiempo, que consagra a su ministerio santificante en los planos de bajo nivel de evolución. En el fondo, la organización funciona bajo la vigilancia de los propios compañeros que van mejorando. Se trata, pues, de una importante escuela de reajuste anímico, de auto reconocimiento y preparación para individuos de buena voluntad. Nuestra benemérita amiga inició la obra y es su fiel cuidadora. Este lugar es de la región inferior para criaturas que deseen mejorar sus condiciones de existencia. Escuela de tránsito,

bajo la acción directa de los que de él recogen provecho, pasó, de esta manera, a ser un valioso núcleo de instrucción y amparo. Las entidades liberadas de la carne, en penosas condiciones íntimas en los sectores del conocimiento, reciben aquí una preciosa ayuda, para readaptarse convenientemente a la vida.

Grupos diversos de mediana condición se dirigían hacia un edificio al centro de la amplia organización, en la que adiviné el templo consagrado a la oración.

Muchos compañeros caminaban rápidamente, conversando, a nuestro lado. Había allí tanta gente alegre y preocupada, como en cualquier vía pública de una gran ciudad en el plano físico, tuve la impresión que visitábamos una enorme universidad, situada en un clima sombrío.

Aunque, en cuanto al aspecto, fuesen distintos entre sí, los pequeños o grandes grupos de hermanos, que se movían allí, eran idénticos unos a los otros por la nota viva de esperanza que todos lucían en la mirada penetrante. Cuantos nos encontrábamos, exhibían una actitud ineludible de trabajo y renovación; incluso los inválidos y enfermos que allí se estacionaban, en gran número, mostraban disposiciones de optimismo transformador.

–La venerable instructora –prosiguió, benévolo, el asistente– montó aquí un verdadero taller de restauración del espíritu. Antiguos exponentes del orgullo que entre los hombres se movían soberbios en la vanidad y en el crimen, después de muchos años de purgación, y al demostrar propósitos reedificantes, son recogidos en esta casa, donde reorganizan sus sentimientos y valores, camino del porvenir. De aquí, como de otras instituciones del mismo género, localizadas en plenas regiones expiatorias, salen innumerables reencarnaciones rectificadoras. El programa fundamental de Cipriana es el olvido del alma con la valoración permanente del bien, a la luz de la

esperanza en Dios. Al principio, la organización le costó muchos sacrificios, en cuestión de tiempo y del nivel que le pertenecía por sus méritos personales, pero, en el transcurso de los años, entidades formadas por ella misma pasaron a administrar la obra y a conservarla.

Meditaba yo sobre la bondad y sabiduría de aquella extrema misionera, dispuesta a todo servicio de colaboración superior, recordando mi propio caso ante mi demente abuelo envuelto en las sombras, cuando penetramos al santuario, donde su voz se haría oír en la oración. Le rodeaban algunas entidades que le eran conocidas.

Un caballero, visiblemente reconfortado, le decía, reverente:

–Siguiendo sus consejos, hermana, no sentí más pesadillas. Renové mi actitud hacia los familiares: pasé a cooperar, en vez de combatir.

–¡Ahora, sí! –exclamó Cipriana, satisfecha– el bien duradero es hijo de la colaboración fraternal. Usted comprobará la diferencia en su felicidad por haber dado este paso.

–Hermana –le dijo una señora–, mi situación es otra. Ahora, veo que el mundo no fue construido para mí, y que tengo la obligación de trabajar en beneficio del mundo.

La respetable interlocutora comentó amablemente:

Su progreso es visible. El olvido de nuestros caprichos personales amplía la comprensión.

Un anciano temblando, con todas las características de estar recién desencarnado, se dirigió a ella, con los ojos llenos de lágrimas.

–Hermana –balbuceó, triste–, aún sufro los antiguos achaques. Hay instantes en que me siento caer, perdiendo la noción de mí mismo, para despertar enseguida, afligido...

La orientadora le acarició, discreta, dándole valor:

–Es natural. Pero, esté seguro que la situación mejorará. Estamos, a veces años, almacenando impresiones que naturalmente no se desvanecen en algunos días.

Otras entidades se aproximaban con la evidente intención de oírla, pero, notando nuestra presencia, vino sonriente hasta nosotros, diciendo:

–André, el problema de vuestro enfermo ya está resuelto, en todos los detalles susceptibles de solución inmediata. Claudio permanecerá en el refugio hasta que esté en condiciones de cambio para nuestro instituto regenerador. Aquí se preparará convenientemente para el retorno al plano físico. Todo se procesará con la armonía deseable. Además de esto, nuestros cooperadores tienen instrucciones en cuanto a la ayuda que debemos dar a Ismenia para hacer realidad sus ideales.

Se lo agradecí, confundido y muy sensibilizado, dando gracias a Dios. Nuestra conversación no se prolongó. La señal de la oración nos llamaba al alegre y dulce deber.

Cipriana, asumiendo la dirección de la oración, se hizo acompañar por sus colaboradores directos.

Con el alma en genuflexión, la vi con los ojos levantados hacia lo Alto, de donde manaba una intensa luz sobre su frente... Del tórax, del cerebro y de las manos brotaban radiantes emisiones de fuerza divina, de las que ella era una visible intermediaria para todos nosotros.

Alcanzados por los brillantes rayos que fluían del plano superior a través de su personalidad sublime, nos sentíamos arrullados por una inefable suavidad...

Un armonioso coro de una centena de voces bien afinadas cantó un inolvidable himno de alabanza al supremo Padre, arrancándome copiosas lágrimas.

Inmediatamente después, la palabra conmovedora de la instructora vibró en el ambiente, pidiendo la protección de Cristo:

Jesús, permanente inspiración de nuestros caminos, ábrenos, por misericordia, como siempre, las puertas excelsas de Tu Providencia inconmensurable...

Donador de la Vida, despiértanos la conciencia para que sembremos la resurrección en los valles sombríos de la muerte, distribuidor del Sumo Bien, ayúdanos a combatir el mal con las armas del espíritu.

Príncipe de la paz, no nos dejes indiferentes a la discordia que castiga el corazón de nuestros compañeros sufridores; Maestro de la sabiduría, ahuyenta lejos de nosotros la sensación de cansancio al frente de los servicios que debemos prestar a nuestros hermanos ignorantes, emisario del amor divino no nos concedas paz mientras no venzamos a los monstruos de la guerra y del odio, cooperando contigo, en tu augusta obra terrestre.

Pastor de la Luz inmortal, fortalécenos, para que nunca nos intimidemos ante las angustias y desesperos de las tinieblas; distribuidor de la riqueza infinita, llena nuestras manos con tus recursos ilimitados, para que seamos útiles a todos los seres del camino, que aún se sienten carentes de tus dones imperecederos.

Embajador angélico, no nos abandones al deseo de reposar indebidamente, y conviértenos en tus servidores humildes allá, donde

estemos.

Mensajero de la Buena Nueva, no permitas que nuestros oídos sean sordos al coro de los sollozos de los que claman por ayuda en los círculos del sufrimiento; Compañero de la eternidad bendice nuestras responsabilidades y deberes; no nos relegues a la imperfección ¡de la que aún somos portadores! Danos, amado Jesús, el favor de servirte y que el supremo Señor del universo Te glorifique para siempre.

¡Así sea!...

El recinto del santuario se hizo transparente. Vi, entonces, a través del espeso velo de lágrimas que asomaban a mis ojos, que una maravillosa corona de brillantes que se difuminaba brilló, por unos instantes, en la cabeza venerable de aquella misionera del bien, como si hubiera sido colocada allí por manos invisibles...

Terminada la reunión, Cipriana, con sencillez, vino a despedirse de mí.

¿Por qué no decirlo? Tenía mis ojos velados de llanto, deseaba seguirla como hijo reconocido para siempre, tal era la sabiduría y el amor que emitía su espíritu glorificado.

Calderaro fue el primero en abrazarme, deseándome buen viaje, a lo que no puede responder, sofocado por la intensa emoción. Los demás compañeros me saludaron, enternecidos, y, como final, Cipriana me abrazó, me besó maternalmente, y me dijo con los ojos húmedos:

–Que el Padre te bendiga. Nunca se te olvide la bondad en el desempeño de cualquier obligación.

Y tal vez porque me viese tan profundamente sensibilizado, añadió:

–Estaremos unidos por el espíritu.

Me solté de sus brazos con la nostalgia del hijo, en cuyo santuario interior jamás se extingue la llama de la gratitud.

De vuelta, ahora, a los trabajos que me aguardaban, solitario y conmovido, aspiré los perfumes de la noche clara que se poblaba de prodigiosos mensajes de los astros fulgurantes...

–Señor misericordioso –supliqué mentalmente–, ¡Dígnate bendecir el gusano que soy!...

Tuve la impresión de que mi corazón latía ampliamente dentro de mi pecho. Delante de mis ojos brillaban constelaciones, indicando gloriosos destinos, en el futuro interminable...

Y meditando, en silencio, la grandeza de Dios, vertí un copioso llanto de júbilo, que expresaba las intraducibles sensaciones que invadían mi alma, extasiada y feliz ¡bajo una nueva esperanza!

